



EL COLEGIO DE MEXICO

CENTRO DE ESTUDIOS INTERNACIONALES

LOS DILEMAS DEL CAMBIO EN EL SOCIALISMO
ESPAÑOL: TRANSFORMACION EN LAS
RELACIONES ENTRE EL PARTIDO SOCIALISTA
OBRERO ESPAÑOL Y LA UNION GENERAL DE
TRABAJADORES, 1888 - 1988.

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TITULO DE:
LICENCIADO EN RELACIONES INTERNACIONALES

P R E S E N T A :
EDUARDO VELASQUILLO HERRERA

Agradecimientos

Varias personas han contribuido, directa o indirectamente, en la elaboración de este trabajo. Va hacia ellas mi más profunda gratitud. En primer lugar quiero agradecer al Centro de Estudios Internacionales por haberme permitido cursar la licenciatura en un ambiente favorable para la investigación y la curiosidad intelectual. Cursos como los del profesor Rafael Segovia y los de la profesora Soledad Loaeza crearon en mí el interés por los estudios de ciencia política y de la Europa contemporánea. Con la profesora Loaeza estoy además gratamente en deuda, pues soportó con una paciencia notable el largo proceso de redacción de la tesis. Sus siempre oportunos comentarios --y sus no menos oportunas regaños-- me sirvieron para continuar justo en los momentos de mayor desánimo. Al embajador Bernardo Sepúlveda le debo la oportunidad única que me brindó para colaborar con él y para aprender de su integridad como funcionario y como académico. En la redacción de esta tesis fueron asimismo muy importantes las recomendaciones hechas por la profesora Martha Eleña Venier en sus cursos. No incluyo a la profesora Venier en este espacio para hacerla responsable de los desatinos que aparecen en estas páginas, éstos los adquirí fuera de su clase. En medio de las tensiones semestrales surgieron entre los miembros de la duodécima promoción fuertes vínculos de amistad y solidaridad que perduran aún en la vida profesional. También hacia cada uno de ellos envío mi reconocimiento.

Por último, quiero dedicar este trabajo a Rosaura y Fermin Velasquillo, mis padres, sin cuyo aliento y cariño éste no habría sido posible.

INDICE

Introducción	1
1. EL PARTIDO Y EL SINDICATO: LO TRADICIONAL DE UNA RELACION	8
1. Rechazo a la sociedad/penetración de sus instituciones, 1879-1931	9
2. Cooperación o revolución, 1931-1936	19
3. Alianzas y aislacionismo, 1939-1954	24
2. DESARROLLO ECONOMICO Y CAMBIOS EN LA SOCIEDAD ESPAÑOLA Y EN EL SOCIALISMO ESPAÑOL	28
1. Desarrollo económico y cambios en la estructura social	29
La política económica del franquismo	29
Cambios en la sociedad española	33
2. Fracturas en la coalición franquista	37
Pugnas en la sucesión franquista	37
La pérdida de los apoyos sociales del franquismo: la Iglesia	42
3. El resurgimiento de la oposición interior	44
División y desánimo: la oposición histórica	44
La nueva oposición sindical: las Comisiones Obreras	46
La hegemonía en la oposición contra el régimen: el PCE	48

4. La Internacional Socialista y el nuevo socialismo europeo	51
5. Crisis y fragmentación socialista: el surgimiento de los "nuevos socialistas"	56
El socialismo español bajo la Dictadura: inmovilismo y crisis	56
La aparición de los "nuevos socialistas"	59
El desafío sindical: la Alianza Sindical Obrera	63
El desafío político: el Partido Socialista del Interior	65
3. EL MOVIMIENTO SOCIALISTA EN LA TRANSICIÓN A LA DEMOCRACIA	67
1. De la pérdida de posiciones a la renovación socialista	68
La renovación en la UGT	70
Renovación y escisión en el PSOE	73
2. Las vicisitudes de la transición: moderación y desmovilización del socialismo español	78
3. Diferenciación, especialización y apertura a las clases medias: hacia una nueva relación partido-sindicato	94
4. El camino hacia la Moncloa, 1980-1982	99
4. PARTIDO EN EL PODER, SINDICATO OPOSITOR, 1982-1990	106
El PSOE en el poder: luz y sombras	107
Partido-sindicato: de la desavenencia a la ruptura	114
Conclusiones	123
Anexo	128
Bibliografía	130

Introducción

Mil novecientos ochenta y ocho fue un año aciago para muchos socialistas españoles. En el aniversario número cien de su fundación por los socialistas, la Unión General de Trabajadores (UGT) convocaba a una huelga general contra la política económica y social del gobierno del Partido Socialista Obrero Español (PSOE). La huelga general, primera en España desde el final de la Guerra Civil, era la culminación de un largo proceso de cambio en las estrechas relaciones que habían existido entre el PSOE y la UGT.

¿Cuáles fueron los factores que suscitaron dicho cambio? Algunas interpretaciones que se hicieron en aquel entonces ponían un marcado énfasis en las diferencias existentes entre los dirigentes de ambas organizaciones, llegando incluso a trazar paralelismos con las luchas personales que habían dividido al socialismo en los años treinta. Otras preferían resaltar razones más nobles: el sindicato, fiel guardián de los valores socialistas, organizaba una huelga general contra un partido que había olvidado sus compromisos y su vena socialdemócrata tan pronto como había probado las mieles del poder.

Ciertamente este tipo de consideraciones fueron usadas de manera recurrente por cada dirigencia para justificar la postura que había asumido y descalificar al adversario, pero resultan insuficientes para explicar cuestiones como: ¿por qué el sindicato mostró su inconformidad hasta 1985, después de haber apoyado por tres años las políticas de ajuste del PSOE? o ¿por qué si el sindicato decía defender los valores socialistas se unió a la central sindical comunista en lugar de apoyar a la izquierda del partido?

La actitud crítica de la Unión General respondió a razones prácticas: ésta juzgó que si seguía asumiendo los costos de la política económica del gobierno socialista, su legitimidad como representante de los trabajadores podía verse en peligro. En todo caso, es importante apuntar que el cambio de actitud en la UGT no fue coyuntural. Considero que éste fue un efecto secundario de la estrategia adoptada por los líderes del partido a finales de los años setenta para alcanzar el poder. En un contexto social dominado por las clases medias, para que el Partido Socialista pudiera obtener una mayoría electoral necesitaba elaborar un proyecto sociopolítico que agregara los intereses de estos sectores. Un cambio de esta naturaleza habría de alterar la relación con la UGT, pues significaba que el partido no podía continuar defendiendo los intereses estrechos y corporativos del sindicato.

Este problema ha sido una constante en la historia de los partidos socialdemócratas prácticamente desde el momento en que aceptan que el socialismo puede alcanzarse por medio de métodos parlamentarios. El dilema es claro: para transformar a la sociedad se requiere de una mayoría electoral, pero ésta es difícil de conseguir con una clase obrera que está lejos de volverse numéricamente mayoritaria; los líderes socialistas deben elegir, por tanto, entre mantener un partido homogéneo en su conformación de clase, pero condenado al fracaso, o un partido que busque el apoyo de otros grupos sociales para obtener triunfos electorales, aunque esto erosione su orientación de clase¹. Si los dirigentes se inclinan por la segunda alternativa, entonces se ven obligados a reducir la importancia ideológica de la *clase* y de otras nociones que puedan alienarles el apoyo de aliados potenciales (la idea de la *lucha de clases* y del partido como instrumento de los obreros en su conflicto con la

¹ Adam Przeworski y John Sprague. Paperstones: A History of Electoral Socialism. Chicago: The University of Chicago Press. 1986. pág. 3.

burguesía, por ejemplo), sin embargo, con tal acción debilitan la conciencia de clase de los trabajadores y los hacen vulnerables a la atracción de otros partidos.

Este dilema se agudizó cuando en el contexto de la prosperidad económica de los años cincuenta y sesenta las estructuras sociales de Europa Occidental comenzaron a cambiar. Dos cambios merecen ser resaltados: el primero es la cada vez mayor supremacía de las clases medias --debido al crecimiento del sector servicios--, y su influencia sobre los valores y estilos de vida de otros grupos sociales; el segundo cambio fue el desvanecimiento de las líneas de clase, en gran medida como resultado del desarrollo del Estado de bienestar, la extensión de las oportunidades educativas y otras políticas dirigidas a la reducción de las desigualdades sociales.

Los partidos socialistas respondieron a estas nuevas realidades sociales reorientando sus estrategias y programas en un proceso que fue descrito por Otto Kirchheimer como la transformación de los partidos de base clasista en *catch-all people's parties*². De acuerdo con Kirchheimer, los viejos partidos de clase están presionados para convertirse en "partidos de todo el pueblo" o *catch all* debido a que los votantes en las sociedades consumistas ricas están ahora menos motivados por la ideología de lo que estaban antes; los partidos deciden entonces reducir el énfasis ideológico y buscan temas que atraigan a la totalidad del electorado y no sólo a clases o grupos específicos³. Este hecho generalmente altera la relación entre los partidos y sus apoyos tradicionales, pues aquellos dejan de representar

² Otto Kirchheimer, "The Transformation of the Western European Party Systems", en Joseph La Palombara y Myron Weiner (eds.), Political Parties and Political Development, Princeton: Princeton University Press, 1966, pp. 177-200.

³ Karl Dittrich, "Testing the Catch-all Thesis: Some Difficulties and Possibilities", en Hans Daalder y Peter Mair (eds.), Western European Party Systems, Continuity and Change, Los Angeles: Sage Publications, 1983, pp. 258-259.

exclusivamente los intereses de los obreros industriales, mientras que los sindicatos son considerados como uno más de los apoyos electorales del socialismo.

La evolución del PSOE se enmarca dentro de este proceso de cambio, aunque las condiciones de su desarrollo le confieren rasgos propios. La primer cuestión que esta tesis trata de explicar es si existe un modelo que precise la distribución de funciones entre un partido socialista y su sindicato. Para los socialistas españoles de la primera hora, el PSOE y la UGT eran dos entes autónomos que compartían el mismo objetivo: la destrucción del sistema de explotación capitalista. En esta empresa el partido estaría a cargo de la lucha política, de presentar candidatos "de clase" en las elecciones y difundir su programa para la transformación global de la sociedad. El sindicato, a su vez, se ocuparía de la defensa de los obreros por medio de la resistencia.

Este modelo, copiado en gran medida de la relación que existía entre el partido socialdemócrata alemán y su sindicato, respondía a preocupaciones tácticas y no a convicciones ideológicas de unos líderes que querían evitar el rechazo de los obreros no politizados y las críticas de los anarquistas. Pero la práctica cotidiana y la concentración de ambas direcciones en las manos de las mismas personas dibujaron una realidad distinta: la acción económica y el sindicato estaban supeditados al proyecto político del partido.

El esquema de subordinación sindical comenzó a romperse en la década de los años veinte debido a factores como el crecimiento afiliativo de la UGT (en diez años pasó de cuarenta mil afiliados a más de doscientos mil), el debilitamiento político e ideológico del PSOE causado por la escisión comunista de 1921, y el ascenso de Francisco Largo Caballero a la secretaría general de la Unión General. Desde entonces, y hasta 1939, el

sindicato no sólo rechazaría tener un lugar secundario en el proyecto socialista, sino que buscaría conseguir el control del partido e imponer su propio proyecto al resto del movimiento socialista.

Tras la derrota de la República los socialistas lograron reorganizarse en el exilio y mantener una presencia clandestina bastante modesta en España. No obstante, la decisión de evitar el reclutamiento de nuevos miembros hasta que se recuperaran las libertades provocó que el socialismo empezara a perder contacto con la nueva realidad social que estaba surgiendo en España como resultado del crecimiento económico y la industrialización de los años sesenta. Esta nueva realidad social es revisada con cierta amplitud en el segundo capítulo. Los grupos antifranquistas en el exilio creían que la Dictadura no era más que un paréntesis que pronto se cerraría debido a sus contradicciones internas. Lo que desconcertó a aquellos grupos fue que de este paréntesis surgió una sociedad industrial moderna y secularizada, al tiempo que las viejas líneas de conflicto que habían dividido a los españoles en el pasado comenzaban a desvanecerse.

Entre los cambios más notables destaca el ascenso de una nueva oposición al régimen que pronto habría de cuestionar la existencia de unas organizaciones del socialismo tradicional dedicadas más a la formación de plataformas políticas con el resto de los grupos que envejecían en el exilio que en asumir activamente la lucha contra Franco. Los *nuevos socialistas*, jóvenes universitarios de clase media y obreros recién emigrados a las ciudades, dejaron en evidencia la crisis del socialismo tradicional cuando a mediados de los años sesenta crearon alternativas políticas y sindicales con una visión más acorde con la realidad

española y que amenazaron con desplazar al PSOE y a la UGT de sus funciones ante los principales organismos del movimiento obrero internacional.

Este tipo de amenazas concientizó a muchos socialistas sobre la necesidad de realizar cambios en el liderazgo y en la estrategia de lucha contra Franco. El tercer capítulo inicia con este proceso de renovación y concluye con el papel que jugó el socialismo en un proceso más general: el de la transición democrática.

La lucha por el poder en el PSOE y la radicalización de grupos sociales golpeados por el impulso represivo de un régimen en descomposición provocaron que a principios de los años setenta las organizaciones socialistas dieran un significativo giro a la izquierda. Pero su radicalismo resultó ser bastante superficial; en cuanto el cambio democrático se volvió una posibilidad real, los socialistas moderaron su postura. Esto último ocurrió debido a dos factores importantes: por un lado, el reconocimiento de que en la transición los herederos de Franco conservaban el poder suficiente para controlar el ritmo de las reformas y establecer límites al cambio político. Por otro lado, la actitud política de los españoles, favorable a la democracia, pero contraria a cualquier experimento violento que pusiera en riesgo su seguridad económica.

Los resultados de las primeras elecciones democráticas parecieron dar validez a la nueva postura moderada al colocar al PSOE como el segundo partido en las Cortes. Esta situación hizo que surgiera entre los socialistas un debate sobre el tipo de ajustes que debían hacerse para que el partido pudiera obtener una mayoría electoral. En este sentido, mientras que algunos socialistas rechazaban cualquier movimiento hacia el centro que alienara el voto de izquierda, el liderazgo se inclinaba por lo que llamó un *bloque de clases* en el que

estuvieran presentes no sólo los trabajadores, sino todos los sectores sociales "que tuvieran un interés objetivo en la construcción del socialismo". La propuesta del liderazgo significaba en la práctica la conversión del PSOE en un partido *catch all* que integrara a diversos grupos sociales y representara un amplio cúmulo de intereses. Los decepcionantes resultados de las elecciones de 1979 fueron interpretados por los dirigentes socialistas como una prueba de que se debía reducir el radicalismo para atraer a las clases medias y a los sectores tradicionales que votaban por partidos de centro, sosteniendo además que con la moderación se disminuían las amenazas de golpe militar que pendían sobre la frágil democracia española.

El cambio en el modelo del partido colocó al PSOE en el camino hacia el poder, pero también habría de transformar la relación con la UGT. Como consecuencia de la ampliación de su base social, el partido se veía impedido a reducir su función política a la defensa de los intereses del sindicato o incluso, ya en el poder, a incluir sus demandas para una política en favor de la clase obrera. En el último capítulo se revisan someramente los factores que afectaron la relación entre el PSOE y la UGT y que llevaron a su ruptura en diciembre de 1988 con la huelga general.

1. EL PARTIDO Y EL SINDICATO: LO TRADICIONAL DE UNA RELACIÓN

"La coalición de fuerzas obreras, ya lograda para luchas económicas, debe servir también de palanca en manos de esta clase en su lucha contra el poder político de los explotadores, así que en el estado militante de la clase obrera su movimiento económico y su actuación política están indisolublemente unidos".

CONSEJO GENERAL DE LA ASOCIACION
INTERNACIONAL DE TRABAJADORES.
CONFERENCIA DE LONDRES, 1871.

Por mucho tiempo la actuación del socialismo español estuvo marcada por el contexto político y social adverso en el cual había surgido. En sus primeros años los socialistas se debatieron entre rechazar cualquier contacto con la sociedad, por temor a contaminarse, y penetrar en las instituciones de esa sociedad para transformarla. Esta dualidad determinó una estructura de pensamiento basada en dicotomías antinómicas: un doble tipo de acción (política/económica), un doble programa (mínimo/máximo) y una doble organización (partido/sindicato) que dio origen a un doble discurso o proyecto político-ideológico¹.

Las relaciones entre el partido y el sindicato se inscriben dentro de estas dicotomías: la teoría dibuja una colaboración armónica entre dos organismos autónomos. La realidad se aleja de esta visión ideal: el sindicato está supeditado al proyecto del partido. Este esquema se mantuvo

¹ Santos Juliá, "Continuidad y ruptura en el socialismo español del siglo XX". *Leviatán* núm. 17. otoño 1984, pág. 122.

inalterable al menos hasta el segundo decenio del siglo XX. Para entonces el crecimiento afiliativo de la UGT y su presencia en los órganos laborales de los gobiernos de la Restauración y de la Dictadura habían roto con los equilibrios entre partido y sindicato. A partir de éste momento, el sindicato no sólo rechazaría mantener una postura subordinada, sino que buscaría imponer su propio proyecto al conjunto del movimiento socialista. Durante la República este proceso se mezcló con las pugnas personales y las distintas estrategias de los principales líderes socialistas, llevando al partido a una escisión que se interrumpió sólo por el inicio de la Guerra Civil.

1.Rechazo a la sociedad/penetración de sus instituciones: 1879-1931

Cuando en 1879 el tipógrafo Pablo Iglesias fundó el Partido Socialista Obrero Español las circunstancias políticas y sociales eran poco favorables para su desarrollo². En estos años la reacción conservadora de la Restauración monárquica anuló las libertades democráticas logradas durante el sexenio revolucionario y aseguró su control político a través de un sistema de alternancia oligárquica. Los espacios que el sistema permitió para la participación sindical o electoral de los obreros fueron prácticamente inexistentes. Pero además, el socialismo se enfrentó a un par de problemas que habrían de limitar su crecimiento: por un lado, una industrialización

² El antecedente directo del PSOE fue la Nueva Federación Madrileña fundada en 1872 por el grupo marxista expulsado de la Federación Regional Española (FERE). La FERE permaneció con una mayoría anarquista y en ella se encuentran los orígenes de la Confederación Nacional de Trabajadores (CNT). Santiago Castillo, Historia del socialismo español, 1870-1909. Barcelona: Conjunto Editorial S.A., 1989, pág. 38.

lenta y regionalmente desigual. En 1877 la tasa de población activa dedicada a la industria alcanzaba sólo 13%, mientras que la población activa vinculada al campo representaba 70% del total (cuadro 1).

Cuadro 1. Distribución ocupacional de la sociedad española (1877-1930)

	1877	1900	1920	1930
campo	70%	64%	57.0%	45.5%
industria	13%	16%	21.9%	26.5%
servicios	17%	18%	20.8%	27.9%

Fuentes: Datos de 1877 y 1900: Santiago Castillo, Historia del socialismo español, 1879-1900, pág. 62. Datos de 1920 y 1930: José L. Guinea, Los movimientos obreros y sindicales en España de 1833 a 1978, págs. 56-57.

Estos datos son aún más reveladores cuando se analiza la composición del sector secundario: las industrias modernas (metalurgia, siderometalurgia y textil mecanizado) no superaban la cuarta parte del sector industrial en su conjunto. La España industrial era una España de "artes y oficios" en la que sobresalían los talleres sobre las fábricas³. A esto debe agregarse la concentración de la industria principalmente en el País Vasco, Cataluña y Asturias. Por otro lado, el socialismo debió enfrentar la atracción que un anarquismo en ascenso irradiaba sobre los obreros españoles.

³ Ibid. pág. 63.

Las limitaciones impuestas por el sistema político impidieron que en sus inicios el socialismo creciera más allá de algunas agrupaciones concentradas alrededor de Pablo Iglesias. En su programa fundacional de 1879 el partido se concebía como una organización de clase que transformaría a la sociedad actuando al margen de las instituciones burguesas. El cambio sería logrado más por una acción revolucionaria que por medidas graduales. Se afirmaba la idea de la lucha de clases, lo cual suponía una lucha directa entre la burguesía y el proletariado, e impedía la posibilidad de crear alianzas con cualquier tipo de partido burgués. Las reformas sólo podrían lograrse arrancándolas a la burguesía con el respaldo de un movimiento obrero fuerte, organizado política y sindicalmente. En consecuencia, el partido rechazaba la hipótesis de la toma del poder a través del sufragio, aunque no descartaba la participación electoral. El poder sólo sería conquistado, y de forma violenta, aprovechando una coyuntura favorable⁴.

La intransigencia doctrinal del socialismo respondía al reconocimiento que sus líderes hacían sobre su insignificancia política en la sociedad española. Asimismo, los múltiples llamados a evitar la contaminación con los republicanos, a mantener la pureza de los principios, y las afirmaciones de la inminente implantación del socialismo, fueron recursos ideológicos para justificar una política de retraimiento que permitió al grupo dirigente reforzar el control y la coherencia interna del partido y de su unión sindical⁵.

En todo caso, el objetivo inmediato de los socialistas fue el establecimiento de un partido obrero eficaz y de un sindicato que apoyara al obrero en sus luchas económicas. Partido y

⁴ *Ibid.*, pág. 90.

⁵ Santos Juliá, *La izquierda del PSOE, 1935-1936*. Madrid: Siglo XXI Eds., 1977, pp. 5-6.

sindicato debían colaborar estrechamente, sin subordinación de ningún tipo, en la destrucción del sistema de explotación capitalista⁶. Con este fin, el grupo socialista decidió constituir la Unión General de Trabajadores de España en 1888. De acuerdo a sus planteamientos teóricos y organizativos, ésta tenía tres características básicas. La primera era la ausencia de una definición ideológica rígida con lo cual se esperaba atraer a las sociedades obreras que no estaban vinculadas a los anarquistas. La nueva organización declaraba su autonomía frente a la política y a cualquier partido, incluso si éste era el Partido Socialista⁷. Un segundo rasgo correspondía a su actitud moderada en las luchas económicas. La central sindical rechazó desde el principio el uso de las huelgas generales como instrumento de cambio revolucionario, al tiempo que desarrolló una serie de normas para declarar huelgas buscando en ello el triunfo efectivo. Por último, el sindicato se dispuso de una estructura centralizada que era contraria a las tendencias libertarias del

⁶ Los teóricos socialistas nunca lograron alcanzar un acuerdo sobre la relación que debía existir entre partidos y sindicatos. Los sectores marxistas insistían en la superioridad de la acción política (la organización de los obreros en partidos altamente centralizados y su participación en las instituciones burguesas) y en el papel subordinado de las luchas económicas y las organizaciones sindicales. Esta subordinación no significaba la dependencia orgánica, debido al deseo de atraer a los sindicatos el mayor número de trabajadores. Frente a la óptica política de los dirigentes partidistas, los líderes sindicales rechazaban una dependencia demasiado estrecha pues podía desestimular la afiliación de obreros no socialistas. De aquí derivaba la exigencia de la autonomía sindical plena e incluso la "neutralidad ideológica" de los sindicatos. Por último, el sindicalismo revolucionario de la CGT francesa concebía al sindicato como un instrumento para la lucha reivindicativa diaria, pero también para la emancipación integral del proletariado. En consecuencia, colocaba a los partidos en una posición secundaria, cuando no rechazaba su participación en las luchas sociales. Manuel Pérez Ledesma, "Partido y sindicato: unas relaciones no siempre fáciles", en Santos Juliá (coord.), El Socialismo en España, desde la fundación del PSOE hasta 1975, Madrid: Ed. Pablo Iglesias, 1986, pp. 215-218.

⁷ La insistencia en la neutralidad ideológica de la UGT y en la separación entre el partido y el sindicato respondía a preocupaciones tácticas, y no a convicciones ideológicas. Con esto se trataba de evitar el rechazo de los obreros no socialistas y que los anarquistas tuvieran un pretexto para criticar a la Unión General. Ibid., pp. 222-223.

anarquismo⁸. Este conjunto básico de planteamientos doctrinales y tácticos se mantuvo al menos hasta 1909, cuando ante la crisis del sistema de la Restauración la dirección del sindicato, que era la misma del partido, comenzó a empujar a la UGT hacia posturas más politizadas.

El Partido Socialista había aceptado formalmente la autonomía entre ambos organismos, pero el papel que el partido otorgaba al sindicato había quedado expuesto por el mismo Pablo Iglesias al establecer la Federación Tipográfica en 1882. Según Iglesias, las "sociedades de resistencia" no se debían proponer "resolver el problema social en su conjunto, ni separadamente ninguna cuestión política, religiosa o económica", pues esto "no tenía razón de ser dentro de las sociedades de oficio"⁹. Esta era la labor del partido, pues "todo cuanto realice el Partido Socialista tiene que ser necesariamente favorable a los que trabajan"¹⁰. Sólo el partido lograría que las reformas laborales y sociales se concretizaran; el sindicato podía alcanzar reivindicaciones parciales, pero éstas no serían extensivas al resto de los obreros. Además éstas resultaban precarias frente a los embates reaccionarios de los patrones y de los partidos burgueses¹¹. Los únicos objetivos de los sindicatos deberían ser "mejorar en todos los sentidos" la condición de los trabajadores.

⁸ Manuel Pérez Ledesma, "La primera etapa de la Unión General de Trabajadores (1888-1936). Planteamiento sindical y formas de organización", en Albert Balcells (ed.), Teoría y práctica del movimiento obrero en España (1900-1936), Valencia: F. Torres ed., 1977, pp. 116-124.

⁹ Santiago Castillo, Op. cit., pág. 121.

¹⁰ Pablo Iglesias, Las organizaciones de resistencia, pág. 275. Citado en Manuel Pérez Ledesma, Art. cit., pág. 153.

¹¹ Santiago Castillo, Op. cit., pág. 124.

Existe un extenso debate sobre la influencia que Jules Guesde tuvo en la actitud del socialismo español frente a los sindicatos¹². Los socialistas españoles de la primera hora aceptaron sin reparos los postulados teóricos guesdistas, y en especial, su concepción de lucha clase contra clase y la ley de bronce de los salarios. Mientras que la primera planteaba una visión bipolarizada de la sociedad y la inminencia de la revolución, la segunda negaba la posibilidad de que el salario medio de los obreros superara el mínimo necesario de subsistencia, lo cual hacía prácticamente inútil cualquier esfuerzo por mantener la acción sindical.

A pesar de la influencia guesdista, la fuerza de la práctica impidió que el socialismo español subestimase la acción sindical¹³. Pero éste no fue el único factor. El ingreso de textos socialistas de otros pensadores franceses, ingleses y alemanes, el desembarco de intelectuales de clase media provenientes de centros humanistas como la Institución Libre de Enseñanza y la evidencia de su propio estancamiento numérico, fueron determinantes en el replanteamiento teórico que el socialismo hiciera en los primeros años del siglo XX. Los socialistas españoles no renunciaban a la transformación del sistema capitalista, pero durante un periodo previsiblemente largo debían concentrar sus fuerzas en fomentar reformas sociales y en lograr que existiesen

¹² Jules Guesde, dirigente del Parti Ouvrier francés, creía que la fuerza del socialismo se lograría a través de la centralización del partido y la subordinación del movimiento obrero. Su hostilidad a los sindicatos surgía de su convicción de que el sindicalismo distraería a los trabajadores del objetivo final, la sociedad socialista, conformándose con intereses corporativos e inmediatos. G.D.H. Cole, Historia del pensamiento socialista. La Segunda Internacional (1889-1914), México: FCE, 1959, pág. 355.

¹³ Manuel Tuñón de Lara, "Sobre la Historia del pensamiento socialista entre 1900 y 1931", Albert Balcells, Op. cit., pág. 21.

masas obreras de las cuales surgiría un ejército "numeroso, instruido y disciplinado", capaz de llevar a cabo la revolución en el futuro¹⁴.

El reformismo era la respuesta socialista al cambio en la realidad política española de principios del siglo XX, producto del inicio del intervencionismo estatal en asuntos sociales¹⁵ y de la liberalización limitada que el régimen había emprendido debido al desgaste creado por las guerras coloniales. En todo caso, este nuevo contexto político provocó una tensión en el binomio rechazo/ penetración de la sociedad, superada temporalmente en favor de la segunda al establecerse la "conjunción republicano-socialista" en 1909¹⁶.

Uno de los efectos del reformismo fue el desarrollo numérico de las organizaciones socialistas. El partido más que duplicó su número de afiliados al pasar de 6.000 a 13.600 entre 1907 y 1913. Los números de la UGT fueron aún más impresionantes: hasta 1899 el crecimiento fue escaso, pero desde 1900 la UGT comenzó un periodo de ascenso que alcanzó su punto más

¹⁴ Santiago Castillo. Op. cit., pág. 70

¹⁵ El reformismo parece haberse afirmado debido a la participación socialista en las comisiones creadas por la monarquía para estudiar las propuestas de legislación social. Los socialistas, que estaban presentes por conducto de la UGT, habían usado inicialmente las comisiones como tribunas de propaganda, resaltando en todas sus intervenciones la nula esperanza en la operatividad de estos organismos. Esta actitud cambió tras la creación del Instituto de Reformas Sociales en 1903. El socialismo vió al IRS como un importante instrumento en su nueva estrategia reformista pues tenía capacidad para preparar la legislación laboral, y para aplicar y vigilar las normas legales que se fueran elaborando. Fernando Guerrero, El sindicato en la España de hoy, Madrid: BAC, 1978, pág. 54.

¹⁶ El PSOE había aceptado desde 1899 la posibilidad de establecer un entendimiento con los republicanos en casos extraordinarios y con la condición de que se respetase su individualidad. La decisión de salir del aislamiento respondía a la seguridad que los socialistas tenían de haberse consolidado como fuerza política. No obstante, la disposición a formar alianzas fue prematura, en parte por las divisiones en el sector republicano. La suspensión de garantías constitucionales que siguió a la semana trágica en 1909 permitió dar sustento a la "Conjunción". Idem. pp. 126-128, Ramón Alquézar y Josep Termes, Historia del socialismo español, 1909-1931, Barcelona: Conjunto Editorial, S.A., 1989, pág. 37.

alto en 1904 (56,900 afiliados). A partir de ese año su afiliación decayó, creciendo de nuevo a partir de 1911. En ese año el sindicato prácticamente dobló su número, alcanzando 127,804 afiliados en 1913. Bajo la dictadura primorriverista la afiliación ugetista se estancó, aunque se mantuvo por arriba de los doscientos mil afiliados (cuadro 2).

El crecimiento en el número de afiliados de la UGT y la potenciación de su presencia en organismos estatales produjeron una alteración en los equilibrios existentes entre el partido y el sindicato; en otras palabras, había surgido una fractura en el esquema tradicional que había guiado las relaciones PSOE-UGT en los últimos años. El sindicato ya no demandaba su autonomía, pero

Cuadro 2. Afiliados a la UGT (1888-1936)

1888	3.355	1907	32.612	1922	239.661
1890	3.896	1908	44.912	1923	210.617
1891	5.304	1909	43.562	1924	215.518
1892	8.014	1910	40.984	1925	235.007
1893	8.553	1911	80.000	1926	221.000
1894	6.279	1912	100.000	1927	221.000
1896	6.154	1913	127.804	1928	221.000
1899	15.264	1914	121.553	1929	225.000
1900	26.088	1915	76.304	1930	277.011
1901	31.558	1916	99.520	1931	958.176
1902	32.778	1917	89.601	1932	1.041.539
1903	46.574	1918	150.000	1933	400.000
1904	56.900	1919	211.342	1934	450.000
1905	36.557	1920	220.000	1935	400.000
1906	32.405	1921	240.113	1936	1.300.000

Fuente: Amaro del Rosal. *Historia de la UGT en España (1901-1939)*, pág. 919.

tampoco aceptaba su subordinación en el proyecto del partido. Esto se hizo evidente en el periodo de la dictadura de Miguel Primo de Rivera. Entre 1924 y 1930 el motor de la política socialista fue la UGT y, más concretamente, su secretario general, Francisco Largo Caballero. Así, mientras que el PSOE condenaba la instauración de la Dictadura¹⁷ --aún por tímida que fuera esta condena-, la UGT no sólo rechazó unirse a los anarquistas para llevar a cabo una huelga general, sino que aceptó colaborar en las instituciones laborales creadas por Primo de Rivera (las comisiones paritarias y la Organización Corporativa Nacional). Para Largo Caballero no existía una diferencia sustancial entre la Dictadura y el parlamentarismo corrupto que ésta había liquidado; lo que interesaba era consolidar las posiciones conquistadas y aprovechar los cauces institucionales y legales que el régimen ofrecía¹⁸.

Como consecuencia de lo anterior, los intereses sindicales comenzaron a prevalecer sobre los políticos y la tentación de "sindicalizar" la dirección política del socialismo se hizo atractiva para los líderes ugetistas. Esta decisión fue facilitada por la debilidad política e ideológica que el partido arrastraba desde la escisión comunista¹⁹.

El debate que sumió al PSOE entre 1919 y 1921, y que tenía como tema central el ingreso a la Internacional Comunista, sacó a la luz las dicotomías en que se movía el partido, entre aceptar la vía democrático-reformista o abrazar la revolución y la dictadura del proletariado. El debate

¹⁷ Las denuncias del Partido Socialista nunca fueron acompañadas de acciones concretas. Por el contrario, el PSOE rechazó participar en conspiraciones republicanas, siendo Indalecio Prieto la única excepción al criticar la participación de Largo Caballero en el Consejo de Estado.

¹⁸ Ramón Alquézar y Josep Termes. *Op. cit.*, pág. 185.

¹⁹ *Idem*, pp. 161-174.

provocó la inmovilización política del PSOE, y su principal efecto fue la ruptura de la alianza con los republicanos en 1919²⁰. La decisión de ingresar a la Tercera, y por tanto, de modificar la acción política del PSOE, fue aplazada hasta donde se pudo. El rechazo de la Tercera a las condiciones que éste había puesto para su ingreso fue fundamental para cerrar la controversia

La UGT tuvo un papel destacado en la decisión socialista de no adherirse a la Internacional Comunista. En junio de 1920 la Unión General se afilió a la Federación Sindical Internacional, vinculada a la Segunda Internacional y denunciada por los comunistas como "reformista". La decisión significó que la corriente "tercerista" del PSOE había quedado divorciada del sindicalismo socialista. Por su parte, en abril de 1921 Largo Caballero amenazó con la ruptura si el PSOE se afiliaba a la Tercera Internacional²¹.

Las consecuencias de este episodio fueron traumáticas para el Partido Socialista. Este último había perdido a sus Juventudes Socialistas y a una comisión ejecutiva comprometida con el ingreso a la Tercera que abandonaron el partido para fundar dos minúsculos partidos comunistas: el Partido Comunista Español y el Partido Comunista Obrero Español²². Pero el grueso de las

²⁰ La participación socialista en la Conjunción no fue criticada abiertamente mientras hubieron resultados positivos. En 1909 el PSOE consiguió 59 concejales mientras que en 1913 el número ascendía a 135. En 1911 obtuvo su primer diputado en las Cortes. Pero desde 1913 los resultados comenzaron a ser desfavorables: entre 1913 y 1915 el PSOE perdió 75 concejales, los dos diputados provinciales, 23.000 votos y casi 3.000 afiliados. Esto dió pie a que los elementos opuestos a este "aparato interclasista" demandaran su fin inmediato

²¹ Ramón Alquézar y Josep Termes. *Op. cit.*, pp. 160-165.

²² En noviembre de 1921 la Tercera Internacional impuso la fusión de estos dos grupos para crear el Partido Comunista de España. Hasta los años treinta el PCE fue un grupo aislado del movimiento obrero y dominado por los conflictos internos.

pérdidas se manifestó en la desmovilización de sus afiliados. En 1923 el número de afiliados del partido había descendido a 9,000.

2. Cooperación o Revolución, 1931-1936

El advenimiento de la República en abril de 1931 puso en el centro del debate el grado de colaboración que los socialistas debían tener con las fuerzas republicanas, pero además, la República rompió el viejo esquema de estar presentes sin gobernar. La participación de última hora de la UGT en el comité revolucionario había sido premiada con el nombramiento de Largo Caballero como Ministro de Trabajo, mientras que los socialistas Indalecio Prieto y Fernando de los Ríos, quienes habían actuado a título personal en las conspiraciones en favor de la República, recibían los Ministerios de Hacienda y Justicia²³. En las elecciones legislativas del 28 de junio de 1931 el PSOE obtuvo 117 diputados, lo que permitió a Julián Besteiro presidir las Cortes. Para los socialistas la presencia en el gobierno no se justificaba por la defensa de los valores democráticos o de la República, que después de todo eran instituciones burguesas, sino porque estando en esas posiciones podrían desarrollar parte del programa socialista, reforzar el poder de la UGT y avanzar en la transformación de la sociedad para el momento de transitar al socialismo, algo que veían muy cercano²⁴.

²³ Hugh Thomas, *La guerra civil española*, Madrid: Grijalbo, 1995, pp. 60-63.

²⁴ Santos Juliá, *Historia del socialismo español, 1931-1939*, Barcelona: Conjunto Editorial, S.A., 1989, pp. 52-53.

Esto explica la actuación del Ministro de Trabajo. Largo Caballero veía en la República la oportunidad para consolidar el papel que la Unión General había tenido bajo la Dictadura como gestora de los intereses obreros. En consecuencia, decidió dar continuidad a las instituciones que habían sido útiles para su desarrollo organizativo: la Organización Corporativa Nacional y los jurados mixtos que vinieron a reemplazar a los comités paritarios. Los jurados mixtos reforzarían la posición de los trabajadores en sus negociaciones con los patrones. Cuando se alcanzara la paridad entre obreros y patrones, las diferencias se solucionarían de mutuo acuerdo, la lucha de clases se suavizaría y el paso al socialismo no sería tan doloroso. Al potenciar organismos representativos se buscaba además el rechazo de los anarquistas. La mayoría de los trabajadores se afiliaría entonces a la UGT provocando la desaparición de la CNT²⁵.

La euforia afiliativa que siguió a la explosión republicana inflamó en los socialistas la seguridad de que el tránsito al socialismo estaba cercano. El partido vio incrementado su tamaño al pasar de 10,500 afiliados en 1929 a 67,000 en 1932, mientras que a finales de este último año el sindicato superaba el millón de trabajadores, su cifra más alta hasta entonces. Pero el origen heterogéneo de los recién llegados sembró las semillas de tensiones futuras. Una gran proporción de los nuevos afiliados de la UGT estaba formada por trabajadores de la tierra, radicales en sus demandas y ansiosos de mejoras inmediatas en sus condiciones de vida, y esto dio una fisonomía distinta a la vieja organización disciplinada y gradualista²⁶. El partido se convirtió a su vez en polo

²⁵ *Idem*, pág. 39.

²⁶ Gabriel Jackson, La República española y la Guerra Civil (1931-1939). Barcelona: Orbis, 1985, pág. 87.

de atracción para individuos de las clases medias urbanas, quitando al PSOE su dimensión como portavoz de los intereses de la clase obrera. El PSOE reforzó así su estructura propia, dejando de depender de la UGT y obligando a reelaborar su relación con el sindicato sobre bases nuevas²⁷.

La certeza de haberse encontrado en un estadio cercano al socialismo estuvo detrás de la frustración con que los socialistas enfrentaron su salida del gobierno en septiembre de 1933. El sentimiento de expulsión generó un cambio de discurso y la profundización de las tensiones entre quienes apoyaban la colaboración con los republicanos y quienes la rechazaban. La mayoría secundó el discurso radical y revolucionario que Largo Caballero elaboró desde la presidencia del partido (a fines de 1932 había perdido el control de la UGT). El punto central era la conquista de todo el poder por los medios que fueran necesarios para evitar la llegada de la derecha "fascista" al Gobierno. La violencia se usaría sólo como respuesta a una provocación, ya fuera ésta el desconocimiento del triunfo electoral socialista o la ruptura de la legalidad republicana. La estrepitosa derrota del PSOE en las elecciones de noviembre de 1933 provocó que se primara la segunda opción: el ingreso de la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA) al gobierno marcaría el inicio de la rebeldía armada del socialismo²⁸.

²⁷ Santos Juliá, Historia del socialismo..., pág. 32

²⁸ Según Jackson, la CEDA difícilmente podía ser considerada como un partido fascista. Su objetivo principal era la defensa de los intereses y sentimientos católicos que habían sido afectados por las Cortes Constituyentes. No tenía un programa económico coherente, se inspiraba en el catolicismo social y representaba a un amplio espectro social que iba de terratenientes a pequeños agricultores del norte y cooperativas obreras católicas. Sin embargo, su ambigüedad respecto a la República, y muy especialmente, los efectos que tuvo sobre España el aplastamiento de los socialistas austriacos por el canciller social-cristiano Dollfuss hizo que para la izquierda la CEDA fuera el equivalente español de los partidos fascistas europeos. Gabriel Jackson, Op. cit., pág. 118

La oposición a esta política tuvo como base la dirección de UGT. Desde ésta Besteiro defendía una estrategia de retraimiento y afirmaba que el socialismo no tenía la capacidad ni la disciplina para llevar a cabo una revolución. La ofensiva de Largo para plegar a la UGT a su política no se hizo esperar. En enero de 1934 aseguró su control sobre ambas organizaciones, pero los hechos terminaron por dar la razón a los besteiristas. El fracaso de la revolución de Asturias en octubre de 1934 y el peligro de que la República se perdiera permitió el ascenso de un sector político que se agrupaba en torno a Prieto (el sector centrista) que llamaba a restablecer una coalición electoral con los republicanos de izquierda. En la discusión sobre esta estrategia, los socialistas se enfrentaron entre sí, pero esta vez de manera definitiva²⁹.

En esta discusión apareció un nuevo actor político: el Partido Comunista. El PCE se había distinguido por su acusada confusión teórica y práctica, así como por las interminables pugnas entre los líderes de los dos grupos que habían formado el partido en 1921³⁰. Sin embargo, a principios de los años treinta el PCE había iniciado un viraje ideológico que lo llevó a aceptar la República y a impulsar una alianza con los socialistas. Su estrategia se completaba con un anhelado crecimiento de sus bases. Pero el flujo de afiliados tendría que provenir de las desorientadas filas socialistas.

En suma, en el segundo semestre de 1935 el socialismo enfrentaba dos alternativas distintas: establecer una coalición con los republicanos o aceptar la alianza de todas las fuerzas liberales y de izquierda impulsada por el PCE (Frente Popular antifascista). La respuesta de todas

²⁹ Santos Juliá, Historia del socialismo..., pág. 132.

³⁰ Santos Juliá, La izquierda..., pág. 140.

las fracciones socialistas fue de rechazo a las iniciativas comunistas. Donde no hubo acuerdo fue en la política a seguir con los republicanos. Mientras que el centrismo aceptaba apoyar en las Cortes a un gobierno formado exclusivamente por republicanos de izquierda, la izquierda socialista --Juventudes Socialistas, líderes de la UGT, Federación de Trabajadores de la Tierra e intelectuales marxistas-- se oponía a esta propuesta no porque tuviera una propuesta diferente a la de Prieto, sino porque reconocía que si la política de éste se imponía, la izquierda perdería la dirección del socialismo³¹. Por tanto, Largo Caballero y la izquierda socialista se encargaron de bloquear desde la UGT cada propuesta de la comisión ejecutiva prietista.

La política obstruccionista tuvo dos consecuencias para el futuro de la República y del movimiento socialista mismo. Por un lado, en su lucha por limitar las iniciativas del centrismo la izquierda colaboró inconscientemente en el reforzamiento del Partido Comunista a expensas del socialismo. Para afianzar su posición, Largo tomó dos decisiones de imprevisibles resultados: exigió la integración del PCE en la coalición con los republicanos en términos de igualdad. Aún más importante fue la decisión de fusionar las Juventudes y el sindicato socialistas con sus contrapartes comunistas³². Mientras que la exigencia de inclusión comunista fue rechazada por los republicanos, la segunda decisión sólo mostró su tamaño real en el transcurso de la Guerra Civil.

Por otro lado, el continuo bloqueo de las iniciativas prietistas provocó que el partido no pudiera contrarrestar el debilitamiento del gobierno de izquierda. En eso la izquierda socialista

³¹ *Idem*, pág. 80.

³² *Ibidem*, pp. 180-184.

había sido exitosa, pero cuando se enfrentó al hundimiento de las fórmulas republicanas demostró que había carecido de visión política

Entre noviembre de 1934 y julio de 1936 cada fracción contendiente hizo uso de las organizaciones para imponer su estrategia. El sindicato comenzó a actuar como partido político, tomando sus propias iniciativas y rechazando las orientaciones del partido³³. Desde mayo de 1936 la lucha por el poder se encaminaba a la escisión del socialismo siguiendo las tensiones tradicionales, pero ésta se vio interrumpida por el alzamiento militar del 18 de julio.

3. Alianzas y aislacionismo, 1939-1952

La derrota de la República significó la desaparición del PSOE y de la UGT como organizaciones de masas. Sus escasos cuadros se encontraban diseminados o purgando penas en prisiones franquistas, mientras que su reorganización se veía afectada por la ruptura

En abril de 1939 existían prácticamente dos partidos socialistas que se diferenciaban entre sí por su relación con los comunistas. La situación de la UGT era aún más compleja pues la mayoría había quedado en manos de una comisión ejecutiva controlada por el último presidente del Gobierno republicano, el socialista Juan Negrín, y por los comunistas. Al margen de este

³³ Una anécdota ilustra el grado de este enfrentamiento. Cuando en agosto de 1936 se le ofreció la presidencia del Gobierno a Largo Caballero, su reacción inicial fue ponerse en contacto con los elementos con quienes creía que debía gobernar: la comisión ejecutiva de la UGT. Con esa conducta acentuaba el hecho de que al ocupar la presidencia lo hacía como secretario general de la Unión y no como afiliado del PSOE. Santos Juliá, Historia del socialismo..., pp.203-207.

sector algunos núcleos socialistas buscaron restaurar una central sindical libre del dominio comunista³⁴. Con este objetivo se reunieron a fines de 1944 para reconstituir la UGT y para establecer los lineamientos de su acción en Francia. En este Congreso la UGT renunció a su actuación política y aceptó estar representada políticamente por el Partido Socialista³⁵. A pesar de las críticas de Largo Caballero la UGT se plegaba a las decisiones y acuerdos políticos que el PSOE tomara. El esquema pablista de supeditación sindical a la política del partido volvía a su curso de antaño.

Es indudable que la experiencia de las luchas entre fracciones que habían dividido al socialismo español estuvo detrás de esta decisión. La represión y los problemas organizativos impusieron prácticamente la identidad entre partido y sindicato, y para reforzar aún más la unidad del exilio, el partido prohibió expresamente la posibilidad de crear tendencias en su seno, valorando aspectos como la disciplina y la calidad de la militancia. Esto permitió que los múltiples cambios de estrategia política que se hicieron entre 1946 y 1952 no enfrentaran una oposición sustancial.

En los primeros años del exilio los socialistas defendieron el restablecimiento incondicional de la República. Pero la creencia de que las potencias occidentales presionarían a Franco para dejar el poder hizo que los socialistas revisaran la política seguida hasta entonces. El socialismo se

³⁴ La situación comenzó a inclinarse a favor de la UGT socialista debido a su reconocimiento por parte de la UGT del interior. En 1948 los comunistas modificaron su estrategia sindical abandonando a la UGT-Junta Central a su suerte. José Luis Martín Ramos, Historia del socialismo español, 1939-1977, Barcelona: Conjunto Editorial, S.A., 1989, pp. 55-56.

³⁵ Fernando Almendros Morcillo, et al., El sindicalismo de clase en España (1939-1977), Barcelona: Ediciones Peninsula, 1978, pág. 123.

despojó de gran parte de su radicalismo, aunque persistieron algunas actitudes obreristas y su fidelidad al marxismo. El nuevo PSOE convertía al ideal democrático y, por tanto, al antitotalitarismo, en su principal seña de identidad: "la democracia sería consustancial a la construcción del socialismo, un fin en si mismo"³⁶.

La incapacidad del gobierno en el exilio para crear un frente amplio de fuerzas antifranquistas en el cual estuvieran presentes las fuerzas monárquicas, provocó que se llegara a un punto muerto a finales de 1946. Para superar el impasse en que se había caído, Prieto impulsó abiertamente la iniciativa de que fuera un gobierno provisional sin signo partidista el que convocara a un plebiscito para decidir la forma del Estado, lo que representó un deterioro en las relaciones con los republicanos (aun cuando los socialistas habían decidido que en dicha consulta apoyarían a la República).

En agosto de 1948 Prieto logró un acuerdo con los monárquicos (Pactos de St Jean-de-Luz) por el cual ambas partes estaban de acuerdo en que el régimen futuro sería dejado a la elección libre del pueblo español. Sin embargo, el acuerdo fue viciado por las revelaciones sobre los encuentros entre Franco y el pretendiente al trono, don Juan de Borbón, para discutir el futuro de la monarquía. En 1950 la alianza entró en crisis cuando don Juan declaró que la monarquía no estaría sujeta a un veredicto popular, y que su futuro estaba mejor guardado a través de acuerdos con Franco³⁷. El tiro de gracia lo dio el inicio de la normalización diplomática del régimen con el

³⁶ Abdón Mateos, El PSOE contra Franco: continuidad y renovación del socialismo español, 1953-1974, Madrid: Ed. Pablo Iglesias, 1993, pp. 1-9

³⁷ Richard Gillespie, The Spanish Socialist Party: A History of Factionalism, Oxford: Clarendon Press, 1989, pág. 109.

retiro de las resoluciones condenatorias de las Naciones Unidas y los acuerdos con los Estados Unidos y El Vaticano en 1953.

El acercamiento monárquico era la única política definida que los socialistas habían elaborado, por lo que su fracaso provocó frustración. Como rectificación el partido aceptó la iniciativa de Prieto de iniciar una "cura de aislamiento", consistente en rechazar cualquier invitación para constituir pactos de unidad de acción con otros grupos opositores o pronunciarse sobre el futuro institucional de España³⁸. Este tipo de soluciones había sido común en el pasado cuando el partido se veía sin una definición clara: los socialistas hacían de su aislamiento una opción estratégica y la rodeaban de un discurso en el que el rechazo de pactos y de alianzas se mezclaba con el fortalecimiento y la independencia de la clase obrera y la espera de la revolución³⁹.

³⁸ Esto no impedía que se alcanzaran pactos de unidad de acción circunstancial con grupos de la oposición democrática. Estos se concentrarían en acciones concretas de protesta y propaganda siempre que no implicaran la creación de plataformas permanentes de coordinación.

³⁹ Santos Juliá, Historia del socialismo... pág. 143.

2. DESARROLLO ECONÓMICO Y CAMBIOS EN LA SOCIEDAD ESPAÑOLA Y EN EL SOCIALISMO ESPAÑOL

"La entrada de España en la modernidad no fue fácil. Necesitara un siglo de guerras civiles. Y tendrá lugar finalmente -y esto turbara la vision de la izquierda española- bajo el régimen de la dictadura franquista. A pesar de ésta, desde luego. Contra sus principios fundamentales, tambien es verdad. Pero bajo la hegemonia de algunas de las capas sociales que fueron uno de su apoyos originarios".

JORGE SEMPRUN
FEDERICO SANCHEZ
SE DESPIDE DE USTEDES

En los últimos años de la década de los cincuenta el régimen que había surgido victorioso en la Guerra Civil puso en práctica una nueva política económica que sentó las bases para el desarrollo económico y la modernización de la sociedad. En el transcurso de unos pocos años la sociedad agrícola y conservadora que había caracterizado a España en las primeras tres décadas del siglo dio paso a una sociedad industrial y secularizada ajena a los valores y actitudes de la élite gobernante.

Fue sin embargo en el periodo de mayor poderío del general Franco cuando jóvenes procedentes de las clases medias comenzaron a cuestionar la ausencia de cauces para la participación y el carácter autoritario del régimen. Al mismo tiempo, esta nueva generación puso en duda la existencia de unas organizaciones socialistas comprometidas más en su conservación clandestina que en una lucha abierta contra Franco. La incapacidad para enlazar a esta nueva generación de socialistas con los veteranos provocó una profunda crisis en el socialismo que se

evidenció con el surgimiento de alternativas que poco o nada tenían que ver con el viejo socialismo pablista. Estas opciones aceptaban que fuera la monarquía la que permitiera la normalización democrática, estaban dispuestas a colaborar con los comunistas y a crear un sindicato unitario sin una clara vinculación con el partido socialista. Más significativamente, los socialistas que en los años sesenta surgieron al margen de las siglas PSOE-UGT creían que en el futuro el Partido Socialista tendría que representar los intereses de la sociedad en su conjunto y no solamente los de la clase obrera.

I. Desarrollo económico y cambios en la estructura social

La política económica del franquismo

Al concluir la Guerra Civil España se encontraba en medio de una recesión económica sin precedentes¹. Para superar esta situación el nuevo Estado impulsó la recuperación económica bajo las líneas de un modelo autárquico cuyo objetivo principal era hacer del país una unidad autosuficiente. Con este fin el Estado introdujo una serie de controles para proteger a la economía de la competencia exterior y optaba por su intervención activa en el desarrollo de la industria. No obstante, para lograr la autosuficiencia era necesario importar los bienes de capital y la maquinaria

¹ En 1940 el ingreso nacional había retrocedido a tasas de 1914 mientras que el ingreso per cápita lo hacía a niveles del siglo XIX. Raymond Carr y Juan Pablo Fusi, Spain: Dictatorship to Democracy. London: George Allen and Unwin, 1979, pág. 49.

que permitieran sentar las bases del crecimiento industrial. El inicio de la Segunda Guerra Mundial y el posterior aislamiento político y económico que los aliados impusieron al franquismo impidieron la importación de bienes de capital limitando las reducidas posibilidades de éxito de la autarquía². El aislamiento reforzó la orientación económica, convirtiéndola en una cuestión de supervivencia para el régimen³.

En 1950 se hizo evidente que la autarquía no había logrado fortalecer a la economía española. En ese año el ingreso nacional permanecía por debajo del ingreso de los años de preguerra mientras que los precios eran casi seis veces superiores a los de 1935. Los desajustes creados por los aumentos de precios y el congelamiento salarial desembocaron en marzo de 1951 en las primeras protestas que perturbaron la paz social del estado franquista, y que fueron rápidamente reprimidas⁴.

El general Franco respondió a esta crisis con un ajuste de gobierno por el cual ingresaron elementos más liberales en el campo económico. El cambio tenía visos de un viraje que llevaría a la economía hacia su desarrollo normal, pero esto sería posible sólo a través del acceso de España a recursos del exterior y su integración en los mercados mundiales. Los cambios en la coyuntura internacional, provocados por las tensiones crecientes entre Estados Unidos y la Unión Soviética,

² En febrero de 1946 la Asamblea General de la ONU acordó no admitir a España como miembro o en sus agencias especializadas mientras Franco siguiera gobernando. Esta disposición fue ampliada en diciembre de ese año con la recomendación para que los países miembros de la ONU retiraran sus misiones diplomáticas de Madrid.

³ José Maravall, Dictatorship and Political Dissent: Workers and Students in Franco's Spain. London: Tavistock Publications, 1978, pág. 19.

⁴ Estas protestas se realizaron en Barcelona y tuvieron un carácter económico. Joseph Fontana y Jordi Nadal, "Spain, 1914-1970", en Carlo Cipolla (ed.), The Fontana Economic History of Europe, Contemporary Economies, Sussex: Harvester Press, 1977, vol. 6, pág. 512.

permitieron terminar con el aislamiento español y con los obstáculos que impedían la derrama de recursos financieros: en agosto de 1950 el Congreso norteamericano acordó otorgar ayuda financiera al régimen franquista; en 1951 eran retiradas las resoluciones condenatorias de la ONU, y en 1953 España firmaba un acuerdo militar con Estados Unidos. A cambio de cuantiosos recursos, España aceptaba formar parte de la estructura defensiva occidental, aunque debido al carácter no democrático de su gobierno se le impidió ingresar en sus instituciones --la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y la Unión Europea Occidental (UEO)⁵.

El flujo de inversiones y créditos internacionales contribuyó a la consolidación política del franquismo. Con el arribo de la asistencia económica norteamericana y la apertura limitada del comercio exterior se consiguió cierta estabilización de precios, mientras que el acceso a materias primas y energéticos fue importante para echar a andar una industria afectada constantemente por los racionamientos. Estos logros llevaron a la recuperación de la economía, pero no al inicio de una fase de crecimiento: el giro liberal estaba limitado por la presencia de elementos falangistas en el gobierno y por una política financiera que fomentaba el desarrollo industrial con tasas de inflación elevadas⁶.

En 1956 el modelo autárquico mostró sus límites cuando a las tensiones inflacionistas se unieron las pérdidas económicas generadas por una caída en las exportaciones agrícolas y la escasez de divisas, llevando a la economía a una nueva crisis. Enfrentado a esta crisis el régimen decidió impulsar un cambio radical de su política económica. En febrero de 1957 se realizó un

⁵ Aunque la condición no democrática de Portugal no obstaculizó su ingreso a la OTAN

⁶ Joseph Fontana y Jordi Nadal. Art. cit., pág. 513.

nuevo ajuste ministerial a través del cual ingresaba al gobierno un equipo de jóvenes economistas vinculados al Opus Dei⁷. En los cuatro años siguientes este grupo de modernizadores habría de liberalizar la economía integrando al país en la economía occidental y sentando las bases para una industrialización acelerada.

Las primeras medidas de ajuste estuvieron dirigidas a sanear la economía a través de la estabilización de precios y el control de la inflación, la creación de un marco legal favorable a la inversión extranjera y el fomento de las exportaciones por medio de una devaluación drástica de la peseta. Los efectos inmediatos de este programa fueron una nueva recesión económica y el incremento en el número de huelgas en contra del congelamiento salarial.

En 1962 las medidas estabilizadoras finalizaron y la economía comenzó a expandirse a tasas espectaculares. La tasa de crecimiento anual del PNB entre 1960 y 1965 fue de 9.2%. Para el conjunto de la década de los sesenta la economía creció en un promedio anual de 7%, mientras que el salario real per cápita lo hizo en 6.9%⁸. El ingreso per cápita creció de 300 dólares en 1960 a \$1,500 en 1970. Los incrementos en la producción industrial se colocaron entre los más altos del mundo: el índice de producción industrial aumentó de una base 100 en 1929 y 133 en 1949, a

⁷ El objetivo de los economistas del Opus Dei era establecer una simbiosis entre los valores católicos tradicionales, un sistema político autoritario y el American way of life. Como apuntan Carr y Fusi, había la seguridad de que esta nueva política económica no amenazaría los valores sobre los que se sustentaba el régimen. A largo plazo resultó ser un factor destabilizador. Raymond Carr y J P Fusi, Op. cit., pág. 81.

⁸ Beate Kohler, Political Forces in Spain, Greece and Portugal. London: Butler & Tammer. 1982. pág. 3.

320 en 1959 y 988 en 1970. Esto representaba una tasa de crecimiento anual de 9.2% para el periodo 1949-1959 y de 10.8% para 1959-1970⁹.

El milagro económico español tuvo lugar en el contexto de una expansión económica internacional de la cual España se benefició enormemente. Su conexión con los países europeos más prósperos se reflejó en el flujo de capital que por concepto de remesas de emigrantes y turismo llegaba anualmente y que ayudó a solucionar los problemas de déficit comercial que las importaciones de bienes de capital generaba¹⁰.

Cambios en la sociedad española

El crecimiento económico de los años sesenta dio el impulso para la transformación de la sociedad española. El proceso de industrialización provocó que grandes corrientes migratorias despoblaran el campo. Entre 1941 y 1950 la migración rural fue mínima, con un total estimado en 62,000 personas. A partir de entonces el flujo se volvió más significativo: entre 1951 y 1960 cerca de un millón de personas abandonaron el campo, duplicándose ese número en la década siguiente. En total, el campo perdió alrededor de 3,140,000 habitantes entre 1941 y 1970¹¹.

⁹ Joseph Fontana y Jordi Nadal. Art. cit., pág. 521.

¹⁰ De acuerdo con Carr y Fusi, en 1973 el flujo anual de turistas alcanzaba los 30 millones dejando una derrama económica de 3,000 millones de dólares. Raymond Carr y Juan Pablo Fusi. *Op. cit.*, pág. 57.

¹¹ Joseph Fontana y Jordi Nadal. Art. cit., pág. 518.

Las migraciones de los años cincuenta y sesenta crearon un proceso de urbanización muy intenso; mientras que en 1960 19.1% de la población total vivía en ciudades de más de 100,000 habitantes, en 1965 el porcentaje había aumentado a 32.7¹². Igualmente importante fue la migración que se dirigió hacia el exterior: según datos oficiales, en el periodo 1960-1973 un total de 2,341,004 españoles buscaron empleo en países europeos, la mitad de ellos bajo el concepto de "emigrantes permanentes"¹³.

El despoblamiento del campo tuvo un par de efectos colaterales: por un lado, el régimen comenzó a perder sus apoyos tradicionales entre una masa agrícola conservadora y poco educada. Por otro lado, los pobladores rurales entraron en contacto con la sociedad más secularizada de las ciudades españolas, en tanto que los emigrantes lo hacían con las sociedades democráticas de Europa Occidental. En ambos casos el contacto permitió la difusión y asimilación de mentalidades, estilos de vida, valores y hábitos distintos. Esta situación se repitió en el caso de los españoles que tuvieron contacto con los turistas.

El crecimiento económico provocó también varios cambios en la estructura ocupacional. Mientras que en 1940 España era un país predominantemente rural, en 1977 sólo 20% de la población activa se encontraba dedicada al campo; por su parte, el número de personas vinculadas al sector secundario se disparó en sentido opuesto, al pasar del 22.13% en 1940 a 38.2% en 1975.

¹² José Maravall, Dictatorship and political..., pág. 25.

¹³ Esta cifra, aunque reveladora, no ofrece una imagen exacta de este fenómeno pues gran parte de la emigración se hizo de manera ilegal. José F. Tezanos, "Modernización y cambio social en España", en J. F. Tezanos et al. (eds.), La transición democrática española, Madrid: Ed. Sistema, 1989, pág. 78.

Por último, el sector servicios creció de manera notable, de tal forma que en 1977 43% de la población económicamente activa pertenecía a este sector (cuadro 3).

Este mapa ocupacional presenta la imagen de una sociedad completamente distinta a la sociedad en que se gestó la Guerra Civil, aunque es necesario introducir algunos matices. En los últimos años del franquismo la clase trabajadora era potencialmente la clase más poderosa. Pero

Cuadro 3. Evolución de la población activa española (1900-1977)

	Porcentaje de PEA respecto a población total	Agrícola	Industrial	Servicios
1900	35.31	63.64	15.99	17.77
1930	35.51	45.51	26.51	27.98
1940	34.61	50.52	22.13	27.35
1950	37.09	47.57	26.55	25.88
1960	38.11	39.70	32.98	27.32
1965	38.50	34.30	35.20	31.20
1970	37.41	29.11	37.28	33.61
1975	37.1	21.5	38.2	40.3
1977	36.2	20.0	37.0	43.0

PEA: Población Económicamente Activa

Fuente: Ramón Tamames, Estructura económica de España, Madrid: Alianza Universidad, 1978, pág. 81.

contra las predicciones marxistas, no era una clase homogénea de obreros manuales. El proceso de industrialización creó una clase heterogénea con trabajadores altamente calificados, que comparten valores y hábitos de las clases medias, laborando junto a obreros de sectores tradicionales. Estos últimos tampoco se parecen a sus contrapartes de los años treinta: la afluencia de los años de crecimiento también se extendió a los estratos obreros modificando su condición proletaria¹⁴. El cambio en dicha condición se ha debido en gran medida al mejoramiento en el nivel de vida, la seguridad de mantener un empleo, la conciencia de tener derechos como ciudadanos y el papel de la educación como factor de movilidad social.

La prosperidad económica introdujo asimismo un cambio en los viejos valores. La sociedad de los años del hambre, caracterizada por su austeridad y su firme apego al catolicismo, dio paso a la moderna sociedad de consumo, orientada a la satisfacción material¹⁵. Aunque la sociedad de consumo fomentó la apatía política del español común, también produjo unos patrones de comportamiento que resultaban incompatibles con las prácticas, valores e instituciones políticas autoritarias. El surgimiento de los nuevos patrones de comportamiento puede enmarcarse en el contexto de un proceso de "europeización" de España llevado por los

¹⁴ Para Linz la condición proletaria es "conciencia de destino no modificable por el esfuerzo personal ni siquiera en el curso de las generaciones". Juan J. Linz, "La sociedad española: presente, pasado y futuro", en Juan J. Linz (ed.), España: un presente para el futuro. Madrid: Instituto de Estudios Económicos, 1984, pág. 75.

¹⁵ Raymond Carr y Juan Pablo Fusi, Op. cit., pág. 82.

turistas y por el número creciente de españoles que viajaron al exterior como estudiantes o trabajadores.

En suma, los cambios producidos por el crecimiento económico dibujaron una sociedad con tres rasgos importantes. En primer lugar, la rápida transformación de la sociedad española creó una sociedad "no sedimentada". Un factor determinante en la falta de consolidación fue la enorme movilidad geográfica generada por las corrientes migratorias. En segundo lugar, aunque persisten grandes desigualdades sociales, el cambio social produjo una sociedad menos dividida en valores y estilos de vida. El crecimiento del sector servicios desdibujó las líneas de conflicto que habían dividido a la sociedad española en el pasado. Finalmente, la idea de identidad de clase, muy extendida antes de la Guerra Civil, se debilitó ante la pérdida de homogeneidad de la clase obrera¹⁶.

Las transformaciones sustanciales experimentadas en la sociedad y en la mentalidad de los españoles acabaron traducéndose en una profunda "crisis de ajuste" entre las estructuras políticas del régimen y las exigencias y necesidades de la nueva realidad social española¹⁷.

2. Fracturas en la coalición gobernante

Pugnas en la sucesión franquista

¹⁶ Juan Linz, Art. cit. pp 63-65.

¹⁷ José F. Tezanos, "La crisis del franquismo y la transición democrática en España", en J. F. Tezanos et al. (eds.), Op. cit., pág. 10.

El crecimiento económico de los años sesenta también tuvo consecuencias sobre el bloque de fuerzas que apoyaba a Franco. Durante la Guerra Civil, el Caudillo determinó la unificación de las facciones que lo habían acompañado en el alzamiento contra la República (monarquistas, falangistas, carlistas y republicanos de derecha) para crear un partido único de corte totalitario, pero por varias circunstancias, esta decisión nunca se hizo efectiva¹⁸. Las familias del régimen, por el contrario, conservaron su identidad y forma de pensar propias, aunque se les impidió estructurarse políticamente¹⁹. Para mantener cierta cohesión en la élite, Franco dispuso que algún representante de las familias estuviera presente en cada uno de sus gobiernos. Con la instauración de estos gobiernos de coalición, Franco lograba integrar a los grupos políticos estableciendo delicados contrapesos entre ellos.

El éxito de la política económica liberal modificó los equilibrios en favor de los tecnócratas del Opus Dei provocando el debilitamiento de la cohesión interna del régimen²⁰.

¹⁸ En 1937 Franco obligó a falangistas y carlistas a integrarse en la Falange Española Tradicionalista (FET). El marcado antipartidismo del Caudillo lo hizo mostrar desinterés por ésta, a la cual siempre consideró como un Movimiento en el que debían estar presentes los grupos que lo apoyaban. Si admitió a la FET como partido único, fue porque le parecía lo mejor para un régimen militar autoritario en plena época fascista, y aunque concibió a la FET como el partido del Estado, nunca quiso que su régimen se convirtiera en un Estado al servicio del partido. Stanley Payne, Falange. Historia del fascismo español, Madrid: Sarpe, 1985, pág. 202.

¹⁹ De acuerdo con Amando de Miguel "la noción de familia se aplica con toda intención y casi literalidad al sustituto de grupos o partidos políticos que compiten --a base de arreglos y de aquiescencia con los deseos del Caudillo-- por su parcela de poder". Amando de Miguel, La herencia del franquismo, Madrid: Cambio 16, 1976, pp. 83-84.

²⁰ José M. Maravall y Julián Santamaría, "El cambio político en España y las perspectivas de la democracia", en Guillermo O'Donnell et al (eds.), Transiciones desde un gobierno autoritario. Europa meridional, Buenos Aires: Paidós, 1989, pág. 119.

Dicha situación profundizó las tensiones entre las facciones, las cuales se enfrentaban en una lucha velada por el control de los espacios políticos que definirían la sucesión franquista. Esta pugna siguió principalmente dos líneas de conflicto: por un lado, la lucha entre la burocracia (falangista) del Movimiento Nacional y los tecnócratas del Opus Dei; por otro lado, una lucha entre aperturistas e inmovilistas.

El objetivo común de las familias era la continuación del régimen después de la muerte de Franco. Las posiciones diferían cuando se discutía el papel que cada familia tendría en el futuro: mientras que los economistas del Opus Dei se inclinaban por la restauración de una monarquía tradicional popular y social, las preferencias de los falangistas fluctuaron entre la regencia y un régimen presidencialista de partido único. Para estos últimos, la continuidad del régimen sólo estaba garantizada con la institucionalización del Movimiento. La solución de compromiso dada por Franco en 1958 --Monarquía basada en los principios del Movimiento-- fue en apariencia satisfactoria para todos, pero en realidad selló el declive de la Falange: el Movimiento sería desde entonces la "comunidad de todos los españoles" y no el baluarte de los principios que habían dado vida a la FET²¹.

En los años sesenta la burocracia del Movimiento hizo un nuevo intento por dar a éste un lugar más significativo en el sistema. El desarrollo político propuesto por José Solís, Secretario

²¹ Las presiones de los falangistas habían sido constantes. En febrero de 1956, algunos jóvenes falangistas protagonizaron violentos disturbios en contra de la política liberal del Ministro de Educación, el católico Joaquín Ruiz Giménez. Estos hechos provocaron la destitución del Secretario General del Movimiento, Raymundo Fernández Cuesta, y la dimisión de Ruiz Giménez. El tímido intento por "refalangizar" el Estado, lanzado por el nuevo Secretario General del Movimiento, José Luis de Arrese entre 1956 y 1958, concluyó con un cambio de gobierno por el cual los falangistas fueron trasladados a Ministerios secundarios, mientras que la dirección de la economía era entregada a los tecnócratas del Opus.

General del Movimiento, era visto como una evolución gradual hacia una mayor participación de la sociedad y como complemento político del programa de desarrollo económico²². Con esta liberalización política limitada se reconocía la necesidad de integrar a las nuevas generaciones y crear cauces de representación que evitaran explosiones de descontento, tal como había ocurrido en 1956 y 1958 con estudiantes y trabajadores. Al mismo tiempo era un intento para ganar credibilidad democrática frente a Europa justo cuando España solicitaba su ingreso en la Comunidad Económica Europea (CEE).

En todo caso, la nueva política no representaba un cambio en las prácticas autoritarias del franquismo, sino más bien una reacción defensiva de la burocracia partidista. Detrás de esta iniciativa se recreaban esfuerzos para dotar de autonomía al Movimiento frente al creciente poder del más viable sucesor de Franco, el almirante Luis Carrero Blanco, el cual estaba estrechamente ligado a los tecnócratas opusdeistas. Este intento pseudo-liberalizador enfrentó la oposición de los sectores inmovilistas (ultraderecha, falangistas de la vieja guardia, carlistas y algunos militares) y concluyó en 1969 con un nuevo revés para el Movimiento²³.

El conflicto entre aperturistas e inmovilistas tuvo como punto central el debate sobre asociaciones políticas. La propuesta de crear asociaciones formaba parte de la iniciativa de

²² Raymond Carr y Juan Pablo Fusi. *Op. cit.* pág. 174.

²³ En agosto de 1969 se hizo pública la participación de tres ministros miembros del Opus Dei en un escándalo de desvío de recursos. El "caso Matesa" fue explotado por Solís para deshacerse de los tecnócratas, pero su maniobra fue contraproducente: en octubre Franco hizo un cambio de gobierno por el cual los ministros implicados fueron cesados, pero lo mismo sucedía con Solís y Manuel Fraga, el más importante reformista dentro del régimen. El nuevo gobierno estuvo encabezado por Carrero Blanco, reduciendo a los burócratas del Movimiento a su mínima expresión.

desarrollo político y contemplaba la estructuración de aquellas en el marco exclusivo del Movimiento. En realidad nunca se logró definir claramente la naturaleza y funciones de las futuras asociaciones, por lo que el proyecto no pasó de ser una estrategia de José Solís para dotar al Movimiento de mayores poderes de decisión en el Estado. La burocracia partidista apoyó una vaga apertura pluralista mientras ésta no amenazara con alterar la estructura del Movimiento. Sin embargo, cuando se intensificaron las presiones para una democratización verdadera, cerró filas defendiendo la legitimidad del régimen.

Con posturas completamente encontradas se enfrentaban reformistas e inmovilistas. Los primeros, reunidos en torno a Manuel Fraga, ex-ministro de Información, reconocían que España, como sociedad industrial desarrollada, requería de instituciones políticas modernas, y que sólo una reforma política y social podía dar estabilidad al país. Por su parte, los inmovilistas consideraban que el franquismo era una estructura indivisible, por lo que la modificación de alguna de sus partes podía generar un proceso de cambio que destruiría el sistema político en su conjunto. Los inmovilistas rechazaban cualquier posibilidad de establecer asociaciones políticas pues las consideraban los gérmenes de futuros partidos²⁴.

El cambio ministerial de 1969 marcó el triunfo de los continuistas y el fin de los tímidos intentos liberalizadores. Ante el creciente descontento social, el régimen actuó con dureza. En los últimos meses de ese año la iniciativa para crear asociaciones fue suspendida en sus partes fundamentales, cerrando el paso a las propuestas de los reformistas del régimen. La apuesta era por el continuismo, y éste estaba representado por la figura de Luis Carrero Blanco. Su asesinato

²⁴ Raymond Carr y Juan Pablo Fusi. *Op. cit.*, pág. 180-185.

en diciembre de 1973 por el grupo terrorista vasco ETA, no hizo más que profundizar el debate sobre si era posible la continuidad del régimen o su reforma.

La pérdida de los apoyos sociales del franquismo: la Iglesia

Los intentos aperturistas tuvieron su expresión más concreta en el relajamiento de la censura. Por la puerta trasera de la nueva Ley de Prensa llegaron a España ideas políticas alternativas que modificaron la mentalidad de los apoyos sociales del régimen. El caso más sintomático fue sin duda el de la Iglesia Católica.

La propaganda oficial caracterizó la Guerra Civil como una Cruzada en defensa de los valores cristianos. En esta empresa la Iglesia había desempeñado un papel legitimador. Concluida la guerra la jerarquía mantuvo dicho papel y aceptó que Franco retuviera el privilegio real de designar obispos, recibiendo a cambio enormes concesiones: España era declarada estado confesional, la educación quedaba bajo control de la Iglesia y las publicaciones y actividades apostólicas se mantenían libres de la censura oficial²⁵. El Concordato de 1953 sólo vino a confirmar los beneficios mutuamente concedidos²⁶.

²⁵ Norman Cooper, "La Iglesia: de la 'Cruzada' al Cristianismo", en Paul Preston (ed.), España en crisis: la evolución y decadencia del régimen de Franco, México: FCE, 1977, pp. 97-98.

²⁶ Aunque el derecho de Franco para designar obispos se restringió a situaciones de carácter permanente. Si alguna sede episcopal quedase vacante, sería el Vaticano quien designara administradores apostólicos. Esta salvedad tuvo un gran significado político cuando las relaciones con Madrid se deterioraron.

El cambio en las relaciones Iglesia-Estado tuvo dos orígenes distintos. Desde fines de los años cincuenta algunos sectores de la Iglesia, como el bajo clero y Acción Católica, emprendieron una renovación espiritual que los llevó a denunciar el compromiso con el Estado y la falta de identificación con los grupos sociales y nacionales afectados por el régimen. En este proceso el pensamiento católico francés tuvo una influencia importante sobre la intelectualidad católica española²⁷. Uno de los efectos del cambio de actitud fue la aparición de organizaciones obreras que actuaban protegidas por los resquicios legales que ofrecía el Concordato²⁸. Asimismo, el cambio de mentalidad introducido en la Iglesia a raíz del Concilio Vaticano II hizo cada vez más incómoda la alianza con un régimen autoritario.

El deterioro de la relación se dio a contracorriente de los intereses de un importante grupo de obispos conservadores que, a pesar de su poder, fueron quedándose aislados. El resto de los obispos reconocieron, algunos sinceramente y otros presionados por los sacerdotes de sus diócesis, la necesidad de adecuar la Iglesia a las resoluciones de Vaticano II y, en especial, a separar efectivamente la Iglesia del Estado y demandar el establecimiento de libertades civiles.

El radicalismo del bajo clero complicó aún más la situación. En los últimos años del franquismo fueron comunes las detenciones y encarcelamientos de sacerdotes por participar en los sindicatos clandestinos, permitir la celebración de asambleas políticas y sindicales en sus parroquias o condenar la represión gubernamental en las homilias, y un número creciente de

²⁷ Raymond Carr y Juan Pablo Fusi. *Op. cit.*, pág. 151.

²⁸ Estos grupos de apostolado obrero eran: las Hermandades Obreras de Acción Católica, la Juventud Obrera Católica y las Vanguardias Obreras Juveniles. El Frente de Liberación Popular (FLP), que era un movimiento con principios revolucionarios, fue formado también por católicos.

sacerdotes vascos y catalanes fueron acusados de fomentar el resurgimiento regionalista o de ayudar al terrorismo separatista. Estos conflictos no habrían tenido mayores consecuencias si Franco hubiese contado con el apoyo pleno de su jerarquía, pero ésta se encontraba dividida por la desaparición biológica de los obispos de la Cruzada o su desplazamiento por una nueva generación de obispos post-conciliares.

A partir de 1969 la Iglesia mostró una imagen más liberal en sus órganos directivos, mientras que sus documentos reflejaban tendencias marcadamente antifranquistas. La alienación respecto al régimen fue evidente cuando en 1971 la Asamblea conjunta de obispos y sacerdotes recomendó que la Iglesia rompiera sus relaciones con el régimen y que el Concordato fuera revisado. Más escandaloso resultó el debate de una resolución con la cual la Iglesia pedía perdón al pueblo español por su papel en la Cruzada²⁹. El desarrollo de estos acontecimientos provocó una respuesta negativa, y en ocasiones violenta, de un régimen y sus apoyos conservadores que nunca aceptaron los cambios que se habían dado en la Iglesia. Como bien dijeron Carr y Fusi, "hasta su muerte, Franco gobernó su Estado católico con la oposición de la Iglesia católica"³⁰.

3. El resurgimiento de la oposición interior

División y desánimo: la oposición histórica

²⁹ Norman Cooper, Art. cit., pp 129-130.

³⁰ Raymond Carr y Juan Pablo Fusi, *Op. cit.*, pág. 155.

A mediados de los años cincuenta el general Franco se encontraba firmemente establecido en el poder. La consolidación del régimen había sido posible, en gran medida, por el reconocimiento de las potencias occidentales al papel de la Dictadura en la lucha contra el comunismo; pero a ella también contribuyó la debilidad y fragmentación de los partidos y sindicatos que habían luchado por la República y que envejecían en el exilio.

La derrota militar dejó a los republicanos desmoralizados y profundamente divididos. Este último rasgo fue una constante que a lo largo del franquismo habría de afectar cualquier propuesta para organizar una oposición efectiva. Si bien cada grupo político se vio afectado por divisiones en su seno, la mayor ruptura se dio entre el conjunto de la oposición histórica y el Partido Comunista. La controvertida actuación del PCE durante la Guerra Civil era un recuerdo permanente en los líderes del exilio y un elemento importante en el rechazo a las constantes invitaciones comunistas para crear un frente unido. La Guerra Fría ensanchó aún más estas diferencias, ya que cualquier alianza con los comunistas podía ser mal recibida por los países occidentales en quienes el exilio había puesto sus esperanzas para deponer a Franco³¹. Pero la negativa a unirse a los comunistas no fue el único factor que impidió la creación de un frente opositor: la intransigencia de los republicanos para tener tratos con los monárquicos y el aislamiento ideológico de los socialistas contribuyeron a la fragmentación.

En este sentido puede decirse que a mediados de los años cincuenta la oposición histórica no comunista había dejado de existir como realidad política efectiva dentro de España³². Muy

³¹ Paul Preston, "La oposición antifranquista: la larga marcha hacia la unidad", en Paul Preston, *Op. cit.*, pág. 236.

³² Raymond Carr y Juan Pablo Fusi, *Op. cit.*, pág. 162.

pronto los grupos de exiliados mostrarían su incapacidad para entender los cambios que el desarrollo económico provocaba sobre la sociedad española, mientras que la represión constante impedía el desarrollo de liderazgos estables en el interior.

La nueva oposición sindical: las Comisiones Obreras

Fue en los años de mayor poderío franquista cuando comenzó a surgir una oposición interna, formada por una nueva generación que había crecido bajo el autoritarismo franquista y que no tenía la experiencia directa de la guerra. En este proceso fue fundamental la creación de un nuevo marco de relaciones laborales que proporcionó las condiciones favorables para el resurgimiento de la movilización social.

En 1957 los tecnócratas reconocieron que la expansión económica requería de un instrumento que contribuyera a aumentar la productividad y que terminara con las rigideces impuestas sobre el mercado laboral por el Ministerio del Trabajo. La Ley de Convenios Colectivos de 1958 estaba diseñada para dar solución a ambos problemas, otorgando un papel central a la negociación entre los representantes elegidos por trabajadores y patrones. Esto no significó que el Estado perdiera el control sobre el trabajo pues las negociaciones se darían en el marco de la Organización Sindical³³. La nueva normativa no restableció las libertades sindicales ni ofreció garantías para una negociación colectiva auténtica, pero tuvo consecuencias inesperadas al abrir espacios para la organización obrera y la movilización en defensa de sus intereses. A partir de entonces, las nuevas organizaciones obreras centraron su interés en las elecciones de

³³ Robert M. Fishman, "The Labor Movement in Spain, from Authoritarianism to Democracy", *Comparative Politics* XIV, núm. 3, abril de 1982, pág. 282.

representantes laborales (enlaces y vocales de jurado de empresa) dirigiendo sus esfuerzos a conseguir la mayor cantidad de lugares

La Ley de Convenios quedó temporalmente suspendida debido a la implementación del Plan de Estabilización de 1959. Las medidas introducidas por el plan para controlar la inflación afectaron duramente a la clase obrera, desembocando en una ola de huelgas que en 1962 se extendió por todo el país y que tendría grandes efectos para el futuro de la oposición pues marcaron el nacimiento de las Comisiones Obreras (CCOO) como movimiento de masas

Las primeras Comisiones habían aparecido durante las huelgas de 1958 como un movimiento espontáneo, provocado por la incapacidad de los sindicatos verticales para actuar como cauces de las demandas obreras. Los obreros se reunían en asamblea para elegir una comisión encargada de presentar y negociar las reivindicaciones laborales ante la dirección de la empresa; una vez resuelto el conflicto, la comisión se disolvía. Fue hasta mediados de los años sesenta cuando las diversas comisiones decidieron crear formas permanentes de coordinación y organización³⁴.

Al principio el régimen trató a las CCOO con cierta tolerancia pues creía que la Organización Sindical podía asimilarlas. Esta actitud permitió que crecieran de manera sorprendente: en las elecciones sindicales de 1963 y 1966 muchos de sus militantes fueron elegidos como representantes laborales, iniciando con ello un proceso de infiltración de los sindicatos verticales. Tras las elecciones sindicales de 1966 el régimen reconoció el grado de peligrosidad que el movimiento había adquirido con unas Comisiones Obreras que habían copado

³⁴ Fernando Almendros Morcillo et al., *Op. cit.*, pág. 57

exitosamente los puestos electivos en los sindicatos oficiales y que comenzaban a dirigir demostraciones masivas en las que demandaban libertades políticas y sindicales. Ante esto, el régimen respondió con arrestos y despidos y en 1968 declaró a las Comisiones como una organización ilegal y subversiva.

La represión sumió a las Comisiones en una crisis organizativa que se profundizó por el debate sobre la estrategia a seguir³⁵. Mientras algunos grupos trotskistas y maoistas defendían la lucha clandestina y revolucionaria, los comunistas, que habían conseguido la mayoría de los cargos directivos de CCOO, sostenían la estrategia seguida hasta entonces de presentarse abiertamente y usar los medios legales para infiltrar a las instituciones sindicales. Esta estrategia, que partía de una visión demasiado optimista del PCE sobre el fin próximo del franquismo, prevaleció a pesar de que la represión causó enormes daños a las Comisiones. En abierta oposición a la estrategia de CCOO se encontraba la decisión de los sindicatos históricos --UGT y CNT-- de rechazar la estrategia de infiltración por considerarla una forma de colaboración con el régimen. Esta decisión provocó un vacío sindical que fue rápidamente llenado por movimientos obreros de nuevo cuño, entre los cuales, CCOO fue el más exitoso.

La hegemonía en la oposición contra el régimen: el PCE

³⁵ José Maravall, Dictatorship and political..., pp.76-78.

El abandono de la lucha clandestina por parte de la oposición histórica y la capacidad de organización del Partido Comunista hicieron de éste el oponente más importante de la Dictadura. En la práctica, no había otro partido disponible para quienes, siendo de izquierda, querían colaborar en la lucha contra el franquismo. La consecuencia más inmediata de este monopolio de la lucha anti-franquista fue que sobre el PCE se concentró la más feroz represión³⁶. A pesar del prestigio que los comunistas obtuvieron como la oposición, su estrategia de lucha estaba basada sobre un supuesto erróneo. El liderazgo comunista estaba convencido de que los franquistas eran una camarilla que llevaba al país a la ruina económica y que las huelgas de 1962 eran el comienzo de una gran huelga general que derrocaría a esa camarilla. Por tanto, las iniciativas comunistas se centraron en tratar de convencer a los grupos cuyos intereses estaban supuestamente amenazados (burguesía, Iglesia y militares) a unir esfuerzos en contra de esa estrecha oligarquía³⁷.

Este supuesto llevó al PCE a alterar su imagen no democrática y su actitud favorable a la violencia y a presentarse como una opción confiable y moderada. El partido abandonó parcialmente algunas tesis leninistas tradicionales y abrazó la idea de que socialismo y democracia eran nociones complementarias en la sociedad socialista del futuro. En la nueva sociedad habría respeto para las libertades políticas fundamentales y se renunciaría a cualquier intento para imponer una filosofía estatal oficial. Esta postura chocaba con la realidad socialista en la Unión Soviética y Europa del Este. De hecho, el PCE, además de ser un crítico implacable de la política

³⁶ Ramón Cotarelo, La conspiración: El Golpe de estado difuso, Barcelona: Ediciones B, 1995, pág. 166.

³⁷ Paul Preston, *Art. cit.*, pp. 237-238.

exterior de Moscú, estaba en proceso de convertirse en el exponente más activo de un movimiento comunista rival centrado en Europa Occidental³⁸.

La táctica comunista no tuvo los resultados esperados, pues la oposición democrática continuó rechazando la unión con el PCE hasta poco antes de la muerte de Franco, mientras que los cambios ideológicos y políticos provocaron profundos desgarramientos en el partido que derivaron en la expulsión o disidencia de grupos de la izquierda comunista.

Por su parte, la oposición democrática moderada era débil, carecía de cuadros organizados y estaba compuesta de notables enfrentados moral e ideológicamente con el régimen, dándose el caso de que algunos de ellos habían sido parte del establishment en el pasado. Su evolución no los había llevado a defender la destrucción del sistema, sino su cambio a través de la introducción de reformas. El impacto de esta oposición era limitado, como lo demostró la única iniciativa importante que tuvo en los años sesenta: la declaración de Munich de 1962. La reunión de líderes opositores del interior y el exilio en el IV Congreso del Movimiento Europeo reflejó la poca incidencia que la oposición tenía entre la población, mientras que la exclusión del PCE confirmó la negativa de la mayoría de unirse a los comunistas. El éxito de la reunión se dio más bien en dos sentidos: por un lado, representó un símbolo de reconciliación nacional al reunir a dirigentes partidistas que se habían enfrentado bajo la República, por otro lado, la oposición logró ponerse

³⁸ El cambio en la estrategia del PCE fue considerado por muchos como oportunista, pero fue más bien el reconocimiento de que la transición al socialismo no podía hacerse sólo con la clase obrera y sus apoyos campesinos. En esta etapa del capitalismo avanzado el liderazgo estaría en manos de una alianza de las fuerzas del trabajo y la cultura. Este era un término de connotaciones gramscianas y representaba la apertura del partido a las clases medias. Eusebio M. Mujal León, "The Domestic and International Evolution of the Spanish Communist Party", en Rudolf L. Tóké (ed.), *Eurocommunism and Détente*, New York: Council on Foreign Relations, 1978, pp. 222-225.

de acuerdo en la redacción de un documento en que se vinculaba el ingreso de España a la CEE y el establecimiento de un régimen democrático³⁹.

Con la excepción de Munich, la oposición no tuvo mayor presencia siendo incapaz de capitalizar las movilizaciones sociales del periodo de desarrollo económico. A principios de los años setenta la oposición política y sindical parecía más fragmentada que nunca con cada grupo dividido internamente. El asesinato de Carrero modificó la situación abriendo nuevas posibilidades para actuar.

4. La Internacional Socialista y el nuevo socialismo europeo

El estallido de la Segunda Guerra Mundial sumió en una profunda crisis al organismo coordinador del socialismo democrático internacional: la Internacional Obrera Socialista. Su corta existencia había estado marcada por la competencia con la Komintern, pero fue, sin embargo, su incapacidad para enfrentar el avance ideológico y político del fascismo lo que hizo evidente el grado reducido de sus posibilidades de acción y de influencia. Al final, tal como había sucedido con su antecesora en 1914, los partidos miembros rehusaron obedecer sus resoluciones, plegándose a la defensa de los intereses nacionales de sus propios Estados y echando por la borda nuevamente el pretendido internacionalismo socialista.

³⁹ José Luis Martín Ramos, *Op. cit.*, pág. 195.

Terminada la guerra, el socialismo europeo consideró que era necesario restaurar la "unidad de la clase obrera". La euforia de la victoria aliada, y la experiencia de la cooperación con los comunistas en la resistencia contra el nazismo, hicieron que por un breve periodo de tiempo prevaleciera la idea de crear una nueva Internacional que mantuviera relaciones amistosas con la Unión Soviética y en la que estuvieran integrados los partidos social-demócratas de Europa Oriental⁴⁰.

No obstante, esta propuesta se enfrentó, casi desde el principio, a varios problemas: los laboristas ingleses y los socialistas escandinavos rechazaban limitar la soberanía de sus partidos en beneficio de las decisiones de la mayoría, inclinándose en cambio por un foro de discusión cuyas resoluciones no implicaran su obligado cumplimiento. Además, el cambio en la situación mundial, con la evolución de la política de bloques y el comienzo de la guerra fría, empujó a los partidos socialistas a asumir posturas abiertamente anticomunistas. Lo más significativo fue que las diferencias que en 1945 impidieron la creación de un organismo formal habían disminuido. En su lugar había surgido la convergencia de las orientaciones políticas más generales entre los partidos socialistas, permitiendo la constitución de la Internacional Socialista (IS) en 1951.

La IS surgió condicionada por la guerra fría, y así lo mostraba la Declaración de principios aprobada en su congreso fundacional de Frankfurt. La declaración condenaba duramente a la Unión Soviética y al comunismo al señalar que:

⁴⁰ Karl Ludwig Günsche y Klaus Lantermann. Historia de la Internacional Socialista. México. Ed Nueva Imagen, 1977, pág. 156.

-Mientras el socialismo se expande por el mundo, nuevas fuerzas amenazan el desarrollo hacia la libertad y la justicia social. Desde la revolución bolchevique en Rusia, el comunismo ha dividido al movimiento obrero internacional y con ello ha hecho retroceder en décadas las posibilidades del socialismo en muchos países.

-Los comunistas invocan sin motivo la tradición socialista. En realidad, han deformado esta tradición hasta hacerle irreconocible. El comunismo se ha petrificado en un dogmatismo incompatible con el espíritu crítico del marxismo.

-El comunismo internacional es el instrumento de un nuevo imperialismo. En todos los países a donde ha llegado al poder ha eliminado la libertad o la posibilidad de conquistarla⁴¹.

Desde el principio el nuevo proyecto socialista se identificó con la democracia, no como instrumento para llegar al poder, sino como condición intrínseca del socialismo. "No hay socialismo sin libertad. El socialismo sólo puede llegar a ser realidad en la democracia, la democracia sólo puede ser realizada en el socialismo". La democracia había de asegurar la dignidad humana y garantizar la libertad política, el derecho a la oposición y el pluripartidismo, algo que no sucedía en los sistemas de partido único.

Aunque se hacía referencia al marxismo y a la abolición de las clases sociales y del sistema capitalista, los términos no eran concebidos de la manera tradicional. El socialismo democrático de posguerra aceptaba que el marxismo era uno de sus principios orientadores, pero no el único; también tenía otras fuentes de inspiración basados en principios religiosos o humanitarios. En

⁴¹ Ibid., pág. 263.

todo caso, el objetivo común de todos los socialistas era alcanzar un orden de justicia social, una mayor prosperidad, libertad y paz mundial sin importar la procedencia de sus convicciones.

A lo largo de la década de los cincuenta, varios de los partidos miembros de la IS modificaron sus programas para adecuarlos a los nuevos principios del socialismo democrático⁴². En esta decisión habían jugado un papel importante los cambios en la naturaleza de la economía y sociedad europea que ocurrieron después de la guerra. A la recuperación económica de los años cuarenta siguió una ola de crecimiento económico que se reflejó en el pleno empleo y el aumento de la riqueza y el bienestar que se extendió a las clases trabajadoras. Esta situación tuvo varias consecuencias sobre la estructura social de los países de Europa Occidental y dos de ellas habrían de afectar a los partidos socialistas de manera directa: la reducción del número de los trabajadores manuales y el crecimiento del sector servicios. Esto significaba que los partidos socialistas se enfrentaron a la disyuntiva de permanecer como defensores de los intereses de una minoría que difícilmente tenía posibilidades de crecer y, por tanto, incapaces de acceder al poder, o buscar un apoyo social más amplio, no limitado a las clases trabajadoras. Para que los socialistas pudieran poner en práctica su programa se necesitaba conquistar una mayoría electoral, y eso requería, en la Europa de los años cincuenta y sesenta, la agregación de los intereses de las clases medias --aún a riesgo de diluir los símbolos, programas e ideología que habían servido en el pasado como identificación entre el partido y los obreros.

⁴² El Partido Socialista Austriaco (1958), el Partido de los Trabajadores de Holanda (1959), el de Luxemburgo (1959), el Partido Socialista belga (1959), los partidos socialdemócratas de Dinamarca (1960), Finlandia (1961), Francia (1962), Noruega (1961), la República Federal de Alemania (1959), Suecia (1960) y Suiza (1959).

El PSOE en el exilio adoptó la declaración de Frankfurt, pero parece que no dio muestras de comprender plenamente las características de esta nueva etapa. Sus análisis de la situación en España continuaron influenciados por los viejos términos marxistas, mientras que la dirigencia se distanció de la posición "revisionista" que varios partidos socialistas adoptaron en los años cincuenta.

5. Crisis y fragmentación socialista: el surgimiento de los "nuevos socialistas"

El socialismo español bajo la Dictadura: inmovilismo y crisis

Al comenzar la década de los cincuenta el socialismo español enfrentaba uno de sus peores momentos desde el final de la Guerra Civil. El fracaso de las negociaciones con los monárquicos, la normalización internacional del franquismo y los continuos dismantelamientos policiales de las organizaciones clandestinas sumieron al movimiento socialista en un relativo aislamiento frente a otros grupos políticos. Este hecho se agravó por la decisión de los dirigentes socialistas de cerrar el partido y el sindicato al reclutamiento de nuevos afiliados por temor a las infiltraciones, y de entregar la iniciativa política del interior a la Comisión Ejecutiva encabezada en Toulouse por Rodolfo Llopis⁴³. Esto significó en la práctica la renuncia a establecer una organización mínimamente activa en el interior y con proyección en la sociedad.

Paradójicamente, fue en el momento de mayor poder político de Franco cuando esta situación empezó a cambiar. Las protestas estudiantiles y las huelgas obreras de 1956 obligaron a la oposición histórica a revisar sus estrategias de lucha contra la Dictadura. En el caso del socialismo este nuevo contexto político lo hizo abandonar su letargo y abrazar la posibilidad de crear nuevas plataformas democráticas unitarias, dando prioridad a un acercamiento con los

⁴³ Mientras que en el exterior los dirigentes socialistas mantuvieron la existencia independiente de ambas organizaciones, sobre todo para conseguir la ayuda material de los organismos internacionales, en el interior partido y sindicato fueron reorganizados estrechamente, tendiendo a la identificación de dirigentes y militantes.

sectores desgajados del régimen en el calor de la protesta estudiantil los social-liberales de Dionisio Ridruejo y los demócrata-cristianos de Manuel Giménez Fernández⁴⁴.

Sin embargo, el cambio no se amplió al desarrollo de una organización en el interior que asumiera más activamente la oposición a Franco o integrara a las nuevas generaciones. Las diferencias sociales e intelectuales crearon enormes desconfianzas entre las bases obreras tradicionales y la nueva generación socialista formada por jóvenes universitarios de clase media y obreros emigrados a las ciudades. Ambos grupos carecían de las tradiciones socialistas y pocas veces compartían la dedicación de unos viejos militantes que prefirieron mantener una presencia nominal del partido y del sindicato hasta el momento en que se recuperaran las libertades.

Esta incapacidad para enlazar a veteranos y nuevos socialistas definió gran parte de los problemas que el socialismo enfrentó en la segunda mitad del franquismo, teniendo su mejor ejemplo en las difíciles relaciones entre el PSOE y la Agrupación Socialista Universitaria (ASU)⁴⁵. La ASU surgió durante la agitación estudiantil de 1956 como una organización autónoma que mantenía relaciones con el PSOE. Inicialmente el Partido Socialista había aceptado la existencia diferenciada de ASU, pero debido a su postura táctica (que mezclaba cierto posibilismo monárquico, la colaboración con comunistas y el uso de métodos violentos), su falta de disciplina y la creciente crítica al inmovilismo de la dirección del exilio, éste obligó a la Agrupación a definir

⁴⁴ El alejamiento de Ridruejo tenía una importancia simbólica, pues representaba la transformación democrática de una parte de la Falange. Giménez Fernández encarnaba un sector de los católicos que rechazaba colaborar con el franquismo. Tenía entre los jóvenes un enorme prestigio por su humanismo y su sentido de justicia social (como Ministro de la CEDA durante la República había apoyado la reforma agraria).

⁴⁵ Abdón Mateos, "El PSOE frente a Franco", *Leviatán* núm. 41, otoño 1990, pág. 51.

su postura: se integraba sin condiciones al partido o seguía su camino de forma independiente. Debilitada por la represión y los debates ideológicos internos, la Agrupación dio por terminada su existencia en 1961 dejando en libertad a sus cuadros para que ingresaran al PSOE (que de cualquier forma no fueron más de 20)⁴⁶.

Entre 1954 y 1958 fue posible integrar a algunos profesionales y estudiantes universitarios a la organización clandestina gracias a la intermediación de Antonio Amat, el enlace enviado por Toulouse para sus relaciones con las secciones del interior. Muchos de estos jóvenes se sentían atraídos por el radicalismo ideológico y el activismo político de Amat, algo que contrastaba con el inmovilismo del exilio. No obstante, esta experiencia terminó en 1958 con la desarticulación del interior provocada por las redadas policiales y el encarcelamiento de Amat. A partir de entonces pocos fueron los intentos para atraer a los jóvenes socialistas, situación que se agravó con la decisión del exterior de descentralizar la organización por razones de seguridad. Llopis lograba mantener un férreo control del interior tras un período en que éste había cuestionado abiertamente su línea política, pero esa decisión causó el relajamiento de la actividad y el debilitamiento del socialismo del interior en momentos en que se iniciaba un período de luchas sociales de carácter económico.

En 1956 había comenzado una etapa en la historia del régimen que se caracterizó por el predominio de la protesta social sobre la política. A su desarrollo contribuyeron el crecimiento

⁴⁶ Uno de los objetivos de la ASU era renovar al PSOE, por lo cual algunos de sus ex-miembros aceptaron ingresar a la Federación Nacional de Juventudes Socialistas de España (FNJSE) desde la cual se encargarían de la agitación y propaganda, aceptando a su vez la política oficial y la disciplina del partido. Abdón Mateos, *Op. cit.*, pp. 28-29 y 224-225.

económico y los cambios en la legislación laboral, que hicieron de la movilización social un factor constante. La respuesta socialista a este fenómeno no fue demasiado positiva: la dirección del exilio y las federaciones clandestinas vascas y asturianas, baluartes de la resistencia socialista, rechazaron la posibilidad de que los militantes ugetistas infiltraran los sindicatos verticales y usaran las elecciones sindicales para impulsar la lucha reivindicativa, pues creían que esta táctica era una forma de colaboracionismo que sólo reforzaba al sindicalismo oficial⁴⁷. Esto era entendible por la prioridad que los socialistas daban a la lucha política y su consideración de la lucha sindical como un componente secundario de su estrategia. Los escasos logros de la UGT generalizaron la creencia de su decadencia o desaparición, sobre todo cuando se comparaba con la presencia y crecimiento de nuevos movimientos sindicales.

La aparición de los "nuevos socialistas"

La década de los sesenta presenció la proliferación de grupos del socialismo democrático no incorporados al PSOE que amenazaron su legitimidad en la representación de los trabajadores y su monopolio en las relaciones con la Internacional Socialista y la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres (CIOSL). Una parte de estos grupos provenía de las viejas formaciones políticas y sindicales de la República que se acercaron de manera progresiva, política e ideológicamente, al socialismo. Este fue el caso de militantes del Partido Obrero de Unificación

⁴⁷ Fernando Almendros Morcillo et al., *Op. cit.*, pág. 129.

Marxista (POUM) y de sindicalistas de la CNT⁴⁸. Una evolución similar tuvieron algunos de los nuevos grupos políticos opositores --demócrata-cristianos de izquierda, liberales y ex-miembros del FLP-- que se aproximaron a las posturas socialistas o intentaron llenar un espacio que se suponía vacío⁴⁹.

A pesar de lo que el surgimiento de estos grupos significaba, la mayor amenaza a las organizaciones socialistas provino del campo sindical. Esto fue así por varias razones: las secciones más dinámicas del interior, las vascas y asturianas, se estructuraron sobre la base del sindicato, el exilio estaba conformado en su mayoría por ugetistas, el apoyo material al socialismo provenía principalmente de la CIOSL, y el ascenso del PCE se estaba dando en el ámbito sindical⁵⁰.

Un primer ensayo de esta amenaza tuvo lugar en 1956, poco después de las huelgas del metal. En esa ocasión el Moviment Socialista de Catalunya (MSC), representantes catalanes de ASU, UGT, CNT y sindicalistas cristianos dirigieron un informe a la Federación Internacional de Obreros Metalúrgicos (FIOM) en el que proponían la colaboración de estos grupos en una alianza sindical metalúrgica con base en Cataluña. Esta plataforma unitaria se encargaría de informar

⁴⁸ Un caso sorprendente fue el del carlismo. Con el nombramiento de Juan Carlos de Borbón como futuro rey, el discurso tradicionalista evolucionó hacia posturas socialistas autogestionarias. Javier Tusell, La España de Franco: El poder, la oposición y la política exterior durante el franquismo. Madrid: Historia 16, 1989, pág. 225.

⁴⁹ Abdón Mateos, Op. cit., pág. 146.

⁵⁰ Idem., pág. 288.

directamente a la FIOM de las luchas obreras y de la represión, esperando, a cambio, el apoyo material de la Federación. En concreto, se buscaba superar la mediación de UGT⁵¹.

Llopis y Pascual Tomás, secretario general de UGT, resistieron esta iniciativa gracias a las relaciones que mantenían con la CIOSL⁵². Sin embargo, el incidente tuvo dos efectos importantes. Por un lado, mostró que las internacionales sindicales, y especialmente la FIOM, estaban dispuestas a escuchar las propuestas de los nuevos grupos sindicales. Por otro lado, las internacionales sindicales comenzaron a plantear a UGT la necesidad de revisar su estrategia de lucha sindical y a presionarla para que impulsara un pacto de acción con las organizaciones sindicales clásicas --Solidaridad de Trabajadores Vascos (ELA/STV) y CNT--, ampliándolo a los grupos obreros cristianos del interior. Con esta estrategia las internacionales esperaban contrarrestar el rápido avance del PCE en las luchas laborales⁵³.

Como respuesta a estas presiones, provenientes también del interior, la dirección de la UGT en el exilio constituyó en 1961 la Alianza Sindical (AS) junto a STV y un sector de la CNT. Los dirigentes ugetistas eran poco favorables a la propuesta de crear un sindicato unitario, por lo cual establecieron la Alianza sobre la base de las organizaciones clandestinas sin modificar su configuración y limitando su trascendencia a un acuerdo entre direcciones⁵⁴. La Alianza fue

⁵¹ Esta amenaza era muy importante si se toma en cuenta que las funciones que habían justificado la reorganización de la UGT en el exilio eran actuar como representación legítima de los trabajadores españoles en los organismos sindicales internacionales y servir como mediadora de la solidaridad moral y material de éstos. Abdón Mateos, "El PSOE ante...", pág. 55.

⁵² Richard Gillespie, *Op. cit.*, pág. 230.

⁵³ Abdón Mateos, *Op. cit.*, pp. 170-172.

⁵⁴ José Luis Martín Ramos, *Op. cit.*, pág. 192.

vaciada de contenido efectivo al negársele una dirección interior y al rechazar la infiltración del 'vertical' y la colaboración con los comunistas. La AS fue en realidad una cortina de humo destinada a desviar la presión, y no una plataforma desde la cual los sindicatos pudieran estructurar una acción verdaderamente sindical que aprovechara los espacios abiertos por la nueva legislación laboral franquista. Su actividad fue prácticamente nula, fracasando en su intento de integrar a los nuevos grupos sindicales de origen cristiano debido a la oposición de la CNT

En 1961 los socialistas también constituyeron una nueva plataforma política la Unión de Fuerzas Democráticas (UFD). La UFD representó el acercamiento de la nueva oposición del interior, en este caso la Izquierda Demócrata Cristiana, a las posturas de firmeza institucional defendidas por el PSOE. Sin embargo, la exclusión explícita de las fuerzas "no democráticas" y de sectores disidentes de los partidos que integraban la UFD limitó su capacidad de acción. En conclusión, tanto la AS como la UFD, aunque pasos importantes en la colaboración entre los exiliados y algunos grupos opositores de reciente aparición, fueron desde un principio insuficientes.

Esto se hizo evidente un año más tarde cuando al calor de las protestas obreras comenzó a consolidarse la acción de movimientos sociopolíticos alternativos a la oposición clásica en la acción sindical surgieron la Alianza Sindical Obrera (ASO), las Comisiones Obreras y la Unión Sindical Obrera (USO), mientras que en la política aparecían iniciativas de socialistas disidentes o de grupos autodenominados socialistas

La mayoría de estos grupos estaba formada por personas de clase media que pensaban que en el futuro el socialismo debería representar los intereses de sectores más amplios y no sólo los

de la clase obrera. Por lo mismo pronto cuestionaron la relación tradicional entre el partido y el sindicato, defendiendo en su lugar un modelo de sindicato unitario, autónomo de los partidos políticos, pero en buenos tratos con los socialistas (algo parecido a la relación entre la DGB y el Partido Socialdemócrata Alemán). En esta actitud pudo haber influido la dificultad de mantener a la UGT como sindicato clandestino fuera del País Vasco y Asturias. Desde esta perspectiva, la política sindical de los socialistas, entendida como sus alternativas para representar los intereses de los trabajadores, se convirtió en un elemento de las discrepancias entre los "nuevos socialistas" y el movimiento socialista tradicional⁵⁵.

El desafío sindical: la Alianza Sindical Obrera

Las huelgas de 1962 mostraron claramente las limitaciones de la UGT y de sus compañeros de viaje de la Alianza Sindical. Cuando el eje de la política antifranquista se trasladaba a España, la permanencia de la dirección en el exilio limitaba la libertad de acción sindical de las organizaciones clandestinas. Esto fue percibido por el MSC y por disidentes ugetistas catalanes quienes decidieron constituir, junto a la Solidaritat d'Obrers Cristianes Catalans (SOCC) y disidentes de la CNT, la Alianza Sindical Obrera (ASO) en octubre de 1962. Con la ASO los socialistas disidentes trataron de adaptar la actividad de la oposición sindical histórica a las nuevas condiciones laborales. Aunque su actividad inicial se limitó al ámbito catalán, la ASO

⁵⁵ Abdón Mateos, "El PSOE ante...", pág. 59.

comenzó a crecer con el apoyo material de la FIOM. Esto último fue un factor que perturbó enormemente al PSOE y a la UGT ya que ponía en duda sus funciones de representación e intermediación.

Este experimento terminó muy pronto, pero su breve existencia dejó dos efectos notables⁵⁶. En primer lugar, los críticos en el exilio (los veteranos de la sección de UGT en París, los ex-miembros de ASU en el exilio y los jóvenes emigrantes económicos) reiteraron sus demandas de un cambio en la estrategia del sindicato al comprobar el fracaso de la Alianza Sindical y el surgimiento de ASO. Esta corriente fue creciendo y fue importante en la renovación de UGT en 1970. En segundo lugar, la CIOSL, que había sido la mejor aliada de la dirección ugetista, comenzó a intervenir más directamente para conseguir un cambio en la estrategia de UGT (el temor de que los comunistas desplazaran a los socialistas a través de su acción en CCOO fue muy importante). Con este objetivo, la CIOSL hizo varias recomendaciones como la combinación de la lucha anti-franquista con la acción obrera reivindicativa, la creación de federaciones de industria (algo logrado por ASO), la constitución de comités diferenciados del partido y el sindicato y la negociación de acuerdos de unidad de acción con la USO⁵⁷.

⁵⁶ Durante 1965 la ASO tuvo sus mayores éxitos tanto en el plano interior como en el exterior. En ese año la USO se incorporó al pacto compensando la salida de STV; también se vincularon a ella sectores obreros y grupos socialistas periféricos. Su impulso fue decayendo a lo largo de 1966. Las razones fueron la represión, la consolidación de CCOO, la escisión del MSC y la contraofensiva ugetista. Abdón Mateos, *Op. cit.*, pp. 320-326.

⁵⁷ El fracaso de ASO no supuso que las internacionales regresaran su apoyo de manera incondicional a UGT. Aunque por un momento pareció posible que dieran su apoyo a CC OO debido a su sorprendente ascenso, continuaron presionando a UGT para la unidad de las fuerzas sindicales democráticas, y en especial, con USO.

El desafío político: el Partido Socialista del Interior

De las numerosas organizaciones socialistas que surgieron a finales de los sesenta, ninguna fue tan significativa como el Partido Socialista del Interior (PSI) del profesor Enrique Tierno Galván. Este había militado brevemente en el PSOE, pero su marcado protagonismo, su heterodoxia ideológica, su inclinación monárquica y su defensa de CCOO como la base de la futura unidad sindical, crearon muchos conflictos, llevando a su expulsión en 1965. Lo que más preocupó a los dirigentes socialistas fue que Tierno, como miembro del partido, había logrado romper el monopolio del PSOE en sus relaciones con el socialismo europeo, al tiempo que la prensa europea lo comenzó a considerar como el nuevo dirigente socialista del interior. Para asegurar este papel Tierno reforzó su proyección manteniendo relaciones con la IS, el Partido Socialista Holandés y la socialdemocracia alemana en una operación destinada a conseguir que el socialismo europeo presionara a Toulouse para dar a Tierno la dirección en España⁵⁸.

Al no conseguir su objetivo, y tras algunas reuniones con Llopis orientadas a solucionar las divergencias, Tierno decidió constituir el PSI en enero de 1968. Sus mayores puntos de diferencia con el PSOE eran respecto a la concepción sindical --en la que el PSI apoyaba a CCOO--, la colaboración con los comunistas y la consideración de la monarquía como la salida natural y pacífica de la dictadura. En realidad, esta actitud era común en el resto de los "nuevos socialistas". Muchos de ellos habían colaborado en la ASO y más tarde dieron su apoyo a

⁵⁸ José Luis Martín Ramos, Op. cit., pp. 197-198.

Comisiones Obreras; defendían un monarquismo táctico y, debido al radicalismo que se extendió en la izquierda a finales de los años sesenta, eran proclives a colaborar con el PCE.

El PSI no pasó de ser un grupo de oposición al franquismo creado en torno a la figura de Tierno, y hasta su transformación en el Partido Socialista Popular (PSP) en 1974, mantuvo una postura ambigua de acercamiento con el PSOE --incluso el PSI inició negociaciones para integrarse al sector del PSOE que se mantuvo fiel a Llopiés después de 1972. En todo caso, su aparición, como la de ASO y USO, resultó ser un catalizador para la renovación del movimiento socialista basado en las siglas PSOE-UGT.

3. EL MOVIMIENTO SOCIALISTA EN LA TRANSICIÓN A LA DEMOCRACIA

"No puede haber una transformación social democrática sin una mayoría. Y para obtener una mayoría es esencial representar a un espectro mucho más amplio del originalmente planeado".

FELIPE GONZALEZ, 1979

El sombrío panorama que a finales de los años sesenta enfrentaban las organizaciones del socialismo histórico, con nuevas alternativas que buscaban ocupar su lugar dentro y fuera de España y el ascenso creciente del Partido Comunista, hizo que una mayoría de los socialistas reconociera la necesidad de un cambio en la política y la estrategia de lucha contra Franco. Las demandas de cambio no eran nuevas, pero se necesitó la convergencia de la mayoría crítica del exilio, los núcleos obreros de Asturias y el País Vasco y los nuevos militantes provenientes de las clases medias para que pudiera concretarse la renovación.

El partido y el sindicato que surgieron de este proceso renovador tenían un fino barniz radical y revolucionario, adoptado en gran medida como resultado de la influencia que la peculiar militancia comunista tuvo sobre el resto de las organizaciones de izquierda de la época. Pero el radicalismo socialista resultó ser bastante superficial. Tras un breve periodo en que la respuesta del PSOE y la UGT a la crisis del franquismo pasó por una estrategia de ruptura democrática, los líderes socialistas decidieron apoyar la reforma lanzada desde las instancias de poder. Con esta nueva actitud los socialistas reconocían que las posibilidades reales para imponer su propio

proyecto eran bastante limitadas; en la transición a la democracia los herederos de Franco conservaban el poder suficiente para controlar el ritmo del cambio (pero no para mantener el régimen inamovible). Asimismo, el PSOE se vió obligado a moderar su postura como respuesta a la actitud política del español común, contrario a cualquier experimento violento que pusiera en peligro la seguridad económica y la estabilidad social

En medio del proceso de transición surgió la disyuntiva a la cual se habían enfrentado otros partidos en el pasado: ¿podía el socialismo acceder al poder contando sólo con los votos de la clase obrera o tenía que buscar el apoyo electoral de un conjunto más amplio de sectores sociales? En 1979 el liderazgo del partido se decantó en favor de la segunda opción al abandonar el modelo de partido inscrito en la tradición marxista y convertirse en un partido catch-all. Este hecho implicaba que el partido habría de modificar su relación con el sindicato y, en el fondo, que el viejo proyecto socialista tendría que ser redefinido.

1. De la pérdida de posiciones a la renovación socialista

Desde las protestas estudiantiles y obreras de 1956, un sector importante de la organización socialista clandestina, formado por universitarios y profesionistas de reciente ingreso y por algunos socialistas veteranos, venía demandando del exilio varios cambios en la política socialista que potenciaran la presencia del PSOE y la UGT en las movilizaciones populares antifranquistas. Estos socialistas reclamaban mayor autonomía para la organización clandestina y que fueran considerados a la hora de diseñar la estrategia política para España, y no descartaban

el uso de la violencia, la cooperación circunstancial con los comunistas y la posibilidad de que la salida inmediata a la Dictadura fuera una monarquía que garantizara las libertades civiles¹. En numerosas ocasiones estos socialistas pidieron que el PSOE y la UGT se adecuara a la nueva realidad política y social que el desarrollo económico había creado y señalaban que el inmovilismo de los dirigentes de Toulouse estaba provocando en las nuevas generaciones opositoras la sensación de que el partido y el sindicato socialistas eran parte del pasado.

La dirigencia del exilio logró someter estos primeros desafíos explotando el anticomunismo de los emigrados y el monarquismo táctico de la organización clandestina. Otro factor que impidió que las primeras demandas de cambio tuvieran éxito fue la incapacidad del interior para dar a conocer sus posturas al resto del movimiento socialista: para evitar la represión, los miembros del interior enviaban sus ponencias a los órganos directivos, los cuales se convirtieron en filtros de las demandas del interior. Por último, el control del exilio fue posible gracias a la lealtad de las federaciones del País Vasco y Asturias.

Esta situación comenzó a cambiar desde mediados de los años sesenta como resultado de dos procesos distintos. En primer lugar, por el surgimiento de nuevos grupos sindicales y políticos que reclamaban el espacio socialista y su aceptación por parte de la IS y la CIOSL. Este hecho no sólo amenazó con arrebatar las funciones de representación e intermediación que el PSOE y la UGT celosamente guardaban, sino que reflejaba una actitud crítica de las internacionales a la gestión política del exilio. En segundo lugar, debido a la radicalización que se extendió por toda la oposición de izquierda entre 1967 y 1968 y que alcanzó a la organización clandestina. Esto

¹ Richard Gillespie, *Op. cit.*, pp. 231-232.

coincidió con el ascenso de una nueva generación obrera a las tareas políticas y organizativas del socialismo en el País Vasco y vino a modificar la postura leal de estas secciones frente a la dirección de Toulouse².

Renovación en la UGT

Cronológicamente el proceso renovador comenzó con los cambios orgánicos adoptados por la Federación Nacional de Juventudes Socialistas de España (FNJSE) desde 1961³. Sin embargo, por su peso e importancia, fueron más bien los sucesos en el sindicato los que desencadenaron dicho proceso. El recrudecimiento de la represión sindical desde 1967 produjo un ambiente que combinaba un clima de radicalismo social y reivindicativo con la generalización de una conciencia sindical y solidaria. En el caso de la UGT, el clima de radicalismo y la expansión de Comisiones Obreras, incluso en sus bastiones tradicionales, provocó que los nuevos líderes obreros, encabezados por el obrero metalúrgico Nicolás Redondo, reconocieran el grado de debilitamiento de su organización. Para contrarrestar esta deficiencia la nueva generación de

² José Luis Martín Ramos considera que la radicalización de la izquierda no comunista se inició como consecuencia de la presión que la hegemonía del PCE tenía sobre el resto de las organizaciones. José Luis Martín Ramos, *Op. cit.*, pp. 205-206.

³ Hasta los primeros años sesenta la FNJSE había desempeñado un papel casi testimonial en el movimiento socialista. Con el ingreso de ex-militantes de ASU y de los hijos de los emigrados políticos, la Federación comenzó a adquirir cierta presencia. El trabajo de sus activistas se reflejó en la ampliación de la militancia a los emigrados económicos, los cuales pronto comenzaron a afiliarse a UGT. La FNJSE fue el primer miembro de la familia socialista que permitió que sus delegados del interior interviniesen en los debates congresuales y tuvieran derecho de voto (III Congreso, 1967) y la primera en regresar su dirección a España (IV Congreso, 1970). Richard Gillespie, *Op. cit.*, pp. 244-255.

obreros trató de reactivar el sindicato dando un significativo giro político e ideológico hacia posturas radicales y revolucionarias, introduciendo un nuevo discurso, nuevas formas de lucha sindical e iniciativas de colaboración solidaria circunstancial con todas las fuerzas obreras, incluyendo a los comunistas⁴.

Las tentativas de restaurar la influencia de los socialistas en el campo sindical fueron decisivas en la reconstrucción del sindicato como una organización diferenciada del partido. Las primeras iniciativas estuvieron dirigidas a limitar el avance de CCOO por medio de la constitución de comités de fábrica en las empresas, mientras que se daban los primeros pasos para la reconstrucción de UGT al crear sindicatos de industria. Por último, los dirigentes vascos comenzaron a establecer amplios acuerdos de acción en huelgas y movilizaciones populares que rompieron el estrecho marco de la Alianza Sindical.

Estas propuestas renovadoras fueron sancionadas en el X Congreso de UGT de 1968, pero para un sector importante del exilio, integrado por veteranos y emigrados económicos, la reorganización orgánica y táctica debía acompañarse con la reestructuración de los cuadros dirigentes del exilio si es que se quería dar mayor sentido a las propuestas. La renuncia de Pascual Tomás, Secretario General de la UGT desde 1944, abrió un flanco en la vieja dirigencia de Toulouse que fue aprovechado por críticos y renovadores. La designación del sucesor de Tomás provocó la molestia de los críticos, quienes exigían la celebración de un Congreso Extraordinario o la participación del interior en la elección del dirigente de la UGT. Cuando los críticos vieron

⁴ Abdón Mateos, *Op. cit.*, pág. 373.

que su propuesta era rechazada, cuatro de sus dirigentes, miembros de la Comisión Ejecutiva ugetista, presentaron su renuncia⁵.

Este hecho no habría tenido mayor importancia de no haber sido por los efectos que las renuncias generaron. En un documento oficial los críticos expusieron al conjunto del movimiento socialista las razones de su dimisión, reprobando duramente la gestión de la Ejecutiva de Llopi. El centro de su preocupación era el restablecimiento de la presencia del PSOE y la UGT en España, y para ello creían que era necesario restaurar el predominio del interior y revisar la posición política radicalizando el discurso político e ideológico. Estos cambios harían más atractivas las organizaciones socialistas a las nuevas generaciones y al mismo tiempo cerrarían el paso al ascenso comunista y a la competencia de otros grupos en las esferas internacionales.

La presentación realista del estado lamentable en que se encontraba la organización del interior concientizó a muchas secciones, leales a Llopi hasta entonces, sobre la necesidad de un cambio, provocando que en el XI Congreso de UGT, celebrado en agosto de 1971, el núcleo dirigente del PSOE perdiera definitivamente el control del sindicato⁶. Los críticos y los renovadores, con el apoyo de las federaciones vascas, consiguieron inclinar la balanza a favor del interior al aceptar que la organización clandestina tuviera mayoría en la nueva Comisión Ejecutiva --nueve miembros del interior frente a cinco del exilio. En el transcurso del Congreso se otorgó el derecho de voto al interior y se suprimieron los cargos de presidente y secretario general, adoptándose un modelo de dirección colegiada. Finalmente, en su resolución política la UGT

⁵ Richard Gillespie, *Op. cit.*, pp. 272-274.

⁶ Abdón Mateos, *Op. cit.*, pp. 410-412.

hacia un llamado a todos los partidos y sindicatos antifranquistas sin exclusiones para crear una plataforma común de lucha⁷.

Renovación y escisión en el PSOE

El XI Congreso no tuvo consecuencias prácticas inmediatas para la UGT. Ni ésta consiguió su reforzamiento en España, ni se anunció una alianza con los comunistas, en gran parte por la oposición de sus aliados sindicales y la renuencia de CCOO a firmar pactos en condiciones de igualdad con el sindicato socialista. El congreso, en cambio, produjo una crisis en las relaciones con el partido. La nueva posición política de UGT chocaba con las resoluciones del PSOE que rechazaban la colaboración con los comunistas, lo cual obligaba a la armonización de las dos posturas. Después de varias reuniones, las Ejecutivas del partido y del sindicato alcanzaron un acuerdo temporal (ambas se encargarían de convocar a todas las fuerzas antifranquistas y las relaciones con el PCE se darían en el marco de una "mesa democrática", rechazando cualquier propuesta de acuerdo bilateral), hasta que el próximo congreso del PSOE, a celebrarse en abril de 1972, opinara sobre la controversia. Llopió consideró, por su parte, que los acuerdos requerían de la aprobación de las secciones en un referéndum interno, aún cuando la consulta había sido desestimada por la Ejecutiva del interior.

Los resultados del referéndum apuntaron --con un poco de ayuda-- en contra de los acuerdos, por tanto Llopió sostuvo que no habían bases para proseguir con la convocatoria del

⁷ *Ibidem*, pp. 424-428.

congreso. A partir de entonces los acontecimientos dirigieron hacia la escisión del partido, toda negociación entre los renovadores y la Ejecutiva del exilio se enfrentó a las posturas inflexibles de los primeros y a las condiciones de la segunda⁸. El pretexto de la ruptura fue la publicación del artículo "Los enfoques de la praxis", escrito por Alfonso Guerra. El artículo era un ataque directo a la dirección del exilio detallando la situación interna del partido:

Dentro ya del terreno de la acción, unos "actúan" en el nivel del pensamiento, discuten, proponen, maniobran, y otros "actúan" en el nivel de la lucha física, de la acción en los talleres y calles. Así en nuestra propia organización se discute, se polemiza, se hacen asuntos graves de lo que sólo es una cortina de humo (un ejemplo, las relaciones con otras fuerzas) que oculta el verdadero fondo de las diferencias: mientras otros militantes exponen su vida y su libertad en la acción diaria.

El artículo concluía señalando la doble tarea que tenían frente a sí los socialistas: "La lucha contra el sistema capitalista que los oprime, y la lucha contra ciertas estructuras de su propia organización que amenazan con la esterilización de sus acciones"⁹. Como era de esperar, la Ejecutiva del exilio montó en cólera y **exigió una reparación** inmediata y la sanción del autor para proseguir con las negociaciones. **Al no recibir** una respuesta satisfactoria Llopis declaró su incompatibilidad con la organización clandestina. En tal situación ésta decidió continuar con los preparativos.

⁸ Llopis **exigió el reingreso de la "Comisión Nacional provisional"** formada por socialistas inconformes con las reestructuraciones que la organización clandestina había hecho en algunas federaciones poco activas. La "Comisión" era afín a las posturas del Secretario General y criticaba el ingreso de los "advenedizos" a puestos de dirección.

⁹ José Luis Martín Ramos, *Op. cit.*, pág. 212.

El XII Congreso del PSOE, celebrado en agosto de 1972, marcó la división del partido en un sector 'renovado' y otro 'histórico' (que llevó a cabo su propio XII Congreso en diciembre). Desde un principio la relación de fuerzas fue favorable a los renovadores tanto en el exilio como en España: a su congreso asistieron delegados de 49 secciones del exilio que representaban a 1.187 miembros (65% de los exiliados), y de 11 federaciones regionales del interior con 2.216 afiliados (cerca del 75% de la organización clandestina del interior)¹⁰. Asimismo, los renovadores contaron con la presencia de delegados de la mayor parte de los partidos socialistas europeos

Los históricos trataron de cubrir sus pérdidas en el interior proponiendo su unificación con el PSI. Con este matrimonio de conveniencia Llopis esperaba conseguir el reconocimiento de la IS, a pesar de que el PSI seguía manteniendo sus relaciones con el PCE. Por su parte, Tierno debió ver en la crisis del PSOE la mejor ocasión para convertirse en el dirigente del socialismo español. Cuando en el verano de 1973 fue evidente que la Internacional Socialista se inclinaria por el sector renovado y que el PSOE-histórico no accedería a la paridad en los puestos de la dirección, Tierno echó por tierra los acuerdos de unificación¹¹.

El Congreso de agosto acordó la reestructuración de la Comisión Ejecutiva en los mismos términos en que lo había hecho antes la UGT, con una dirección colegiada con predominio del

¹⁰ Richard Gillespie, *Op. cit.*, pág. 280.

¹¹ La Internacional Socialista estableció una comisión especial con el objetivo de reconciliar ambos grupos. Cuando se vió que ésto era imposible la comisión analizó las reivindicaciones de cada uno para determinar cuál representaba la causa del socialismo democrático. La importancia del reconocimiento era enorme pues daría al sector elegido la legitimidad de la IS (ya en la democracia llegaría la legitimidad de las urnas). El 6 de enero de 1974 la comisión declaró que el congreso de agosto había sido legítimo y legal. La Internacional optó no por el sector más cercano a sus posiciones ideológicas, sino por el que a su juicio tenía una presencia más activa en España. *Idem.* pp. 300-301.

interior y la desaparición del cargo de Secretario General. Aunque la cuestión de las relaciones con otras fuerzas políticas, en especial con el PCE, había sido uno de los motivos de la división, los debates sobre el mismo fueron muy limitados. No se propuso ninguna alianza concreta, pero se dejaron las puertas abiertas para "aunar los esfuerzos para conseguir el objetivo inmediato". En cambio, el partido se trazaba como objetivos principales su reforzamiento en la movilización de masas, equilibrando el predominio del PCE, y la búsqueda de la unidad de los grupos socialistas que habían surgido durante la Dictadura¹².

En los dos años siguientes el partido no logró ningún progreso espectacular, en gran medida debido a los desajustes que provocó el regreso al interior de buena parte del control de las actividades. A esta introversión también contribuyeron las diferencias de opinión en el seno de una dirección colegiada que distó de ser un bloque homogéneo. Muy pronto aparecieron algunos conflictos sobre el manejo de las relaciones políticas del partido con otras fuerzas y el contenido de la propaganda. En el centro de estas tensiones se encontraban los dirigentes sevillanos Felipe González y Alfonso Guerra, representantes de la fracción más izquierdista del PSOE.

El período de introversión orgánica concluyó en octubre de 1974 con el XIII Congreso del PSOE. En el "Congreso de Suresnes", municipio parisino en donde el congreso se llevó a cabo, el PSOE adoptó una postura radical en la lucha contra el régimen. Las organizaciones socialistas emprenderían una lucha de posiciones ("conquista de parcelas de libertad") a través de movilizaciones de masas para conseguir una ruptura democrática. El partido aceptaba aliarse con otras clases y fuerzas políticas para recuperar las libertades democráticas, aunque dejaba en claro

¹² José Luis Martín Ramos, *Op. cit.*, pág. 215.

su preferencia por las fuerzas de izquierda y por limitar estos acuerdos hasta el momento en que se restablecieran las libertades. Los acuerdos se mantendrían sin que ésto significara limitar su libertad en la defensa de los intereses de la clase trabajadora o hipotecar el proyecto socialista para apoyar las iniciativas de los nuevos demócratas de derecha y los partidos burgueses¹³

El resultado principal del congreso fue la definición de un nuevo liderazgo. Para muchos socialistas era claro que el modelo de dirección colegiada no había dado buenos resultados y que, por el contrario, había provocado numerosas tensiones. Recuperar la figura de un Primer Secretario, o Secretario General como lo había hecho la UGT un año antes, suponía dar a la Ejecutiva cierta coherencia, además del beneficio adicional de presentarlo como la imagen pública del partido. Los problemas surgieron cuando el socialista más notable, Nicolás Redondo, rechazó ocupar el cargo. Este hecho produjo una batalla por la dirección que se solucionó, tras duras negociaciones, con el acuerdo entre vascos y sevillanos para que Felipe González encabezara la nueva Comisión Ejecutiva. La elección de este dirigente --alguna vez vinculado a la Izquierda Demócrata-cristiana-- no era gratuita: su elocuente oratoria había jugado un papel destacado en la defensa de las posturas renovadoras en los dos congresos anteriores. Aunque provenía de la federación más radical, Felipe González ofrecía un tono más equilibrado y realista. Con él, el partido comenzó a recobrar dinamismo y a contar con objetivos más claros, en el momento preciso en que el Caudillo y su régimen iniciaban su agonía.

¹³ El PSOE rechazó integrarse a la Junta Democrática debido a cierto posibilismo monárquico y "moderantismo" que percibía en ella. La Junta fue constituida en julio de 1974 y estuvo formada originalmente por el PCE, algunos grupos de izquierda, carlistas y políticos ligados a Don Juan de Borbón (la oposición dudaba que la monarquía instaurada por Franco en la figura del príncipe Juan Carlos fuera capaz de restaurar la democracia). Raymond Carr y Juan Pablo Fusi, *Op. cit.*, pág. 202.

2. Las vicisitudes de la transición: moderación y desmovilización del socialismo español

El asesinato del almirante Carrero Blanco en diciembre de 1973 rompió de un solo golpe la estrategia continuista del régimen de la cual Carrero era garante. A partir de entonces el franquismo entró en una crisis política abierta que se profundizó por la incapacidad del gobierno de Carlos Arias Navarro para dar solución a los problemas más apremiantes del país: la recesión económica, el incremento del terrorismo y las demandas de liberalización política.

El evidente agotamiento del régimen, aunado al colapso de los regímenes dictatoriales en Portugal y Grecia, produjo en la oposición la certeza de que un cambio político estaba muy próximo. Para esta última las posibilidades de una democratización del régimen desde dentro de sus estructuras eran prácticamente inexistentes, y así había quedado demostrado con la vacilante postura reformista de Arias Navarro¹⁴. Esta conclusión provocó que la mayoría de los grupos opositores radicalizaran su discurso y coincidieran en que la única salida al autoritarismo era a través de una ruptura democrática. Las divergencias surgían sobre la estrategia ideal para conseguir tal objetivo. El PCE y los grupos que constituían la Junta Democrática asociaban la ruptura con el establecimiento de un gobierno provisional y la convocatoria a un referéndum para

¹⁴ El 12 de febrero de 1974 el gobierno Arias presentó una propuesta de liberalización política limitada. Esta rechazaba la actividad de los partidos políticos, mientras que su aceptación de las asociaciones estaba condicionada a que éstas reconocieran los principios fundamentales del Movimiento Nacional. En enero de 1976 Arias expuso en las Cortes una versión más liberal de la Ley de Asociaciones Políticas que eliminaba el requisito de aceptación del Movimiento y aceptaba la legalización de los partidos, con la exclusión del PCE y los separatistas, pero dejaba en suspenso aspectos claves como la ley electoral, la convocatoria a elecciones, libertades políticas y sindicales, etc. La iniciativa resultó inaceptable para la derecha franquista y careció del apoyo de la oposición. En junio las Cortes sancionaron la Ley de Asociaciones, pero no aprobaron los cambios al Código Penal que castigaban las actividades partidistas. En medio de esta escandalosa contradicción el rey pidió a Arias su renuncia. *Ibid.*, pp. 196-200 y 210-216.

decidir la forma futura del gobierno. La estrategia se completaba con la movilización popular y el llamado a una huelga general con la que esperaban provocar el derrumbe del régimen. Los líderes del PSOE, por su parte, reconocieron muy pronto que las probabilidades de un colapso del franquismo por medio de las movilizaciones eran limitadas. Al morir Franco no habría un vacío de poder pues los sectores que habían sustentado al régimen intentarían retenerlo. Por tanto, para alcanzar el contenido de la ruptura había que desarrollar una estrategia de presión-negociación. La ruptura sería un proceso y no un momento en que las fuerzas democráticas fueran llamadas a recoger el poder¹⁵.

Este pragmatismo político del socialismo español contrastaba notablemente con la retórica radical de sus congresos. En el XXX Congreso de la UGT, celebrado en la ilegalidad en abril de 1976, ésta presentó un proyecto sociopolítico, mezcla de objetivos revolucionarios y reformistas. La Unión General abogaba por la estatización de gran parte de los medios de producción, el control obrero sobre la empresa privada, la autogestión en la empresa pública y el derecho de

¹⁵ Esta diferencia de criterios justificó la negativa del PSOE para ingresar a la Junta Democrática. Detrás de este rechazo persistía cierto temor al poder del PCE y a su capacidad para dominar cualquier alianza política o sindical. Para evitar su aislamiento el PSOE constituyó, junto a liberales y demócratacristianos de izquierda, la Plataforma de Convergencia Democrática en julio de 1975 que se mantuvo más dispuesta al diálogo que la Junta. El impulso represivo del gobierno Arias y su renuencia a implementar una reforma política más profunda ayudaron a borrar las sospechas residuales del PSOE hacia el PCE permitiendo la unificación de ambos frentes en la Coordinación Democrática (marzo de 1976), mientras que los sindicatos hacían lo mismo en la Coordinadora de Organizaciones Sindicales. Estos frentes unitarios sirvieron como símbolo de la unidad opositora y como instrumento de presión en la negociación con el régimen. La nueva actitud comunista ante el cambio político fue también importante para lograr la unidad de la oposición: la estrategia basada en la ruptura por medio de la movilización de masas pronto mostró sus límites, por lo que el PCE tuvo que reconocer que el cambio tendría que darse mediante negociaciones con el gobierno. Paul Preston, *The Triumph of Democracy in Spain*. Londres: Methuen, 1986, pp. 65-85.

autodeterminación para las regiones¹⁶. Apoyaba la unidad obrera, aunque se oponía a su estructuración sobre la base de los sindicatos verticales o de Comisiones Obreras. Aspiraba a convertirse en un sindicato de clase y democrático para todos los trabajadores sin distinción, y al mismo tiempo defendía "un sindicalismo revolucionario que avanzara hacia una sociedad socialista autogestionaria"¹⁷. En todo caso, el objetivo inmediato era recuperar las libertades políticas y sindicales, de lo cual se desprendía que el proyecto global sería alcanzado posteriormente

Pocos meses después, en su XXVII Congreso, el PSOE confirmaba algunos de los aspectos más radicales de la estrategia socialista. Veía en la ruptura el "único proceso racional y pacífico" para devolver la soberanía al pueblo, rechazando la propuesta reformista del sucesor de Arias Navarro, Adolfo Suárez, por creerla una opción pseudodemocratizadora, "insuficiente tanto por el procedimiento para su elaboración como por no establecer las instituciones políticas y las garantías democráticas mínimas". A pesar de esto el partido mantenía su disposición negociadora con los reformistas del régimen (aunque defendía la movilización "responsable" de las masas como instrumento de presión y sostenía su republicanismo, esto último supeditado a la decisión que el pueblo tomara sobre la forma de gobierno)¹⁸.

Quizá lo más significativo del congreso fuese la adopción de una definición ideológica explícita: el Partido Socialista se definía como "partido de clase y, por tanto, de masas, marxista y

¹⁶ Abdón Mateos, "Sindicalismo socialista y movimiento obrero durante la dictadura franquista (1939-1976)", en Santos Juliá (coord.), El socialismo en España, desde la fundación del PSOE hasta 1975, Madrid: Ed. Pablo Iglesias, 1986, pág. 341.

¹⁷ Richard Gillespie, Op. cit., pág. 315.

¹⁸ José Luis Martín Ramos, Op. cit., pp. 230-231.

democrático"; rechazaba cualquier forma de acomodo con el capitalismo o su simple reforma, marcándose como objetivo "la superación del modo de producción capitalista mediante la toma del poder político y económico, y la socialización de los medios de producción, distribución y cambio por la clase trabajadora"¹⁹. Consideraba que durante el periodo de transición a una sociedad sin clases se cubriría una etapa de democracia real, y utilizaría la presión, e incluso la fuerza, si la burguesía se resistía a las políticas socialistas o se negaba a respetar los derechos de la mayoría, "haciendo irreversibles, mediante control obrero, los logros de las luchas de los trabajadores"²⁰.

El giro a la izquierda que los socialistas imprimieron a sus organizaciones en los últimos años del franquismo sintonizaba con la radicalización y politización de sectores sociales afectados por el impulso represivo del gobierno de Carrero Blanco. Igualmente era el reflejo de la exclusión socialista de la actividad política, su debilidad orgánica, la falta de perspectivas para derribar a la dictadura y de factores internacionales --sucesos como el fracaso del gobierno de Unidad Popular en Chile empujaron a muchos socialistas a considerar que la vía parlamentaria no llevaría al socialismo²¹. El radicalismo no resultó un inconveniente en esos años, pues además de ayudar a

¹⁹ La resolución defendía la nacionalización de los diez bancos más grandes y de las cincuenta empresas más importantes, así como la colectivización de los latifundios. Elizabeth Nash. "The Spanish Socialist Party since Franco: from Clandestinity to Government", en David S. Bell (ed.), Democratic Politics in Spain: Spanish Politics after Franco, Londres: Frances Pinter, 1983, pág. 34.

²⁰ Enric Company, Historia del socialismo español, 1977-1988, Barcelona: Conjunto Editorial S.A., 1989, pág. 10.

²¹ La radicalización pareció ser también resultado del crecimiento acelerado en el número de afiliados y los problemas asociados al control de sus miembros. A principios de los años setenta los miembros del PSOE no superaban los 2.000. Para finales de 1978 el número había crecido a cerca de

cerrar el paso a los grupos que se autonombraban socialistas y que acusaban al PSOE y a la UGT de "socialdemócratas", realzó la imagen del PSOE como fuerza de oposición, y en especial como alternativa frente al PCE (que a su vez era acusado por el PSOE de ser demasiado conciliador con los grupos liberales y monárquicos con quienes había formado la Junta Democrática).

Pero el radicalismo de la nueva generación de socialistas era bastante superficial. Cuando el restablecimiento de la democracia se volvió una posibilidad real, el socialismo atemperó su actitud. Esto sucedió, en gran medida, como respuesta a dos factores importantes: la actitud política de los españoles y las condiciones en que ocurrió la transición.

El desarrollo económico de los años sesenta había creado en España una sociedad menos desigual que en el pasado, políticamente apática y más preocupada en la conservación de su bienestar material. A pesar del bajo interés político de los españoles, la mayoría favorecía un cambio democrático, siempre que éste no fuera traumático o pusiera en riesgo la seguridad económica y la estabilidad social; en otras palabras, desestimaba las iniciativas que pudieran desatar una nueva Guerra Civil.

Esta actitud puede apreciarse en el cuadro 4. En los meses anteriores e inmediatos a la muerte de Franco un gran número de españoles se sentían preocupados por el futuro, y así permanecieron al menos durante el gobierno de Arias Navarro debido al aumento de las movilizaciones populares y de las acciones terroristas.

100,000. Richard Gunther, Giacomo Sani y Goldie Shabad, Spain after Franco: the Making of a Competitive Party System. Berkeley: University of California, 1988, pp. 159-165.

Cuadro 4. Porcentaje de personas que dicen ver el futuro:

	Con preocupación	Con tranquilidad	No sabe/No responde
Marzo 1975	58	39	3
Junio 1975	57	31	12
Enero 1976	54	34	12

Fuente: Encuesta del Instituto de Opinión Pública. Reproducida en Rafael López Pintor, Transition toward Democracy in Spain: Opinion Mood and Elite Behavior, pág. 12

Lo anterior no significa que la mayoría de la población se inclinara por la continuidad franquista. En 1974 el 60% de los españoles decía preferir una democracia representativa frente al 18% que era favorable al gobierno encabezado por una sola persona, mientras que en mayo de 1976 la proporción era de 78 y 8%, respectivamente²². De aquellos que decían apoyar una opción democrática, 61% prefería un proceso de transición gradual y 22% declaraba, por el contrario, desear un cambio "rápido y radical"²³. Dicha moderación se extendía sobre amplios sectores de la clase trabajadora. En 1978 el 57% de los líderes sindicales decía haber aceptado la decisión de la dirigencia nacional de negociar la reforma como la mejor salida al franquismo, mientras que 39% se sentía decepcionado por no haber optado por una ruptura²⁴.

²² Rafael López Pintor, Transition toward Democracy in Spain: Opinion Mood and Elite Behavior. Washington: Latin American Program, Wilson Center, Working papers, 80. [s. f.], pág. 13

²³ José M. Maravall, La política de la transición, Madrid: Taurus, 1981, pág. 33

²⁴ Las proporciones varían entre líderes sindicales afiliados a CCOO y a la UGT. La mayoría de los primeros consideraba que se había perdido la oportunidad histórica para la ruptura (53%), mientras que sólo 27% de los líderes de UGT creía lo mismo. En cambio, 43% de los líderes de CCOO apoyaba la decisión reformista frente al 70% de los ugetistas. Robert Fishman, "El movimiento obrero en la transición: objetivos políticos y organizativos", Revista Española de Investigaciones Sociológicas núm. 26, abril-junio de 1984, pp. 87-88.

En suma, la sociedad impuso un contexto especial que obligó al régimen y a la oposición a solucionar sus diferencias de manera pacífica, pues la mayoría de la población no estaba dispuesta a comprometerse en acciones riesgosas para mantener al régimen o para derrocarlo. Ni los más firmes continuistas decidieron llevar a cabo un golpe de Estado para preservar al régimen, ni la oposición intentó conseguir la ruptura por medio de una revolución ya que ninguno tenía asegurado el éxito. En la estrategia de ambas partes contó mucho el estado de la sociedad y la incertidumbre final del apoyo social que podían obtener²⁵. La oposición de izquierda reconoció este hecho cuando su llamado a la población para apoyar la huelga general en noviembre de 1976 y su campaña en favor de la abstención en el referéndum para la Reforma Política fracasaron estrepitosamente²⁶.

La naturaleza de la transición también influyó en la moderación socialista. Durante el primer gobierno de la monarquía hubo un equilibrio desigual e inestable entre la oposición y el gobierno que llevó a un punto muerto las iniciativas de cambio. Aunque en el primer semestre de 1976 el número de huelgas y de demostraciones antifranquistas se incrementó enormemente, ninguna actividad opositora excedió la capacidad de respuesta del régimen. Los sucesores de Franco, por su parte, tampoco lograron imponer su propio programa político orientado a instaurar una democracia limitada en España. Este impasse fue roto tras la designación de Adolfo Suárez como presidente de Gobierno en julio de 1976. Entre esta fecha y junio de 1977, Suárez

²⁵ Rafael López Pintor. *Op. cit.*, pág. 4.

²⁶ La huelga general, además de no contar con una respuesta amplia de la población, se vio afectada por las acciones preventivas del gobierno, en tanto que la propuesta reformista de Suárez obtuvo el apoyo del 94% de los votos en una participación electoral del 77.4%.

inició e implementó un programa democratizador desde la estructura legal del franquismo con una rapidez dirigida a quitar la iniciativa a los grupos de oposición. Este programa incluyó la aprobación de una enmienda a las leyes fundamentales por las Cortes en noviembre, un referéndum sobre la Ley de Reforma Política en diciembre, la legalización de los partidos políticos, incluyendo al PCE, entre febrero y abril, el desmantelamiento del Movimiento y de los sindicatos verticales en mayo, y la celebración de las primeras elecciones libres en junio²⁷.

Lo que se sugiere con la descripción anterior es que la democratización fue iniciada desde arriba: el control que los sucesores de Franco mantuvieron sobre los recursos del Estado les permitió iniciar el proceso de transición y establecer ciertos límites al cambio político y al ritmo de las reformas²⁸. En estas circunstancias la negociación con la oposición difícilmente podía darse entre iguales; de hecho, durante la etapa de la transición previa al referéndum de diciembre, la oposición fue excluida parcialmente de la cooperación política²⁹. Esta situación se agravó para la

²⁷ Donald Share, "Two Transitions: Democratization and the Evolution of the Spanish Socialist Left", *West European Politics* VIII, núm. 1, enero de 1985, pág. 87.

²⁸ Donald Share y Scott Mainwaring, "Transitions Through Transaction: Democratization in Brazil and Spain", en Wayne Selcher, *Political Liberalization in Brazil: Dynamics, Dilemmas and Future Prospects*, Boulder: Westview Press, 1987, pp. 175-215.

²⁹ Beate Kohler, *Op. cit.*, pág. 9. Tras el referéndum Suárez mantuvo contactos informales con los representantes de la oposición a través de los cuales aceptó algunos de sus reclamos (ampliación de la amnistía, ley electoral de representación proporcional, legalización de todos los partidos políticos y disolución del Movimiento). La oposición tuvo que hacer a cambio algunas concesiones: retiró las demandas de formar un gobierno provisional y de fincar responsabilidades a miembros del régimen, replegó su republicanismo, y accedió a que las decisiones autonómicas se tomaran después de las elecciones y a que se introdujeran algunas correcciones al sistema electoral que favorecían a los partidos conservadores. José Ma. Maravall y Julián Santamaría, *Op. cit.*, pág. 130. Las reuniones con la oposición tuvieron otra consecuencia que resultó poco visible: una conciliación e integración entre las élites políticas que no tenía precedente en la historia de España. Esta sería fundamental en la futura política de concertación que inició después de las elecciones de 1977 y que permitió la consolidación de la democracia.

oposición debido a dos factores más: por un lado, una creciente movilización de los segmentos sociales politizados podía despertar temores en los sectores duros del régimen y provocar una involución autoritaria; por otro lado, dada la actitud política de la sociedad española, una demostración de fuerza podía alienarle a la oposición el apoyo del sector no movilizado políticamente, esto es, de los electores potenciales.

En suma, la oposición se vio impedida para llevar a cabo por sí misma su proyecto rupturista --aunque el reformismo de Suárez terminó por sintonizar con las metas de la oposición. El punto de inflexión fueron los resultados del referéndum. Con el gobierno de Adolfo Suárez fortalecido, la oposición sólo podía negociar su participación electoral y organizarse de la mejor forma para presentarse a elecciones.

En este periodo el PSOE mantuvo una postura ambigua que iba del radicalismo del XXVII Congreso a la imagen moderada que del socialismo presentaba Felipe González³⁰. A partir de la legalización del PSOE en febrero de 1977, sus dirigentes se dedicaron a elaborar una imagen nueva, mezcla de tradición y renovación, pero siempre vinculada al prestigio de la socialdemocracia europea. A este respecto se puede decir que los jóvenes líderes apostaban a la credibilidad popular del socialismo democrático frente a la del comunismo. Desde el punto de vista de la atracción electoral, el PSOE y el PCE estaban más en una situación de competencia que de complementariedad. Esto era aún más evidente debido a la intención del PCE de ocupar el

³⁰ Poco después de la legalización del PSOE la prensa del partido señalaba que "el Partido Socialista actuará en la legalidad con una estrategia tan radical como exigen nuestros principios y tan moderada como aconsejen las circunstancias objetivas de nuestra realidad". Citado en Enric Company, *Op. cit.*, pág. 13.

espacio socialista mediante el desarrollo de la estrategia eurocomunista y el diseño de una plataforma política moderada en extremo³¹. Con esta última el PCE pretendía mostrar a la sociedad española su grado de compromiso con el proceso de transición. Sin embargo, el éxito de esta táctica tuvo que enfrentar las denuncias de oportunismo hechas por el PSOE. Para subrayar su papel como única alternativa real a Suárez, el PSOE reforzó en varias ocasiones sus actitudes radicales, colocándose incluso a la izquierda del PCE³².

Algunos estudios realizados a principios de 1977 habían revelado que la mayoría del electorado se encontraba en el centro del espectro político. Esta situación determinó buena parte de la competencia electoral³³. La campaña del PSOE mantuvo algunos de los aspectos radicales -- dirigidos a segmentos sociales como obreros y grupos neosocialistas en proceso de integración al partido--, pero en su conjunto fue un esfuerzo para conectar con los sectores moderados del electorado. El programa electoral lejos estuvo de reflejar el espíritu del XXVII Congreso, manteniendo entre sus preocupaciones principales la conquista de libertades, la elaboración de una Constitución democrática por las nuevas Cortes, la erradicación de la corrupción y de los residuos del franquismo, la reforma fiscal y de la Seguridad Social y la extensión de la educación pública.

³¹ Antes de las elecciones se esperaba que España reprodujera la situación de Italia con un Partido Comunista predominante en la izquierda. Dado el reconocimiento del papel de los comunistas en la lucha contra Franco muchos creían que el PCE tendría un apoyo electoral notable, mientras que las opiniones más optimistas daban al PSOE sólo 14% del voto, incluso por debajo del PSP de Tierno Galván. Richard Gunther, "The Spanish Socialist Party: from Clandestine Opposition to Party of Government", en Stanley Payne (ed.), The Politics of Democratic Spain. Chicago: Chicago Council on Foreign Relations, 1986, pág. 14.

³² Richard Gillespie, Op. cit., pág. 325.

³³ José Ma. Maravall, La política de la ..., pág. 34.

Los estrategias de la campaña pusieron un énfasis especial en la imagen moderada y carisma de Felipe González³⁴.

Los resultados electorales convirtieron al PSOE en el principal partido de oposición con el 29.4% de los votos, frente al 34.8% de la Unión de Centro Democrático (UCD) de Adolfo Suárez, así como en la fuerza predominante de la izquierda al haber conseguido el PCE un decepcionante 9.3%. Las elecciones tuvieron además un par de resultados adicionales: por un lado, confirmaron la moderación del electorado y el escaso seguimiento de las opciones extremistas de derecha e izquierda quienes en conjunto no superaron el 4%. Incluso la derecha franquista agrupada en la Alianza Popular (AP) de Manuel Fraga sólo había obtenido 8.4% de la votación. Por otro lado, los resultados produjeron un equilibrio entre la izquierda y la derecha, y dentro de éstas el predominio de las formaciones centristas: en total los socialistas habían alcanzado 33.9 % (29.4% del PSOE y 4.5% del PSP), casi un punto porcentual por debajo de la UCD³⁵.

En vista del buen desempeño electoral que el partido había logrado, los líderes socialistas orientaron su estrategia hacia una política de "alternativa de poder", lo cual además de implicar la colaboración del PSOE en el funcionamiento del sistema de partidos, requería el diseño de un

³⁴ Durante la campaña éste dio muestras de moderación al rechazar las nacionalizaciones por cuestiones doctrinales y defender la apertura del partido a las clases medias. Así, en el verano de 1976 Felipe González había reconocido que el PSOE no podía seguir siendo un partido exclusivamente de clase trabajadora, pues ya no había una clase obrera homogénea similar a la existente en el siglo XIX. En su lugar el PSOE representaba a "toda la población oprimida, ya fuesen trabajadores manuales o intelectuales". Donald Share, "Two Transitions...", pág. 93.

³⁵ José Ma. Maravall y Julián Santamaría, *Op. cit.*, pp. 131-132.

programa distinto al de UCD y el fortalecimiento de las organizaciones socialistas. Sin embargo, la situación económica y la fragilidad misma de la democracia, afectada por la creciente violencia terrorista separatista y de extrema-derecha, exigieron el mantenimiento de una política de conciliación para garantizar la viabilidad del nuevo entramado político³⁶. De manera inmediata, la redacción de la Constitución y la gestión de la crisis económica obligaron a los partidos representados en las Cortes a iniciar acuerdos y alcanzar consensos.

El primero de éstos se dio con la firma de los Pactos de la Moncloa en octubre de 1977. Inicialmente el PSOE se opuso a participar en un pacto social que introdujera un programa de austeridad cuyos efectos serían sentidos principalmente por los trabajadores. No obstante, la actitud conciliadora del PCE y el reconocimiento de que las medidas eran inevitables empujaron al PSOE a apoyar los Pactos³⁷. Como compensación a la participación de la izquierda, Suárez prometió implementar reformas en la política fiscal, el sistema educativo y la seguridad social, la devolución del patrimonio sindical, la expansión de la inversión pública, la modernización de las administraciones militar, civil y judicial y la modificación de partes importantes de la legislación anterior. El programa de austeridad incluía límites a los aumentos salariales, la devaluación de la

³⁶ José Ma. Maravall, La política de la ..., pp. 164-165.

³⁷ En la disposición del PCE para colaborar en acuerdos con el gobierno latía cierto interés de convertirse en interlocutor privilegiado a pesar de su escasa representación parlamentaria. Algunos autores ven en tal actitud una estrategia de Santiago Carrillo y Adolfo Suárez para aislar al PSOE y presentarlo como partido irresponsable erosionándolo electoralmente. Ver Roberto Dorado e Ignacio Varela, "Estrategias políticas durante la transición", en José F. Tezanos, et al., (eds.) Op. cit., pp. 263-265, y Mariano Guindal y Mar Díaz-Varela, A la sombra del poder. Barcelona: Tibidabo, 1990, pp. 148-155.

peseta y una política monetaria estricta. El PSOE y el PCE, por su parte, se comprometían a reducir los niveles de movilización laboral mediante la cooperación de sus sindicatos³⁸.

El programa de austeridad logró disminuir la inflación de 29% en 1977 a 16% en 1978, mientras que la balanza de pagos reflejó una recuperación notable, pero a su vez generó un aumento en el desempleo y algunas de las reformas prometidas no se cumplieron. Debido a ésto el PSOE y la UGT rechazaron participar en nuevos acuerdos e insistieron en que fuera el gobierno quien ofreciera una negociación a los sindicatos y a empresarios sin intervención de los partidos. De cualquier manera, la importancia de los Pactos de la Moncloa residió en la legitimidad y estabilidad que las negociaciones confirieron al régimen.

El segundo de los acuerdos se dio en torno a la redacción del texto constitucional. A pesar de algunos conflictos iniciales, persistió entre los principales partidos la opinión de que era necesario que la nueva Constitución fuera alcanzada por consenso, tratando de evitar así que algunos segmentos importantes de la sociedad la cuestionaran tal como había sucedido durante la República. En este proceso la desaparición de las viejas brechas políticas (cleavages) que habían

³⁸ Los Pactos de la Moncloa fueron firmados por los partidos debido a que los sindicatos y los organismos empresariales se encontraban en proceso de estructuración y carecían aún de representatividad (las primeras elecciones sindicales se realizaron hasta 1978). En todo caso, el apoyo sindical se dio a través del voto de los líderes obreros en su condición de diputados del PCE o del PSOE. Los sindicatos reflejaron la postura de los partidos frente a los Pactos. Así, mientras que CCOO adoptó la política de compromisos del PCE y apoyaba los Pactos, la UGT los rechazó parcialmente. Esta última pareció ser una postura táctica con la cual UGT quería mostrar su autonomía respecto al PSOE al tiempo que se afirmaba como alternativa ante la actitud conciliadora de CCOO (en ambos casos el objetivo era hacer atractiva la integración de un grupo de disidentes de USO a la UGT). Jordi Roca Jusmet, "La concertación social", en Faustino Miguélez y Carlos Prieto (eds.), Relaciones laborales en España, Madrid: Siglo XXI, 1990, pp. 365.

dividido a la sociedad³⁹ y el profundo realismo de la izquierda --respecto a los límites del cambio y a las garantías que tenían que darse a los poderes de hecho--, crearon un contexto favorable para que los partidos negociaran y llegaran a compromisos políticos. Esto fue evidente en la actuación del PSOE. En las primeras etapas éste había presentado una moción proponiendo una forma republicana de gobierno, pero poco después la retiró para concentrarse en lograr que la monarquía fuese lo más liberal posible. Tras una dura controversia los socialistas aceptaron la posición de la Iglesia Católica en la sociedad española y consiguieron en contrapartida una referencia explícita al derecho del estado a intervenir en la economía (en forma de planeación o expropiación) y la inclusión de una declaración de principios progresista que habría de convertirse en el preámbulo de la Constitución⁴⁰. Esta fue aprobada casi por unanimidad en las Cortes (votaron en contra algunos diputados de AP, mientras que el PNV se abstuvo), y ratificada en referéndum el 6 de diciembre de 1978 con 87.8% de los votos a favor.

La política de consensos permitió la estabilización de las instituciones democráticas en un período en que su viabilidad se vio afectada por rumores de subversión militar y por el aumento de atentados terroristas (sólo entre junio y noviembre de 1978 el número de víctimas ascendió a 53). Ahora bien, la forma en que dicha política se llevó a cabo, con negociaciones entre las élites partidistas y la desmovilización de sus bases, no pudo mantener el nivel de interés político de los

³⁹ En las elecciones de 1977 la cantidad de cleavages expresados en la arena política se había reducido a la dimensión de clase (izquierda-derecha) y a la territorial (centro-periferia). Ni la brecha religiosa ni la institucional (monarquía- república) habían aparecido con fuerza. Jose Ma. Maravall y Julián Santamaría, *Op. cit.*, pág. 131.

⁴⁰ Beate Kohler, *Op. cit.*, pág. 25.

primeros meses de la transición. En su lugar se extendió cierto desencanto entre amplios sectores de la población que se reflejó en un constante incremento de la abstención electoral y en la desafiliación de las organizaciones partidistas. Ambas situaciones tuvieron un efecto negativo para el Partido Socialista en las elecciones de 1979.

El PSOE había exigido de tiempo atrás la celebración de elecciones municipales para sustituir a las autoridades locales designadas bajo el franquismo. Los socialistas pensaban que si obtenían el control de los gobiernos locales el partido tendría oportunidad para ampliar sus redes organizativas y, por tanto, sus posibilidades de triunfo en las elecciones generales aumentarían. Suárez no siguió esta línea y decidió convocar a elecciones generales para el 1 de marzo y a municipales para el 3 de abril.

Durante la campaña electoral el PSOE buscó presentar una imagen moderada a través de un énfasis en la competencia y madurez del partido centrándose su atención en temas como el desempleo, el orden público, una mayor inversión pública, la reestructuración del sistema de relaciones laborales y la democratización del Estado⁴¹. La moderación de la plataforma electoral contrastaba con las resoluciones del XXVII Congreso y esto fue hábilmente explotado por sus oponentes políticos quienes acusaron al PSOE de duplicidad. Así, mientras la Iglesia condenaba las "ideologías materialistas" y daba un apoyo implícito a UCD, Adolfo Suárez apelaba al voto del miedo al señalar que no era creíble

⁴¹ José Ma. Maravall, La política de la..., pág. 167.

"...la moderación centrista de su programa electoral porque el programa del XXVII Congreso, por ejemplo, defiende el aborto libre, y además, subvencionado por el contribuyente, persigue la desaparición de la enseñanza religiosa y propugna un camino que nos conduce a una economía colectivista y autogestionaria"⁴².

En las elecciones generales el PSOE consolidó su posición como segundo partido del sistema político al incrementar ligeramente su votación de 29.4 a 30.8% (la UCD había aumentado sus votos en 0.7% y el PCE en 1.6%). Las elecciones municipales reforzaron estos resultados, aunque un pacto postelectoral con el PCE dió al PSOE el control de 21 capitales de provincia, incluyendo Madrid, Barcelona y Valencia. En ambas elecciones el socialismo había sido dañado por la abstención y por el ascenso de partidos nacionalistas en Euskadi, Cataluña y Andalucía. Por otra parte, la incorporación de algunos partidos socialistas no se había traducido en una votación mayor como muchos estrategas del partido esperaban (en 1979 los socialistas perdieron 3 puntos porcentuales del voto PSOE-PSP de 1977 demostrando que la integración del partido de Tierno no había significado el traspaso de sus lealtades políticas al PSOE). Estos resultados electorales marcaron en gran medida la controversia y la tensión interna que rodearon al PSOE en sus congresos de mayo y septiembre de ese año.

⁴² Citado en Enric Company. *Op. cit.*, pág. 44.

3. Diferenciación, especialización y apertura a las clases medias: hacia una nueva relación partido-sindicato

La moderación del socialismo español respondió en gran medida a la actitud de la sociedad y a los requerimientos de la consolidación democrática. Pero ese cambio había sido posible gracias a un hecho fundamental: la firme inserción de los socialistas en la sociedad española. Los socialistas, o al menos una parte sustancial de ellos, aparecían como la creación más significativa de la sociedad industrial que había surgido en España en los años sesenta, por lo cual difícilmente podían considerarse marginados o sentirse excluidos. Este hecho suponía la superación de los fundamentos sociales sobre los que se habían asentado las dualidades del socialismo histórico y modificó completamente la idea que los socialistas tenían de sí mismos, de sus objetivos y de los instrumentos diseñados para alcanzar esos objetivos. Al no sentirse excluidos por la sociedad, no tenían interés en su destrucción sino en su transformación, por tanto, dejaba de ser necesaria la doble acción (política/económica) a través de la doble organización (partido/sindicato) pues por vez primera podían aspirar al control del aparato del Estado para desde ahí llevar a cabo una política global⁴³.

Pero para materializar esta posibilidad se requería de una mayoría electoral, y ésta no podía obtenerse contando sólo con el apoyo de una clase trabajadora que estaba lejos de ser predominante, de tal manera que el socialismo español se enfrentó a la disyuntiva por la cual habían pasado otras de sus contrapartes europeas en el pasado: permanecer como un "partido

⁴³ Santos Juliá, "Continuidad y ruptura", pp. 128-129.

homogéneo en su atracción de clase, pero condenado a fracasos electorales perpetuos", o convertirse en un partido que buscara el éxito electoral representando intereses no vinculados exclusivamente a trabajadores manuales, con el costo de diluir su orientación de clase⁴⁴. Elegir la segunda opción implicaba asimismo la modificación de los términos de la relación con la UGT, es decir, se volvía necesario que el PSOE dejara de ser la "burocracia política del sindicato"⁴⁵

De acuerdo con uno de los estrategas socialistas, en los años de la transición a la democracia lo que ocurrió no fue la separación entre el partido y el sindicato, sino la "diferenciación de las actuaciones basadas en la armonización y en la asunción de diferentes papeles sociopolíticos sobre un campo común de aspiraciones y sobre una política de buenas relaciones mutuas en la que, lógicamente, no quedan excluidas las correspondientes influencias recíprocas"⁴⁶. Ciertamente la transición democrática hizo que el PSOE asumiera un creciente protagonismo político en el diseño de los objetivos y estrategias. Sin embargo, en el caso de la UGT el "diferente papel sociopolítico" significó más bien la subordinación de su actividad a la política del partido, situación que se profundizó por el impacto de la crisis económica sobre un sindicato débil en su implantación e infraestructura.

Puede decirse de manera general que durante el periodo previo al triunfo socialista de 1982 las relaciones entre el partido y el sindicato fueron armoniosas, con ambas organizaciones

⁴⁴ Adam Przeworski y John Sprague, *Op. cit.*, pág. 3.

⁴⁵ Abdón Mateos, *Op. cit.*, pág. 462.

⁴⁶ José F. Tezanos, "Continuidad y cambio en el socialismo español: el PSOE durante la transición democrática", en José F. Tezanos et al. (eds.), *Op. cit.*, pág. 457.

siguiendo una evolución similar desde una retórica maximalista hacia posturas más moderadas⁴⁷. En este proceso los congresos del PSOE de mayo y septiembre de 1979 fueron un parteaguas en la relación con el sindicato pues su resultado final significó el abandono del modelo de partido inscrito en la tradición marxista y su conversión en un partido catch all que integrara todo tipo de grupos sociales y representara un cúmulo más amplio de intereses⁴⁸. A partir de entonces el partido buscaría abiertamente la creación de un bloque de clases integrado por los trabajadores y "todos aquellos estratos y sectores sociales que tuvieran un interés objetivo en la construcción del socialismo"⁴⁹.

El XXVIII Congreso de mayo y el Congreso Extraordinario de septiembre estuvieron dedicados al debate de la permanencia de las referencias explícitas del marxismo en el programa del PSOE. En el origen de esta controversia se encontraban unas declaraciones que Felipe González había hecho a la prensa sobre su intención de solicitar al partido que en su próximo

⁴⁷ Surgieron algunas tensiones provocadas por la permanencia de cierto radicalismo en la UGT y por la intención de sus líderes de mostrar autonomía respecto al PSOE para conseguir la absorción de la USO (quien acusaba a la UGT de ser correa de transmisión del partido) y de presentar a los trabajadores una alternativa sindical distinta a la actitud conciliadora que CCOO había seguido frente a Suárez. Richard Gillespie, "The Break-up of the 'Socialist Family': Party-Union Relations in Spain, 1982-89". West European Politics XIII, núm. 1, enero 1990, pag. 49.

⁴⁸ Richard Gunther, Giacomo Sani y Goldie Shabad, Op. cit., pág. 165

⁴⁹ La idea del bloque de clases, de origen gramsciano, fue elaborada inicialmente por los comunistas italianos. Maravall sostiene que el liderazgo del PSOE había subrayado la necesidad de crear un programa socialista que representara todos los sectores "dependientes" de la sociedad. Estos tendrían como denominador común la explotación social y económica y la dominación política e ideológica. Esta estrategia produciría una organización política abierta, receptiva a las demandas de distintos sectores sociales y capaz de resolver el problema de la apatía política que afectaba a la nueva democracia. José Ma. Maravall, "The Socialist Alternative: the Policies and Electorate of the PSOE", en H.R. Penniman y E. Mujal-León, Spain at the polls, 1977, 1979 and 1982, Durham, N.C.: Duke University Press/American Enterprise Institute, 1985, pág. 157.

congreso removiera dichas referencias⁵⁰. Los decepcionantes resultados de las elecciones de 1979 fueron interpretados por el liderazgo como evidencia de que el PSOE debía reducir el radicalismo de su programa para atraer a las clases medias e incorporar a los sectores tradicionales del electorado que votaban por la UCD (para conseguir una mayoría era necesario obtener el voto rural debido a que el sistema electoral introducía un sesgo sobrerrepresentando a las áreas rurales). Junto a los factores electorales, la propuesta de Felipe González estaba dirigida a disminuir las amenazas militares que pendían sobre la frágil democracia española⁵¹. En contra de esta iniciativa había un sector de socialistas, en su mayoría miembros de la Federación Madrileña, que criticaba la actitud electoralista del liderazgo y defendía la creación de una alianza de izquierda bajo supremacía socialista. Para éstos, competir por el centro resultaba inútil pues era un espacio ya ocupado por la UCD y a su vez podía poner en peligro el apoyo del voto de izquierda⁵².

Los cambios en el programa no significaban un giro radical a la derecha, sino que estaban orientados a restaurar al marxismo a la posición que tenía antes del congreso de 1976. Un cambio de esta naturaleza serviría como un ajuste entre la imagen del partido y su práctica política reciente y quitaría armas a sus competidores que lo habían tachado de incongruente en las pasadas

⁵⁰ Un ajuste similar orientado a ampliar su atracción electoral había sido llevado a cabo por el PCE en su IX Congreso de abril de 1978. Durante éste el término "leninista" fue removido de la descripción del partido y se introdujo la declaración "El PCE rechaza toda concepción dogmática del marxismo". Los cambios en el programa e ideología del Partido Comunista profundizaron sus contradicciones internas, lo que llevó más tarde a su fragmentación y colapso. Richard Gunther, Giacomo Sani y Goldie Shabad. *Op. cit.*, pág. 153.

⁵¹ Richard Gillespie. *Op. cit.*, pág. 341

⁵² Elizabeth Nash. *Art. cit.*, pág. 38.

elecciones. Sin embargo, la iniciativa de González fue derrotada por unos delegados resentidos con la forma en que se había llevado la política de compromisos y la falta de consulta a la base en los cambios de política y actividades del partido⁵³. Esto provocó que poco antes de la clausura del congreso Felipe González renunciara abruptamente dejando al partido sin liderazgo. La incapacidad de los socialistas críticos para llenar ese vacío obligó a que se convocara a un congreso extraordinario en septiembre cuyos objetivos serían la adopción de una línea política e ideológica y la elección de una dirección coherente con ella.

El Congreso Extraordinario, si bien no fue una medida de apoyo a la línea moderada, fue un espaldarazo a Felipe González como líder. La mayoría de los delegados --ahora controlados gracias a un sistema de representación introducido en el congreso de mayo que dejó a los críticos en desventaja-- coincidió en que el liderazgo de González era invaluable, mientras que la conciencia de crisis que se había extendido por el partido hizo que el debate sobre el marxismo perdiera virulencia. El gesto de la renuncia tuvo a su vez una amplia resonancia en la opinión pública y consolidó la imagen de González como un dirigente que ejercía sus responsabilidades movido por un impulso ético.

La resolución política aprobada por el Congreso Extraordinario reafirmó los objetivos del partido de ser el poder político de la clase trabajadora, pero la inclusión de una referencia a la tesis del bloque de clases, que defendía incluso la atracción del apoyo de pequeños capitalistas,

⁵³ En el reporte de la Comisión Ejecutiva saliente González admitió que hubieron algunos errores en su dirección, pero en general el balance era satisfactorio. Sobre la política de consensos decía que no era lo que los socialistas habían deseado, pero ésta que había sido impuesta por las circunstancias. Enfatizaba la herencia marxista del partido y aseguraba que lo que quería era rescatar a Marx de aquellos que lo habían convertido en un dogma. *Ibid.*, pp. 40-41.

terminó por matizar cualquier lectura radical. Describía al PSOE como un "partido de clase, de masas, democrático y federal"; sobre la definición marxista, la resolución señalaba "El PSOE adopta el marxismo como un método teórico, crítico, y no dogmático para el análisis y transformación de la realidad social, haciendo uso de las diversas contribuciones, marxistas y no-marxistas, que han hecho del socialismo la gran alternativa emancipadora de nuestro tiempo, y respetando las creencias personales". La victoria del sector oficialista fue completada con la elección de Felipe González como Secretario General con 85% de los votos⁵⁴. Como resultado de sus reformas organizacionales, el PSOE surgía como un partido unido y coherente justo en el momento en que otros partidos enfrentaban disputas internas y la democracia se veía amenazada por el desencanto popular y rumores de conspiración militar⁵⁵.

4. El camino hacia la Moncloa, 1980-82

Con su crisis interna superada, el PSOE definió su estrategia como de oposición firme en el contexto de una democracia frágil y se trazaba dos objetivos inmediatos: la consolidación de las

⁵⁴ Richard Gillespie. Op. cit., pág. 355.

⁵⁵ Tras los congresos no hubo un aumento inmediato en el nivel de votación del PSOE. Por el contrario, en las elecciones autonómicas realizadas en el País Vasco en 1980 los socialistas sólo obtuvieron 14% de los votos (por debajo del PNV y de Herri Batasuna, pero arriba de UCD), mientras que en Cataluña el PSOE perdió 277,000 de los votos conseguidos en 1979. Este curso comenzó a cambiar a partir de 1981 con el triunfo socialista en las elecciones parciales al Senado en Sevilla y Almería. Este resultado fue confirmado en las elecciones parlamentarias andaluzas de 1982 en las que el PSOE logró la mayoría absoluta. Paul Preston, The triumph of..., pág. 173.

instituciones democráticas y el desgaste del gobierno de UCD, procurando que éste no creara un vacío de poder que hiciera atractiva una intervención militar⁵⁶. Esta oposición se basó en una crítica constante a la incapacidad de Suárez para enfrentar los problemas más urgentes y tuvo como punto central la moción de censura presentada por Felipe González en mayo de 1980. Si bien ésta no tuvo apoyo parlamentario suficiente, produjo un impacto notable sobre la opinión pública y fue una buena oportunidad para que González expusiera como alternativa un programa no-socialista, "compatible" con el programa del PSOE y abierto al apoyo de amplios sectores de la sociedad. El programa incluía la democratización del Estado, con reformas a la administración pública, la devolución de una autonomía genuina a las regiones, y el uso del sector público para enfrentar la crisis económica⁵⁷.

El cambio hacia un mayor antagonismo político con la UCD contrastó con la nueva línea sindical adoptada por la UGT en el verano de 1979. Esta estrategia representaba el abandono de la confrontación por una postura negociadora con la central patronal, privilegiando la estabilidad en las relaciones laborales y la consolidación del poder sindical frente a la empresa y el gobierno⁵⁸.

⁵⁶ El segundo gobierno de UCD, a diferencia del primero, tuvo que hacer frente a problemas políticos más específicos. Muy pronto las diferencias entre los grupos que integraban la coalición respecto a temas como educación, divorcio y economía llevaron al gobierno a un punto muerto. El PSOE explotó estas contradicciones coqueteando con la fracción socialdemócrata de la UCD. *Ibidem*, pp 169-170

⁵⁷ Richard Gillespie, *Op. cit.*, pág. 358.

⁵⁸ Esta estrategia llevó a la firma del Acuerdo Marco Interconfederal (AMI) entre la Confederación Española de Organizaciones Empresariales (CEOE) y la UGT en enero de 1980 y a la aprobación del Estatuto de los Trabajadores en las Cortes. Mientras que el segundo sentó las bases de un sistema democrático de relaciones laborales sustituyendo la legislación franquista, el AMI estipuló la creación de una banda salarial alrededor de la cual se negociarían los convenios colectivos. A cambio de restricciones salariales la CEOE concedía beneficios no monetarios como la disminución de horas de trabajo y la jubilación adelantada. Tanto el AMI como el Estatuto reforzaron las tendencias centralizadoras de los

Bajo estas coordenadas la UGT evitó los conflictos innecesarios y flexibilizó las negociaciones colectivas; reforzó el papel de las secciones sindicales en detrimento de los comités de empresa, y desarrolló una política salarial moderada cuyo objetivo era la defensa del empleo (CCOO tuvo una evolución opuesta al pasar de la conciliación al enfrentamiento. En este proceso fue determinante la tradición de lucha reivindicativa y el cambio de estrategia del PCE)⁵⁹

La nueva orientación de la UGT era una respuesta a la crisis económica y a los efectos que ésta estaba produciendo sobre el empleo (entre 1977 y 1981 el número de desempleados había crecido de 750.000 a 1.75 millones). En todo caso, dicha orientación sintonizaba con las actitudes moderadas expresadas por los trabajadores españoles. Para una mayoría de éstos las funciones principales de los sindicatos eran negociar convenios (62%) y proporcionar asesoramiento laboral (56%), mientras que sólo una minoría incluía entre estas funciones llevar a cabo movilizaciones obreras (12%). A su vez una gran mayoría de los trabajadores consideraban la huelga como "un último recurso" que debía emplearse cuando se agotaran todas las posibilidades de negociación (77%), y sólo un 24% de los trabajadores que habían participado en una huelga estimaban que ésta había tenido buenos resultados⁶⁰.

Las elecciones sindicales de 1980 parecieron confirmar lo apropiado del cambio en la estrategia ugetista. En las primeras elecciones sindicales democráticas celebradas en 1978 la UGT

sindicatos al reconocerles protagonismo en la negociación de los convenios. José Ma. Maravall. La política de la..., pág. 67.

⁵⁹ Manuel Mella Márquez, "Los grupos de presión en la transición política", en José F. Tezanos, et al., (eds.), Op. cit., pág. 164.

⁶⁰ José Ma. Maravall, Op. cit., pág. 67.

había conseguido sólo 21.69% de los votos, casi trece puntos por debajo de CCOO. Estas se habían beneficiado de su política de infiltración de los sindicatos verticales, que le permitió contar con un gran número de representantes y cuadros sindicales, frente a una UGT que se había opuesto a participar en el sindicalismo franquista y que, por consiguiente, resultó más débil en los primeros meses de la transición al carecer de militantes con experiencia en las negociaciones laborales⁶¹. Un par de años más tarde el sindicato socialista lograba romper el predominio de Comisiones Obreras al reducir su diferencia a sólo dos puntos porcentuales (cuadro 5). En un período muy corto la UGT había superado sus deficiencias organizativas generadas por su implantación deficiente, y en este esfuerzo su etiqueta socialista y la relación con el PSOE fueron determinantes.

Las estrepitosas derrotas electorales que la UCD sufrió a partir de 1980 en el País Vasco, Cataluña y Andalucía pusieron de manifiesto lo reducido de sus bases sociales y acentuaron su crisis política interna. Este hecho se hizo aún más evidente con la constante escisión de los sectores que habían integrado la coalición en 1977. Con la desintegración de la UCD en ciernes, y en un ambiente tenso por el incremento del terrorismo vasco y de conspiraciones militares, Suárez presentó su dimisión como Presidente de gobierno en enero de 1981. Fue en este contexto de crisis política cuando se dio el intento de golpe militar del 23 de febrero. Esta tentativa fue frustrada por la decidida intervención del Rey Juan Carlos, pero la importancia de lo ocurrido hizo

⁶¹ *Idem*, pp. 67-68.

que los líderes políticos tomaran conciencia de las amenazas que enfrentaban las frágiles instituciones democráticas y moderaran sus posiciones más extremas⁶².

Cuadro 5. Resultados de las elecciones sindicales

	1978	1980	1982	1986
CCOO	34.45	30.86	33.40	34.27
UGT	21.69	29.27	36.71	40.19
USO	3.87	8.68	4.64	3.83
ELA/STV	1.00	2.44	3.30	2.92
INTG	---	1.01	1.17	0.63
Otros	20.85	11.94	8.69	10.57
No afiliados	18.12	15.77	12.09	7.60

Nota: Porcentaje de representantes de cada sindicato respecto al total de delegados y miembros de comités de empresa

Siglas: CCOO Comisiones Obreras; UGT Unión General de Trabajadores; USO Unión Sindical Obrera; ELA/STV Solidaridad de Trabajadores Vascos; INTG Intersindical Nacional de Trabajadores Galegos.

Fuente: *El País, Anuario 1987*. Reproducido en Martínez Alier y Roca Jusmet, pág. 18.

En estas circunstancias el PSOE abandonó sus ataques a UCD e inició un periodo de cooperación política, en el cual se elaboraron un par de leyes controversiales dirigidas a diseminar el apoyo golpista: la Ley para la Defensa de la Democracia, que limitaba algunas libertades públicas, y la Ley Orgánica para la Armonización del Proceso Autonómico (LOAPA), que reducía el ritmo del progreso de las autonomías para apaciguar a los militares. El PSOE también ofreció unirse en una coalición reformista-democrática, aunque la UCD rechazó la propuesta. Los

⁶² José Ignacio Madrazo Bolívar, *La transición política en España, 1975-1982*. (tesis de licenciatura), El Colegio de México, 1990, pág. 92.

sindicatos, por su parte, reconocieron la necesidad de reducir aún más los riesgos de una involución y accedieron a firmar con el gobierno y la patronal un Acuerdo Nacional de Empleo.

El prolongamiento de los problemas internos de la UCD y la decisión del sucesor de Suárez, Leopoldo Calvo Sotelo, de integrar a España en la OTAN a pesar de ser ésta una medida impopular, creó una mayor conciencia dentro del PSOE de que la cooperación con el gobierno podría afectar sus prospectos electorales. Lo que debía ofrecerse era una alternativa clara si es que querían obtener el apoyo popular. La nueva estrategia de oposición, basada en la campaña contra la OTAN y el énfasis en la responsabilidad política del PSOE, se combinó con el despliegue de unidad y estabilidad partidista en contraste con la situación en la UCD y el PCE. Para crear un gobierno homogéneo, sólido y mayoritario capaz de profundizar la democracia y responder a los problemas nacionales más urgentes, el XXIX Congreso buscaba construir "un amplio bloque socialista que vertebré al conjunto de capas y clases explotadas y oprimidas, que objetivamente están interesadas en la defensa de un mismo proyecto de transformación socialista de la sociedad", en tanto que en sus apariciones públicas Felipe González hacía hincapié en que sus prioridades no eran las nacionalizaciones, sino la necesidad de una reforma administrativa, la lucha contra el desempleo y el perfeccionamiento de la democracia⁶³.

Las dudas sobre los posibles daños que una moderación pronunciada podía llevar al partido comenzaron a disiparse con el triunfo socialista en Andalucía en mayo de 1982, a su vez se defendía una mayor moderación para reducir la polarización política potencial que podía

⁶³ Enric Company. *Op. cit.*, pág. 82.

provocarse con la desintegración de UCD, y la eventualidad de una contienda con AP. Más aún, la atmósfera de incertidumbre provocó nuevos rumores de golpe militar.

Con este trasfondo, el gobierno decidió llamar a elecciones generales para octubre de 1982. Con una promesa de cambio (visto como la llegada de un equipo joven sin ninguna relación con el franquismo) y modernización, los socialistas obtuvieron 48.4 % de los votos, casi 22 puntos por arriba de su más cercano competidor, la Alianza Popular. Esta victoria permitió al PSOE formar gobierno en solitario por vez primera en su historia.

4. PARTIDO EN EL PODER, SINDICATO OPOSITOR, 1982-1989.

"En la actualidad, el PSOE sólo espanta a los trabajadores".

PABLO CASTELLANO,
ex-dirigente del PSOE.
diputado de Izquierda Unida

En 1982 el triunfo electoral del PSOE pareció iluminar el inicio de una nueva era para el socialismo español. Con su holgada mayoría en las Cortes, el Partido Socialista tenía la oportunidad histórica para llevar a cabo su proyecto modernizador, consolidar la democracia e integrar a España en la Europa de las Comunidades. El gobierno del PSOE consiguió materializar varias de sus promesas de cambio con un éxito notable. Sin embargo, la adopción de una política exterior comprometida con la Alianza Atlántica y la implementación de políticas económicas liberales, cuyos efectos principales se hicieron sentir en el nivel de vida de los trabajadores, provocaron que sus relaciones con el sindicato socialista se deterioraran hasta llegar a la ruptura con la huelga general de diciembre de 1988.

La huelga general puso fin al viejo esquema político en el cual el sindicato estaba subordinado al proyecto del partido. Para la UGT, mantener su apoyo al programa económico del PSOE podía poner en peligro su legitimidad como representante de los intereses de los trabajadores. La ruptura en las relaciones con el sindicato dejó al partido sin sus apoyos obreros.

tradicionales, empujando a los dirigentes socialistas a continuar con el proyecto iniciado en 1979 para ampliar sus bases sociales.

Justo un siglo después de la creación del sindicato, el sueño pablista de los componentes de la familia socialista avanzando al mismo compás hacia la sociedad del futuro había desaparecido.

El PSOE en el poder: luz y sombras

En octubre de 1982 el Partido Socialista Obrero Español llegó al poder con un programa electoral moderado y un compromiso por el cambio. A pesar de su moderación, el programa aún contenía un importante conjunto de políticas socialdemócratas orientadas a la consolidación democrática, la extensión de libertades y derechos civiles y la redistribución de la riqueza. El programa socialista ponía en el centro de su atención la creación de 800,000 empleos mediante el uso de un nivel modesto de inversión pública para estimular el crecimiento del sector privado, cuya importancia en la economía era reconocida. Prometía mejorar el sistema de seguridad social para pensionados y desempleados extendiendo las prestaciones e introduciendo una escala móvil para las pensiones. Los sistemas educativo y judicial serían reformados asegurando la igualdad de los ciudadanos y su protección frente al Estado. La administración pública sería racionalizada y se combatirían la corrupción y el patronazgo. En política exterior, los socialistas prometían proseguir

con la integración de España en la Comunidad Europea y la celebración de un referéndum para decidir la permanencia en la OTAN¹.

El primer gobierno de Felipe González contribuyó enormemente a la consolidación de la democracia al enfrentar con eficacia las dos fuentes de desestabilización política más importantes el ejército y el terrorismo vasco. Las elecciones de 1982 habían tenido un carácter plebiscitario en favor del régimen democrático, y esto permitió al gobierno socialista llevar a cabo una política de apaciguamiento y firmeza con el ejército para reducir el potencial golpista y asegurar el control civil sobre las Fuerzas Armadas². El terrorismo etarra fue atacado a su vez con una estrategia que combinaba la devolución de poderes al gobierno regional, el aislamiento de ETA mediante el mejoramiento de las relaciones con los partidos nacionalistas, y una legislación anti-terrorista que reducía las garantías constitucionales de los sospechosos de terrorismo. Quizá más decisivo resultó ser la aparición de escuadrones de la muerte integrados por presuntos miembros de las fuerzas de seguridad del Estado, los Grupos Anti-terroristas de Liberación (GAL). Los GAL, junto a una mayor cooperación del gobierno francés, consiguieron desmantelar por algún tiempo el liderazgo terrorista vasco³.

El primer gobierno socialista fue además bastante activo en el desarrollo de la nueva normatividad orgánica al impulsar leyes como al Derecho a la Educación, de Reforma

¹ Bruce Young, "The 1982 Elections and the Democratic Transition in Spain", en David S. Bell (ed.), *Op.cit.*, pp. 137-144.

² Richard Gillespie, "Regime consolidation in Spain: party, state and society", en Geoffrey Pridham (ed.), *Securing democracy: political parties and democratic consolidation in Southern Europe*. London: Routledge, 1990. pp. 131-132.

³ Richard Gillespie, *Op. cit.*, pp. 424-425.

Universitaria, derechos y libertades de los extranjeros, asilo y refugiados, reunión, iniciativa popular y objeción de conciencia⁴. Los socialistas introdujeron también un importante paquete de legislación laboral que incluía la reducción de la semana laboral a 40 horas, la consolidación legal de los derechos sindicales y la compensación a los sindicatos por las propiedades tomadas bajo el franquismo, esta última de beneficio especial para la UGT⁵.

Se puede decir que el balance global de los primeros años del PSOE en el poder fue positivo si se toma en consideración su empeño en consolidar la democracia y modernizar al país. Mas la nueva postura en política exterior y la adopción de políticas económicas de mercado y políticas sociales conservadoras, todo ello en abierta contradicción con el programa de 1982, provocaron la decepción de los grupos de izquierda y de los sindicatos.

En 1981 el PSOE había condenado la decisión del gobierno centrista de solicitar el ingreso de España a la OTAN y prometió realizar un referéndum para determinar la permanencia en ese organismo. Tras un periodo de indecisión, la consulta fue llevada a cabo, pero no para abandonar la Alianza sino para continuar en ella. En 1985 el gobierno había llegado a la conclusión de que la participación en la OTAN reforzaba la seguridad nacional y la estabilidad política interna, ésta última a través del continuo contacto de las Fuerzas Armadas españolas con sus contrapartes de los países democráticos. Para vencer la abrumadora oposición que existía en contra de la propuesta, el gobierno de González prometió renegociar los términos de la membresía española⁶.

⁴ Ramón Cotarelo, *Op. cit.*, pp. 48-49.

⁵ Richard Gillespie, "The break-up of the Socialist...", pp. 50-51

⁶ La permanencia de España estaría condicionada al cumplimiento de tres requisitos: no incorporación a la estructura militar integrada de la OTAN, reducción de las bases y personal

y al mismo tiempo manejó la idea de que la permanencia en la Alianza era una condición para ingresar en la Comunidad Europea, pieza clave del proyecto modernizador de los socialistas. El giro en la cuestión de la OTAN reflejaba en gran medida el abandono de los principios de neutralismo, no alineación y apoyo a los movimientos independentistas del Tercer Mundo, y la adopción del atlantismo como línea directriz de la nueva política exterior socialista.

El Partido Socialista también había prometido mantener una modesta política expansionista orientada a crear 800.000 nuevos empleos. En el periodo de la transición democrática los gobiernos de la UCD habían carecido del apoyo parlamentario suficiente o de la coherencia interna para poner en práctica una reforma de la economía. Durante la campaña electoral de 1982 el PSOE había reconocido la necesidad de reestructurar la industria y de reducir el déficit, pero dejó en claro que la creación de empleos era su prioridad. La presencia de tecnócratas moderados en el gabinete de Felipe González impuso, sin embargo, una dirección distinta⁷. En lugar de implementar políticas económicas expansivas, el gobierno adoptó un estricto programa de ajuste y aseguró que estas medidas debían ir acompañadas de un programa de reformas estructurales para que el ajuste fuera efectivo. Estas reformas incluían la liberalización

norteamericano en España y la consideración del suelo español como territorio libre de armas nucleares. Benny Pollack y Graham Hunter. "The Spanish Socialist Workers' Party's foreign and defence policy: the external dimension of modernisation", en Tom Gallagher y Allan M. Williams, Southern European Socialism: Parties, elections and challenge of government, Manchester: Manchester University Press, 1989, pp. 99-105.

⁷ De acuerdo con algunos autores, el reciente fracaso económico de los socialistas franceses y el reflujo del keynesianismo debido a la estancamiento económico e inflación de los años setenta, obligaron al PSOE a replantearse lo idóneo de llevar a cabo una política expansiva o de restar importancia a las restricciones impuestas por la economía internacional. Carlos Rodríguez Braun, "De la agonía a la agonía", en Javier Tusell y Justino Sinova, Op. cit., pág. 54.

de los mercados financieros, la privatización de empresas públicas, la reconversión industrial, cambios en la seguridad social y en el sistema de pensiones, y disposiciones para flexibilizar el mercado de trabajo.

Las medidas más controvertidas tuvieron que ver con los empleos y el ingreso. El Ministerio de Industria había estimado que sólo en los sectores del acero y de la construcción naval se destruirían entre 30 y 50% de los puestos de trabajo⁸. En total, en el periodo 1983-1986 alrededor de 734,000 trabajadores españoles perdieron sus empleos, casi la misma cantidad que el PSOE había prometido en 1982⁹. Ciertamente se diseñaron algunos programas de apoyo a desempleados, pero nunca lograron cubrir el ritmo de los despidos. Por otra parte, para reducir la deuda del sector público el gobierno propuso la congelación salarial en este sector, un recorte a las pensiones y el incremento de los impuestos y las contribuciones de los trabajadores y empresarios al sistema de seguridad social.

Para resolver el creciente nivel de desempleo, que entre 1984 y 1986 superó el 20% de la población activa, el Ministerio de Trabajo impulsó la liberalización del mercado laboral permitiendo el uso de contratos temporales y empleos de tiempo parcial. En 1987 flexibilizó las leyes que tenían que ver con los despidos y otorgó reducciones en las contribuciones para la seguridad social a las empresas para reducir costos. En la segunda legislatura socialista el desempleo disminuyó, pero muchos de los nuevos trabajos eran de carácter precario.

⁸ Lynne Wozniak, "The Dissolution of Party-Union Relations in Spain". International Journal of Political Economy XXII, núm. 3, invierno 1992/93, pág. 80.

⁹ Donald Share, "Dilemmas of Social Democracy in the 1980s: The Spanish Socialist Party in Comparative Perspective". Comparative Political Studies XXI, núm. 3, octubre de 1988, pág. 417.

Los efectos del ajuste económico fueron vistos hasta 1987. En ese año la inflación cayó a menos del 7% y la tasa de crecimiento del PNB se colocó por arriba de la del resto de los países de la OECD, ésto último debido en gran medida al inicio de un ciclo ascendente de la economía internacional, el desplome de los precios del petróleo y los efectos de la ampliación del mercado con el ingreso a la Comunidad Europea. Los socialistas habían creado un clima propicio para la inversión nacional y extranjera a un costo considerable: el deterioro del nivel de vida de los trabajadores y un desempleo imbatible (cuadro 6).

Cuadro 6. La economía española, 1982-1989

	1982	1983	1984	1985	1986	1987	1988	1989
PNB	1.2	2.2	1.5	2.6	3.2	5.6	5.2	4.8
Inflación	14.4	12.1	11.3	8.8	8.8	5.2	4.8	6.8
Desempleo	16.3	17.7	20.6	21.9	21.5	20.6	19.5	17.0

Fuente: Datos del PNB: UN Yearbook, 1994. Datos de desempleo: INE. Encuesta de población activa. Datos de inflación: INE y Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.

El PSOE pudo llevar a cabo su plan de ajuste y el programa de reforma estructural argumentando que ambos eran necesarios para enfrentar los desafíos que el ingreso a la CE imponía sobre la poco competitiva economía española. Pero un factor decisivo fue sin duda la combinación de fuerzas que había surgido en las elecciones de 1982 y que redujo los costos políticos del cambio en las políticas económica y exterior.

Los resultados electorales de 1982 dieron al PSOE una posición bastante cómoda frente a una oposición fragmentada e incapaz de reducir el espacio electoral que la separaba del partido predominante. Tras la desintegración de la UCD, los diversos intentos para crear una opción atractiva de centro-derecha se vieron frustrados por divisiones políticas en la élite económica, antagonismos personales y la presencia de partidos nacionalistas que provocaban la dispersión del voto de centro¹⁰. Desde 1982 el competidor más importante de los socialistas fue la Alianza Popular, pero ésta tenía una desventaja en la figura de Manuel Fraga, quien para muchos representaba un pasado demasiado reciente. Esta percepción impedía que AP pudiera moverse hacia el centro para captar un mayor número de votos¹¹. La salida de Fraga de la dirección aliancista en diciembre de 1986 no mejoró esta situación. En ese año el peso parlamentario de AP se redujo, pues sus compañeros de viaje --el Partido Demócrata Popular y el Partido Liberal-- abandonaron la coalición para crear sus propios subgrupos parlamentarios.

El Centro Democrático y Social de Adolfo Suárez pronto ocupó un lugar importante en el centro al ganar 9.2% del voto en las elecciones de 1986, pero su ascenso fue tan meteórico como su caída debido a sus diferencias internas y al rechazo de una buena parte de empresarios y militares. El colapso electoral del PCE y su fragmentación posterior significaba que, por lo menos hasta su reconstrucción, no habría una alternativa viable para la izquierda desencantada¹².

¹⁰ Fernando Jáuregui, La derecha después de Fraga, Madrid: El País, 1987, pp. 20-21

¹¹ Ramón Cotarelo, Op. cit., pág. 141. Este hecho fue aún más evidente en las elecciones generales de 1986. Aunque el PSOE perdió cerca de 1.2 millones de votos, AP fue incapaz de atraer esos votantes o incluso de conservar su nivel de votación: en ese año la Alianza perdió 300.000 de los votos que había conseguido en 1982

¹² Donald Share, "Dilemmas of Social Democracy...", pág. 424

Asimismo, los líderes socialistas fueron capaces de impulsar el giro en su política gracias al férreo control que mantenían sobre el PSOE. Estos difícilmente habrían seguido la ortodoxia económica con tanto celo de haber existido algún tipo de amenaza a la unidad del partido¹³. La disciplina interna se había conseguido usando una combinación de sanciones y expulsiones a los críticos y promesas de carreras políticas para los socialistas de reciente ingreso que se plegaron al nuevo rumbo felipista. En todo caso, una consecuencia negativa del control del partido fue la pérdida de la democracia en su interior.

En este contexto de falta de democracia interna y un liderazgo poco dispuesto a la crítica, la UGT aparecía como un instrumento para expresar el descontento y como fuente de oposición potencial a las medidas económicas en vista de su peso numérico y su ascendencia en el movimiento socialista --la Federación catalana y las Juventudes Socialistas habían intentado enfrentar a la dirección en algunos diferendos, pero carecían de poder real y terminaron por abandonar sus críticas cuando sintieron la presión del partido. La cuestión era si los dirigentes ugetistas estaban dispuestos a desempeñar este papel.

Partido-sindicato: de la desavenencia a la ruptura

¹³ Varios de los socialistas que en 1979 se habían opuesto a la propuesta de Felipe González para retirar el término marxista integraron una corriente a la que llamaron Izquierda Socialista. Sin embargo, la falta de recursos, la prohibición explícita a crear tendencias, y el control que Felipe González y Alfonso Guerra tenían sobre los principales órganos del partido, impidieron que aquella tuviera alguna influencia.

El cambio en la actitud de la UGT ha sido caracterizado como un intento por recuperar el proyecto socialdemócrata que el partido había abandonado en el poder, en esta empresa el sindicato serviría como el flagelo justiciero en contra de Felipe González, el malévolo maquinador que había infectado al partido de un atroz liberalismo¹⁴. La nueva actitud respondió en realidad a consideraciones más prácticas: el creciente desempleo y el reconocimiento de que existía otra alternativa sindical importante hicieron ver a los líderes del sindicato socialista el peligro de continuar apoyando al gobierno de González¹⁵.

En esta evolución pueden identificarse dos etapas entre 1982 y mediados de 1985 la relación estuvo marcada por la concertación y el reconocimiento de que las medidas de ajuste eran dolorosas, pero necesarias para que la economía española pudiera competir en el contexto comunitario. Fue a partir de 1985 cuando la relación con el partido comenzó a deteriorarse, llegando a la ruptura en diciembre de 1988 con la huelga general convocada conjuntamente por la UGT y CCOO en contra de la política social y económica del gobierno.

En 1982 la debacle comunista dejó al PSOE virtualmente como el único partido representante de los trabajadores españoles¹⁶. La UGT, por su parte, recibió la victoria electoral como un triunfo propio. A pesar de esto, su liderazgo optó por permanecer fuera de las

¹⁴ Manuel Zaguirre, "Una aproximación, cautelosa y apasionada, al significado y alcance del 14-D", en Bernhard Hagemayer (ed.), *España. Balance 1988-1989*. Madrid: Unión Editorial/Konrad-Adenauer Stiftung, 1989, pág. 122.

¹⁵ Richard Gillespie, *Op. cit.*, pág. 428-429.

¹⁶ En 1982 las Comisiones Obreras recomendaron abiertamente a sus afiliados que votaran por el PSOE. En realidad, desde 1977 un número sustancial de miembros de CCOO apoyaba electoralmente a este partido a pesar de los diversos llamados de la dirigencia de Comisiones para que votaran por los candidatos comunistas.

responsabilidades de gobierno para no crear "la confusión de que parezca que es la UGT la que está gobernando"¹⁷. Con esta negativa la Unión General quería evitar que se repitiera la temida imagen de los sindicalistas controlando posiciones de poder como había sucedido en los años treinta. En todo caso, la central sindical socialista confiaba en que el partido la tomaría en cuenta a la hora de diseñar su política económica y social.

Cuando el gobierno hizo público su programa de reformas estructurales anunció que negociaría los detalles de estas medidas con los sindicatos, pero también adelantó que si no se lograba un acuerdo proseguiría con su política utilizando decretos gubernamentales. En los dos primeros años de gobierno, el PSOE llevó a cabo su programa de reconversión industrial con la aprobación única del sindicato socialista y la resistencia de CCOO. En estos años la UGT también apoyó una política de concertación con la patronal y el gobierno, cuyos principales logros fueron la firma del Acuerdo Interconfederal en febrero de 1983 y el Acuerdo Económico y Social en octubre de 1984. Estos pactos estipulaban la contención salarial por debajo de las estimaciones inflacionarias e introducían exenciones fiscales y rebajas a las contribuciones patronales para la seguridad social con el objetivo de fomentar la inversión. Se ofrecía a cambio la creación de un fondo de solidaridad, mayores beneficios para desempleados y medidas dirigidas a reforzar la participación institucional de los sindicatos. Varias de estas compensaciones nunca se cumplieron,

¹⁷ Citado en Enric Company, *Op. cit.*, pág. 103.

generando en la UGT un sentimiento de desconfianza hacia los nuevos intentos por continuar con la concertación social¹⁸.

Los efectos más agudos del plan de ajuste y del programa de reconversión se sintieron en 1985; en consecuencia, la UGT empezó a exigir mayores contrapartidas para los trabajadores y a cuestionar la orientación de una política económica que no distribuía equitativamente los sacrificios y que, por el contrario, permitía beneficios espectaculares a empresarios y bancos. El distanciamiento frente al partido quedó de manifiesto en mayo de ese año con el debate de la ley de pensiones¹⁹. Esta ley, que suponía un ahorro de 150.000 nuevas pensiones al erario en un periodo de tres años, enfrentó la oposición de CCOO, ELA/STV y CNT quienes convocaron a una huelga general de 24 horas. La UGT no secundó la huelga, pero Nicolás Redondo rompió la disciplina del partido al votar en contra de la ley en las Cortes. Poco después Redondo renunciaba a su escaño.

La UGT reconoció que seguir asumiendo los costos de la auto-limitación salarial, sobre todo cuando las compensaciones no sólo no se cumplían sino que eran rechazadas por el gobierno y los empresarios, podía poner en peligro su propia legitimidad como representante de los intereses obreros²⁰. La constante desafiliación que afectó a la central socialista y su triunfo

¹⁸ Los esfuerzos para la creación de empleos no tuvieron buenos resultados. mientras que la proporción de españoles con cobertura de desempleo estaba muy por debajo del objetivo del 48% previsto en el Acuerdo Económico y Social. Richard Gillespie, "The break-up of the Socialist ...", pág. 52

¹⁹ Ya en diciembre de 1984, en el XXX Congreso del PSOE, Nicolás Redondo había criticado a los tecnócratas por basar su estrategia en el saneamiento de la economía sin tener en cuenta los costos sociales. Enric Company, *Op. cit.*, pág. 115.

²⁰ Luis Enrique Alonso, "Conflicto laboral y cambio social. Una aproximación al caso español", en Faustino Migúelez y Carlos Prieto (eds), *Op. cit.*, Madrid: Siglo XXI, 1990, pág. 409.

relativo en las elecciones sindicales de 1986 parecieron materializar esta amenaza. Es difícil determinar si la política de concertación produjo la crisis afiliativa de la UGT o si ésta es más bien un problema que se extiende a todas las organizaciones sindicales españolas. Lo cierto es que para la UGT resultó alarmante el descenso en su número de miembros: mientras que en 1978 podía presumir de representar a 1.5 millones de trabajadores, en 1988 el número se había reducido a 600,000²¹.

Los resultados de las elecciones sindicales tuvieron un efecto más inmediato en la elaboración de una nueva línea política. En las elecciones de 1982 la Unión General había logrado romper el predominio sindical de CCOO al superar a esta central por tres puntos porcentuales (cuadro 5). En 1986 la central socialista consolidó su posición al obtener 40.19% de los votos, cerca de seis puntos por arriba de CCOO. Sin embargo, aunque la UGT había ganado en sectores golpeados por la reconversión industrial, no pudo mantener su control sobre algunas empresas públicas, las cuales fueron ganadas por los candidatos de Comisiones²².

La dirigencia ugetista interpretó los resultados electorales como un voto de castigo por su apoyo a un gobierno que demandaba demasiados sacrificios a los trabajadores, pero que no estaba dispuesto a negociar un mayor número de contrapartidas y mucho menos a aligerar su programa²³. Si la UGT no reflejaba la opinión de los trabajadores, entonces quienes se

²¹ Faustino Miguélez, "Las organizaciones sindicales", en Faustino Miguélez y Carlos Prieto (eds.), *Op. cit.*, pp. 216-217.

²² Richard Gillespie, "The Break-up of the Socialist...", pág. 58.

²³ Dos ejemplos pueden servir a manera de ilustración. A pesar de que España tuvo desde 1987 la tasa de crecimiento más elevada de la Comunidad Europea, las prioridades continuaron siendo las mismas: reducir la inflación y controlar el déficit. En 1988 el ministro de Economía presionó a los patrones para que

beneficiarían serían las Comisiones Obreras. Lo irónico era que para dar una respuesta efectiva al gobierno, la UGT tenía que llegar a un acuerdo de cooperación con CCOO.

La relación entre las dos centrales había estado polarizada por su posición frente a la reconversión industrial y la política de ajuste. Además, el derrumbe electoral del PCE había dejado a Comisiones Obreras como el único medio a través del cual los comunistas podían ejercer cierta influencia sobre el gobierno del PSOE²⁴. En 1987 varias de las circunstancias que habían impedido un acuerdo entre las dos grandes centrales habían desaparecido. El PCE pareció encontrar la forma para detener su desplome electoral con la creación de Izquierda Unida (IU). Con esta coalición plural el PCE pudo remontar sus recientes fracasos sin tener que usar para estos efectos a CCOO. La actitud de esta última también había sufrido un cambio importante con la elección de un nuevo dirigente, más flexible y menos atado a las nociones de lucha de clases que su predecesor.

Igualmente importante fue la convergencia que se dio en las actitudes de las bases sindicales y que terminó por presionar a las direcciones para llegar a acuerdos. Este proceso se inició a mediados de los años ochenta alrededor de un movimiento de representantes sindicales que amenazó con rebasar a sus dirigencias nacionales encabezando directamente sus acciones

no ofrecieran un aumento salarial por arriba del 4%, mientras que al mismo tiempo presumía que España era el país europeo donde uno podía enriquecerse más rápidamente. En ese mismo año se registró un importante excedente generado por las contribuciones a la seguridad social y la recaudación fiscal. En lugar de asignarlo al gasto social, como lo demandaba la UGT, fue usado para reducir el déficit dos puntos por debajo de la media comunitaria. *Ibidem*, pág. 53.

²⁴ Richard Gillespie, "Regime consolidation in Spain...", pág. 133.

contra los planes gubernamentales de reconversión. En 1987 la cooperación que había surgido entre los líderes de empresa afiliados a sindicatos diferentes se extendió a las dirigencias²⁵.

A principios de 1988, con un trasfondo de movilización social en aumento, la UGT y CCOO lograron acordar un plan de acción conjunta y su estrategia de oposición a la política social y económica del gobierno de Felipe González. Esta se basaría en el pago de la deuda social, es decir, el pago de todas aquellas compensaciones ofrecidas desde las instancias gubernativas para sacar adelante el programa de ajuste y que nunca se habían cumplido. A lo largo de 1988 los sindicatos llevaron a cabo una serie de movilizaciones que tuvieron como puntos centrales de disputa la creciente flexibilidad en el mercado de trabajo (en 1987 sólo 5% de los nuevos contratos eran de tiempo indefinido) y el incumplimiento de las promesas del gobierno de extender las prestaciones por desempleo, las cuales cubrían a menos del 30% de los desocupados. Estas protestas tuvieron su culminación en la huelga general del 14 de diciembre.

El detonante de la huelga general fue la presentación del Plan de Empleo Juvenil como la principal iniciativa social del PSOE para 1989. El plan preveía la creación de 800,000 trabajos temporales en un periodo de tres años y fue visto por los sindicatos como otro esfuerzo para hacer más flexible y precario el mercado de trabajo. Para conseguir un apoyo más amplio, las centrales incluyeron entre sus demandas las reivindicaciones de grupos sociales no sindicalizados: aumento del seguro de desempleo hasta cubrir al menos al 48% de los parados, recuperación del poder adquisitivo de salarios y pensiones afectados por las malas previsiones de inflación hechas

²⁵ Lynne Wozniak, *Art. cit.*, pp. 83-84.

para 1988; equiparación de las pensiones al salario mínimo interprofesional, reconocimiento del derecho de negociación colectiva para los funcionarios, y el retiro del Plan de Empleo Juvenil²⁶.

La huelga general fue un éxito para las organizaciones sindicales por su alto grado de seguimiento, pero no consiguió modificar del todo la postura del gobierno socialista. Tras la huelga, el gobierno emprendió negociaciones con los sindicatos accediendo a retirar la propuesta del Plan de Empleo Juvenil y a elevar mínimamente el gasto social.

A pesar del apoyo popular que los huelguistas habían congregado a su alrededor, el gobierno resistió las presiones sindicales consiguiendo en febrero de 1989 el apoyo parlamentario del Partido Popular (PP) en contra de las demandas de la UGT y CCOO. Seis meses después de la huelga general el PSOE recuperaba la confianza al vencer en las elecciones europeas con una leve mejoría en su votación, hecho que se refrendó en octubre al ganar su tercera mayoría consecutiva en las Cortes (cuadro 7).

Cuadro 7. Resultados electorales, 1986-1989

	1986 Elecciones generales	1987 Elecciones europeas	1987 Elecciones municipales	1989 Elecciones europeas	1989 Elecciones generales
PSOE	43.4	39.1	37	40.2	39.55
AP/PP	26.0	24.6	20	21.7	25.83
IU	4.6	5.2	7	6.4	9.05

Fuente: Resultados de elecciones generales, *El País*, 31 de octubre de 1989. Resultados de elecciones municipales y europeas *Keessing's Record of World Events*, 1987, 1989.

²⁶ Manuel Zaguirre, *Art. cit.*, pp. 118.

En las elecciones generales de 1989 el PSOE había perdido 800.000 de los votos obtenidos en 1986, mismos que fueron a parar a Izquierda Unida quien pareció recoger los frutos de la política de enfrentamiento de los sindicatos. De cualquier forma, los socialistas siguieron beneficiándose de la incapacidad de la derecha para superar su techo electoral del 26%.

La huelga general representó un punto de ruptura en la relación partido-sindicato. La UGT, sin una estrategia realmente clara, se movió entre un reforzamiento de la unidad de acción con Comisiones Obreras y un acercamiento con el PP e IU para presionar al Gobierno socialista. Este, reforzado por los resultados electorales y por un buen desempeño de la economía, intentó firmar acuerdos con sindicatos afines y, muy significativamente, desempolvó su proyecto de apertura a las clases medias. En el XXXII Congreso de noviembre de 1990, el Partido Socialista declaró su autonomía respecto a cualquier clase social y anunció su disposición a abandonar su autodefinición como partido de obreros, aunque mantendría las siglas P.S.O.E.²⁷ Esta decisión dejaba el camino libre a los líderes socialistas para buscar la ampliación de sus bases sociales en una etapa del socialismo en que el partido había dejado de representar exclusivamente a los trabajadores.

²⁷ Para subrayar el cambio se reformaron los estatutos del PSOE retirando la obligación de que sus miembros pertenecieran a la UGT y estipulando que, si lo hacían, tenían que defender ante todo la línea del partido (aunque esto significara una colisión con la UGT). Richard Gillespie, "Programa 2000: the Appearance and Reality of Socialist Renewal in Spain", West European Politics XVI, núm. 1, enero 1993, pág. 90.

Conclusiones

Cuando en la campaña electoral británica de 1997 Tony Blair fue cuestionado sobre el papel de los sindicatos en un futuro gobierno laborista, su respuesta fue un contundente "no volverán a ser consultados". Ningún otro comentario expresa con mayor lucidez la fractura que ha surgido entre los partidos y los sindicatos socialistas de Europa Occidental en los últimos años

Dos hechos ayudan a explicar este fenómeno. Por un lado, en la medida en que los partidos socialistas aceptan la competencia electoral como medio para alcanzar el poder, tienden a agregar los intereses de diversos grupos sociales, pero con esta acción pierden su carácter histórico como partidos obreros estrechamente ligados a los sindicatos. Por otro lado, los gobiernos socialistas, al afirmar que representan los intereses nacionales y sometidos a múltiples constreñimientos domésticos e internacionales, llevan a cabo políticas que resultan adversas para los sindicatos. Esto genera tensiones entre ambos organismos, las cuales desembocan en ocasiones en el debilitamiento del gobierno. En este sentido, parece ser una norma que cuando el partido está en la oposición sus vínculos con el sindicato son relativamente armoniosos, pero cuando se encuentra en el gobierno --y en especial si debe enfrentar problemas económicos-- los lazos se debilitan.

La experiencia del PSOE y de la UGT no es ajena a estos procesos. Desde finales de los años cincuenta una nueva generación de socialistas, en su mayoría individuos de clase media organizados al margen de las siglas PSOE-UGT, había venido subrayando la necesidad de replantear el perfil del socialismo ante la realidad social que estaba surgiendo con el proceso

industrializador. Los nuevos socialistas vislumbraban un futuro en el cual el socialismo representaría los intereses de sectores más amplios y no sólo los de la clase obrera. En consecuencia pronto cuestionaron la relación que existía entre el partido y el sindicato, defendiendo su lugar un modelo de sindicato unitario, políticamente autónomo, pero en buenos términos con el Partido Socialista.

Estos socialistas fueron incapaces de introducir en el PSOE sus puntos de vista debido al férreo control del exilio y la renuencia de muchos militantes a modificar la esencia del partido. Por lo mismo resulta interesante encontrar que algunas de sus propuestas coincidieron con el proyecto de partido defendido por el grupo de socialistas congregado en torno a Felipe Gonzalez.

A finales de los años sesenta el PSOE y la UGT radicalizaron su postura como consecuencia de la lucha interna por el poder y la amenaza de ser desplazados por el Partido Comunista y las Comisiones Obreras. Pero el radicalismo fue pasajero: cuando los socialistas descubrieron que gran parte de la sociedad española estaba en contra de cualquier iniciativa violenta que pusiera en peligro su seguridad económica y que los herederos de Franco poseían los recursos para controlar la transición a la democracia, decidieron hacer un cambio en su estrategia de *ruptura democrática*. La transición sería un proceso y no un momento en el que las fuerzas democráticas fueran llamadas a recoger el poder. La nueva estrategia reconocía que el socialismo se encontraba frente a un reto importante: debía ajustar su postura, planteamientos y programas a la nueva realidad social que había surgido en España en las últimas dos décadas. Este reto adaptativo pasaba por la integración de las clases medias al partido.

En 1979 Felipe González se enfrascó en una lucha para retirar las referencias marxistas del programa del PSOE argumentando que su permanencia obstaculizaba la ampliación de su base social y, por consiguiente, limitaba las posibilidades de los socialistas para acceder al poder. Del Congreso Extraordinario celebrado en ese año, el PSOE surgió como un partido popular (*catch-all party*) que defendía la formación de un *bloque de clases* integrado por los trabajadores y todos los sectores sociales --pequeños capitalistas incluidos-- dispuestos a crear la sociedad socialista del futuro. La agregación de intereses no vinculados exclusivamente a los trabajadores implicaba la modificación en los términos de la relación con la UGT. Sin embargo, una cuestión que quedó pendiente fue una definición del papel del sindicato en el nuevo proyecto socialista que fuera más allá de su simple subordinación política. La falta de atención a este problema habría de provocar la división del movimiento socialista poco tiempo después.

En 1944 la UGT había renunciado a su actuación política y confiado su representación al PSOE, con lo cual regresaba al modelo de subordinación que había prevalecido en el socialismo español anterior a los años veinte. Durante la transición a la democracia el modelo permaneció sin demasiadas alteraciones debido a dos hechos: el reforzamiento del PSOE como resultado de la importancia de los pactos entre partidos y el impacto que la crisis económica tuvo sobre un sindicato débil en su implantación e infraestructura. Tras el triunfo electoral del PSOE tampoco hubo una modificación importante. Desde un principio el gobierno socialista evitó ser "rehén de un sindicato amistoso"; por tanto, rechazó participar activamente en la concertación social, pues creía que ésta limitaría su libertad de acción (sólo estuvo presente en el Acuerdo Nacional de Empleo aunque no cumplió muchas de sus promesas). De cualquier forma, no puede pasarse por

alto que la primer administración de Felipe González fue bastante activa en el desarrollo de una legislación laboral que permitió la consolidación de los sindicatos (en las administraciones siguientes se encargaría de dismantelar algunos de estos derechos). En contrapartida, la UGT apoyó la firma de pactos de contención salarial y accedió a flexibilizar el mercado de trabajo, afirmando que con ésto contribuía a la recuperación de la economía y la creación de empleos

El modelo de subordinación entró en crisis a mediados de los años ochenta por los efectos negativos que la política de ajuste tuvo sobre la Unión General y que se tradujeron en una creciente desafiliación y en un retroceso electoral frente a las Comisiones Obreras. Ante la UGT apareció entonces un dilema importante: estaba desilusionada de su aliado político, pero no veía alternativas (dentro y fuera del partido) que sirvieran como contrapeso a la política impuesta desde el gobierno. Su respuesta fue la adopción de una estrategia de enfrentamiento que ocasionó fisuras entre ambas organizaciones.

La alguna vez estrecha relación entre el partido y el sindicato se disolvió en medio de recriminaciones mutuas. Entre el 14 de diciembre de 1988 y el 3 de marzo de 1996, fecha en que el PSOE perdió las elecciones generales, la UGT colaboró en la organización de otras tres huelgas generales en contra de la política económica y social del gobierno de Felipe González, y al mismo tiempo dejaba de participar activamente en la movilización del voto de los trabajadores en favor del PSOE (Izquierda Unida no pudo capitalizar esta situación y sólo incrementó su votación de 9.0 a 10.6% en 1989 y 1996, respectivamente). El partido, por su parte, intentó controlar el aparato del sindicato debilitando su dirección o buscando substitutos. Cuando comprobó lo inútil que ésto resultaba, decidió desempolvar su proyecto de apertura a las clases medias: en 1990 el

PSOE declaraba su autonomía respecto a cualquier clase social y anunciaba su disposición a abandonar su definición como partido de obreros. Como bien lo señalara el líder del nuevo laborismo británico, la etapa en que los sindicatos eran consultados se había quedado en el pasado.

ANEXO. Distribución de votos y escaños por partidos en elecciones generales y elecciones europeas

Resultados de elecciones generales, 1977, 1979 y 1982

	1977		1979		1982	
	%	Escaños	%	Escaños	%	Escaños
UCD	34.8	165	35.5	167	6.7	11
PSOE	29.4	118	30.8	121	48.4	202
PCE	9.3	20	10.9	23	4.1	4
AP	8.4	16	5.8	9	26.5	107
PSP	4.5	4	--	--	--	--
CiU	3.7	11	2.7	9	3.7	12
PNV	1.7	8	1.6	7	1.8	8
CDS	--	--	--	--	2.8	2
PSA	--	--	1.9	5	--	--
EE	--	--	0.5	1	--	1
HB	--	--	1.0	3	--	2
UN	0.6	--	2.2	1	--	--
Diversos Partidos de extrema izquierda	3.1	--	3.1	--	--	--
Otros Partidos Regionalistas	--	--	2.2	4	--	--
Otros	4.5	8	1.8	--	--	1
Total		350		350		350

Siglas: UCD Unión de Centro Democrático, PSOE Partido Socialista Obrero Español, PCE Partido Comunista de España, AP Alianza Popular, PSP Partido Socialista Popular, CIU Convergència i Unió, PNV Partido Nacionalista Vasco, CDS Centro Democrático y Social, PSA Partido Socialista de Andalucía, EE Euzkadiko Ezkerra, HB Herri Batasuna, UN Unión Nacional (extrema derecha)

Fuentes: Datos de 1977 y 1979, José Ma Maravall, *La política de la transición*, pág. 58. Datos de 1982, H. R. Penniman y F. M. Mujal-León, *Spain at the polls, 1977, 1979 and 1982*

Resultados de elecciones generales, 1986 y 1989.

	1986		1989	
	%	Escaños	%	Escaños
PSOE	43.44	184	39.55	175
AP/PP	26.00	105	25.38	107
IU	4.61	7	9.05	17
CDS	9.23	19	7.91	14
CiU	5.02	18	5.04	18
PNV	1.53	6	1.24	5
HB	1.15	5	1.06	4
Otros	9.02	6	10.32	10
Total	100	350	100	350

Siglas: PSOE: Partido Socialista Obrero Español, AP: Alianza Popular (en diciembre de 1989 cambió su nombre a Partido Popular), IU: Izquierda Unida, CDS: Centro Democrático y Social, CIU: Convergència i Unió, PNV: Partido Nacionalista Vasco, HB: Herri Batasuna.
Fuente: El País, 31 de octubre de 1989.

Resultados de las elecciones para el Parlamento Europeo, 1987 y 1989.

	1986 *	1987		1989	
	Escaños	%	Escaños	%	Escaños
PSOE	36	39.1	28	40.2	27
PP	17	24.6	17	21.7	15
CDS	--	10.3	7	7.2	5
IU	--	5.2	3	6.4	4
CiU	2	4.4	3	4.3	2
HB	--	1.9	1	1.7	1
Otros	5	14.5	--	18.5	6
Total	60	100	60	100	60

* Los escaños fueron asignados de acuerdo a la representación en el Congreso.
Siglas: PSOE: Partido Socialista Obrero Español, PP: Partido Popular, CDS: Centro Democrático y Social, IU: Izquierda Unida, CIU: Convergència i Unió, HB: Herri Batasuna

Fuente: Keesing's Record of World Events, 1989, 1991.

BIBLIOGRAFIA

- Accornero, Aris y Nino Magna, "El trabajo después de la clase obrera", Revista Española de Investigaciones Sociológicas, núm. 38, abril-junio 1987, pp. 75-93.
- Almendros Morcillo, Fernando, et al., El sindicalismo de clase en España, 1939-1977. Barcelona Península, 1978, 278pp.
- Alonso, Luis Enrique, "Conflicto laboral y cambio social. Una aproximación al caso español", en Faustino Miguélez y Carlos Prieto (eds.), Relaciones laborales en España. Madrid: Siglo XXI, 1990, pp. 403-423.
- Alquézar, Ramón y Josep Termes, Historia del socialismo español, 1909-1931. Barcelona: Conjunto Editorial S. A., 1989, 319pp.
- Bartolini, Stefano, "La afiliación en los partidos de masas: la experiencia socialista democrática (1889-1978)", Revista de Estudios Políticos núm. 15, mayo-junio 1980, pp. 23-78.
- Berger, Suzanne (coord.), Organizing interests in Western Europe: Pluralism, Corporatism and the transformation of politics. New York: Cambridge University Press, 1981, 426pp.
- Bilbao, Andrés, "Trabajadores, gestión económica y crisis sindical", en Faustino Miguélez y Carlos Prieto (eds.), Relaciones laborales en España, Madrid: Siglo XXI, 1990, pp. 251-267.
- Braunthal, Gerard, The German Social Democrats since 1969: A Party in Power and Opposition. Boulder, CO: Westview Press, 1994, 402pp.
- Buse, Michael, "El sistema de partidos en España", Revista de Occidente núm. 54, noviembre 1985, pp. 95-112.
- Cameron, David, "Social Democracy, Corporatism and Labour Quiescence: the Representation of Economic Interest in Advanced Capitalist Society", en John H. Goldthorpe (ed.), Order and Conflict in Contemporary Capitalism. Oxford: Clarendon Press, 1988, pp. 143-178.
- Carr, Raymond y Juan Pablo Fusi, Spain: From Dictatorship to Democracy. London: George Allen and Unwin, 1979, 282pp.
- Castillo, Santiago, Historia del socialismo español, 1870-1909. Barcelona: Conjunto Editorial S. A., 1989, 357pp.

- Cole, G D H., Historia del pensamiento socialista. La Segunda Internacional (1889-1914), México: FCE, 1959, vol 3, 476pp.
- , Historia del pensamiento socialista, México: FCE, 1974, vol 4, 449pp.
- Company, Enric, Historia del socialismo español, 1977-1988, Barcelona: Conjunto Editorial S.A., 1989, 250pp.
- Cooper, Norman, "La Iglesia: de la 'Cruzada' al Cristianismo", en Paul Preston(ed.), España en crisis: la evolución y decadencia del régimen de Franco, Madrid: FCE, 1977, pp. 93-146.
- Díaz Varela, Mar y Mariano Guindal, A la sombra del poder, Barcelona: Tibidabo, 1990, 342pp.
- Dittrich, Karl, "Testing the Catch-all Thesis: Some Difficulties and Possibilities", en Hans Daalder y Peter Mair (eds.), Western European Party Systems: Continuity and Change, California: SAGE, 1983, pp. 257-266.
- Dorado, Roberto e Ignacio Varela, "Estrategias políticas durante la Transición", en José F. Tezanos, Ramón Cotarelo (eds.), La transición política española, Madrid: Editorial Sistema, 1989, pp. 251-274.
- Espina, Alvaro, "Los sindicatos y la democracia", Leviatán núm. 41, otoño 1990, pp. 25-39.
- Estivill, Jordi y Josep M. de la Hoz, "Transition and Crisis: The Complexity of Spanish Industrial Relations", en Colin Crouch y Guido Baglioni (eds.), European Industrial Relations: The Challenge of Flexibility, Newbury Park, CA: Sage, 1990, pp. 265-299.
- Fishman, Robert, "The Labour Movement in Spain: from Authoritarianism to Democracy", Comparative Politics XIV, núm.3, 1982, pp. 281-305.
- , "El movimiento obrero en la transición: objetivos políticos y organizativos", Revista Española de Investigaciones Sociológicas, núm. 26, 1984, pp. 61-112.
- Fontana, Joseph y Jordi Nadal, "Spain, 1914-1970", en Carlo Cipolla (ed.), Contemporary Economies. The Fontana Economic History of Europe vol. 6, Sussex: Harvester Press, 1977, pp. 460-529.
- Gillespie, Richard, The Spanish Socialist Party: A History of Factionalism, Oxford: Clarendon Press, 1989, 435 pp.
- , "Spanish Socialism in the 1980s", en Tom Gallagher y Allan Williams (eds.), Southern European Socialism: Parties, Elections and Challenges of Government, Manchester: Manchester University Press, 1989, pp. 59-85.

- , "The Break-up of the 'Socialist Family': Party-Union relation in Spain, 1982-1989". West European Politics XIII, núm. 1, enero 1990, pp. 47-62.
- , "Regime Consolidation in Spain: Party, State, and Society", en Geoffrey Pridham (ed.), Securing Democracy: Political Parties and Democratic Consolidation in Southern Europe. London: Routledge, 1990, pp. 126-146.
- , "Programa 2000: The Appearance and Reality of Socialist Renewal in Spain". West European Politics XVI, núm 1, enero 1993, pp. 79-96.
- Guerra, Alfonso, "La renovación del proyecto socialista", Leviatán núm. 45, otoño 1991, pp. 51-61.
- Guerrero, Fernando, El sindicato en la España de hoy, Madrid: BAC, 1978, 189pp
- Guinea, José Luis, Los movimientos obreros y sindicales en España de 1833 a 1978, Madrid: Ibérico Europea, 1978, 357pp.
- Gunther, Richard, "The Spanish Socialist Party: From Clandestine Opposition to Party of Government", en Stanley Payne (ed.), The Politics of Democratic Spain, Chicago: Chicago Council on Foreign Relations, 1987, pp. 3-38.
- , "Spain: the very model of the modern elite settlement" en J. Higley y Richard Gunther (eds.), Elites and Democratic Consolidation in Latin America and Southern Europe. Cambridge: Cambridge University Press, 1992, pp. 38-80.
- Gunther, Richard, Giacomo Sani y Goldie Shabad, Spain after Franco: The Making of a Competitive Party System, Berkeley, CA: University of California, 1988, 509pp
- Juliá, Santos, La izquierda del PSOE (1935-1936), Madrid: Siglo XXI, 1977, 328pp.
- , "Continuidad y ruptura en el socialismo español del siglo XX", Leviatán núm. 17, otoño 1984, pp. 121-130
- , Historia del socialismo español, 1931-1939, Barcelona: Conjunto Editorial S.A., 1989, 372pp.
- Kirchheimer, Otto, "The Transformation of the Western European Party Systems", in Joseph La Palombara y Myron Weiner (eds.), Political Parties and Political Development, Princeton, NJ: Princeton University Press, 1966, pp. 177-200

- Kohler, Beate, Political Forces in Spain, Greece and Portugal, London Butler & Tanner, 1982, pp. 3-91.
- Linz, Juan J., "La sociedad española presente, pasado y futuro", en Juan J. Linz, (ed.), España: un presente para el futuro, Madrid Instituto de Estudios Económicos, 1984, pp. 57-95.
- López Guerra, Luis, "Partidos políticos en España. Evolución y perspectivas", en Eduardo García de Enterría (ed.), España: un presente para el futuro II. Las instituciones, Madrid: Instituto de Estudios Económicos, 1984, pp. 121-143.
- López Pintor, Rafael, Transition toward Democracy in Spain: Opinion Mood and Elite Behavior, Washington: Latin American Program, Wilson Center, Working papers, 80, [s f], 26pp.
- Lovelace, Ricardo, "La crisis en el PCE: manifestación de un proyecto inviable", Leviatán, núm. 7, 1982, pp. 45-50.
- Madrazo Bolívar, José Ignacio, La transición política en España, 1975-1982, (tesis de licenciatura), El Colegio de México, 1990, 120 hojas.
- Malefakis, Edward, "A Comparative Analysis of Workers Movements in Spain and Italy", en Richard Gunther (ed.), Politics, Society and Democracy. The Case of Spain, Boulder, CO: Westview Press, 1993, pp. 57-69.
- Maravall, José María, Dictatorship and Political Dissent: Workers and Students in Franco's Spain, London: Tavistock, 1978, 199pp.
- , La política de la transición, 1975-1980, Madrid: Taurus, 1981, 277pp.
- , "The Socialist Alternative: the Policies and Electorate of the PSOE", en H. R. Penniman y Eusebio M. Mujal-Leon (eds.), Spain at the polls, 1977, 1979 and 1982, Durham, N.C.: Duke University Press, 1985, pp. 129-159.
- , "From Opposition to Government: the Politics and Policies of the PSOE", en José M. Maravall et al., Socialist Parties in Europe, Barcelona: Institut de Ciències Polítiques i Socials, 1991, pp. 7-34.
- Maravall, José M. y Julián Santamaría, "Political Change in Spain and the Prospects for Democracy", en Guillermo O'Donnell, Philippe Schmitter y Laurence Whitehead (eds.), Transitions from Authoritarian Rule: Southern Europe, Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1986, pp. 71-108.

- Markovits, Andrei**, La política de los sindicatos en Alemania Occidental, estrategias de clase y representación de intereses durante el crecimiento y la crisis, Madrid Ministerio del Trabajo y Seguridad Social, 1988, 720pp
- Markovits, Andrei y Christopher Allen**, "Power and Dissent: The Trade Unions in the Federal Republic of Germany", West European Politics III, núm. 1, enero 1980, pp 68-86
- Martín Ramos, José Luis**, Historia del socialismo español, 1939-1977, Barcelona Conjunto Editorial S. A., 1989, 362pp
- Martínez, Robert E.**, "The Business Sector and Political Change in Spain: Apertura, Reforma, and Democratic Consolidation", en Richard Gunther (ed.), Politics, Society and Democracy. The Case of Spain, Boulder, CO Westview Press, 1993, pp 113-139
- Martínez Alier, Joan y Jordi Roca Jusmet**, "Economía política del corporativismo en el Estado español: del franquismo al posfranquismo", Desarrollo Económico XXVIII, núm. 109, abril-junio 1988, pp. 3-38.
- Mateos, Abdón**, "Sindicalismo y movimiento obrero durante la dictadura franquista (1939-1976)", en Santos Juliá (coord.), El Socialismo en España, desde la fundación del PSOE hasta 1975, Madrid: Ed. Pablo Iglesias, 1986, pp. 317-348.
- , "El PSOE frente a Franco", Leviatán núm. 41, otoño 1990, pp 49-64.
- , El PSOE contra Franco, continuidad y renovación del socialismo español, 1953-1974, Madrid: Ed. Pablo Iglesias, 1993, 550pp
- Mella Márquez, Manuel**, "Los grupos de presión en la transición política", en José F. Tezanos, Ramón Cotarelo, et al. (eds.), La transición democrática española, Madrid Ed. Sistema, 1989, pp. 149-181.
- Merkel, Wolfgang**, "After the Golden Age: Is Social Democracy doomed to Decline?", en José Ma. Maravall, et al., Socialist Parties in Europe, Barcelona: Institut de Ciències Polítiques i Socials, 1991, pp 187-222
- , "Between class and catch-all: Is there an electoral Dilemma for Social Democratic Parties in Western Europe?", Gabriel Colomé (ed.), Socialist Parties in Europe II. Of class, populars, catch-all?, Barcelona: Institut de Ciències Polítiques i Socials, 1992, pp 13-32.
- Miguel, Amando de**, La herencia del franquismo, Madrid: Cambio 16, 1976, 250pp
- Miguélez Lobo, Faustino**, "Las organizaciones sindicales", en Faustino Miguélez y Carlos Prieto (eds.), Relaciones laborales en España, Madrid: Siglo XXI, 1990, pp 213-231.

- Mujal León, Eusebio M., "The Domestic and International Evolution of the Spanish Communist Party", en Rudolf L. Tóké (ed.), Eurocommunism and Détente, New York: Council on Foreign Relations, 1978, pp. 204-270.
- Nash, Elizabeth, "The Spanish Socialist Party since Franco: from Clandestinity to Government: 1976-1982", en David S. Bell (ed.), Democratic Politics in Spain: Spanish Politics After Franco, London: Frances Pinter, 1983, pp. 29-62.
- Partido Socialista Obrero Español, Manifiesto del Programa 2000, Madrid: Ed. Sistema, 1990, 140pp.
- Pérez, Alberto, "Siete años de sindicalismo en democracia", Leviatán núm. 15, primavera 1984, pp. 13-20.
- Pérez Díaz, Victor, Clase obrera, partidos políticos y sindicatos, Madrid: INI, 1979, 151pp.
- Pérez Ledesma, Manuel, "La primera etapa de la Unión General de Trabajadores (1888-1917). Planteamiento sindical y formas de organización", en Albert Balcells (ed.), Teoría y práctica del movimiento obrero en España, (1900-1936), Valencia: F. Torres Ed., 1977, pp. 113-170.
- , "Partido y sindicato: unas relaciones no siempre fáciles", en Santos Juliá (coord.), El Socialismo en España, desde la fundación del PSOE hasta 1975, Madrid: Ed. Pablo Iglesias, 1986, pp. 213-229.
- Pollack, Benny y Graham Hunter, "The Spanish Socialist Workers' Party's Foreign and Defence Policy: the External Dimension of Modernisation", en Tom Gallagher y Allan Williams (eds.), Southern European Socialism, Parties, Elections and Challenges of Government, Manchester: Manchester University Press, 1989, pp. 86-107.
- Powell, Charles T., "La dimensión exterior de la transición española", Afers internacionals núm. 26, pp. 37-64.
- Preston, Paul, "La oposición franquista: la larga marcha hacia la unidad", en Paul Preston (ed.), España en crisis: la evolución y decadencia del régimen de Franco, México: FCE, 1982, pp. 217-263.
- , The Triumph of Democracy in Spain, London: Methuen, 1986, 274pp.
- Pridham, Geoffrey, "Comparative Perspectives on the New Mediterranean Democracies: A Model of Regime Transition?", West European Politics VII, núm. 2, abril 1982, pp. 1-29.

- Przeworski, Adam y John Sprague, Paperstones: A History of Electoral Socialism, Chicago: The University of Chicago Press, 1986, 224pp
- Reverte, Jorge y Ludolfo Paramio, "Hipótesis sobre los apoyos de un gobierno socialista", Leviatán núm. 7, primavera 1982, pp 71-84.
- Roca Jusmet, Jordi, "La concertación social", en Faustino Miguélez y Carlos Prieto (eds.), Relaciones laborales en España, Madrid: Siglo XXI, 1990, pp. 361-377
- Satrústegui, Miguel, "PSOE: A New Catch-all Party", en Gabriel Colomé (de.), Socialist Parties in Europe II: Of Class, Populars, Catch-all?, Barcelona: Institut de Ciències Polítiques i Socials, 1992, pp. 35-47.
- Serfaty, Meir, "Spain's Socialist: A New Centre Party?", Current History LXXXIII, núm. 492, abril 1984, pp.164-168 y 183-184.
- Share, Donald, "Two Transitions: Democratization and the Evolution of the Spanish Socialist Left", West European Politics VIII, núm. 1, enero 1985, pp. 82-103.
- , "Dilemmas of Social Democracy in the 1980s: the Spanish Socialist Workers Party in Comparative Perspective", Comparative Political Studies II, núm. 3, octubre 1988, pp. 408-435.
- Share, Donald y Scott Mainwaring, "Transitions through transaction: democratization in Brazil and Spain", en Wayne Selcher (ed.), Political Liberalization in Brazil: dynamics, dilemmas and future prospects, Boulder: Westview Press, pp. 175-215.
- Tezanos, José Félix, Sociología del socialismo español, Madrid: Tecnos, 1983, 181pp.
- , "El sindicalismo ante la sociedad industrial avanzada", Leviatán núms. 29/30, otoño/primavera 1987, pp. 15-27.
- , "Modernización y cambio social en España", en José F. Tezanos y Ramón Cotarelo (eds.), La transición democrática española, Madrid Ed. Sistema, 1989, pp. 63-115
- , "Continuidad y cambio en el socialismo español el PSOE durante la transición democrática", en José F. Tezanos y Ramón Cotarelo (eds.), La transición democrática española, Madrid: Ed. Sistema, 1989, pp. 433-493
- Tuñón de Lara, Manuel, "Sobre la historia del pensamiento socialista entre 1900 y 1931", en Albert Balcells (ed.), Teoría y práctica del movimiento obrero en España (1900-1936), Valencia: F. Torres ed., 1977, pp. 15-53.

- Tusell, Javier, La oposición democrática al franquismo, 1939-1962, Barcelona Planeta, 1977, 452pp.
- , La España de Franco: El poder, la oposición, y la política exterior durante el franquismo, Madrid: Historia 16, 1989, 250pp.
- Tusell, Javier y Justino Sinova (eds.), La década socialista, el ocaso de Felipe González, Madrid Espasa-Calpe, 1992, 316pp.
- Valenzuela, Samuel J., "Labor Movements in Transitions to Democracy: A framework for Analysis", Comparative Politics XXI, núm. 4, julio 1989, pp. 445-472
- Young, Bruce, "The 1982 Elections and the Democratic Transition in Spain", en David S. Bell (ed.), Democratic Politics in Spain: Spanish Politics After Franco, London Frances Pinter, 1983, pp. 132-146.
- Wozniak, Lynne, "The Dissolution of Party-Union Relations in Spain". International Journal of Political Economy XXII, núm. 3, invierno 1992/93, pp. 73-90
- Zaguirre, Manuel, "Una aproximación, cautelosa y apasionada, al significado y alcance del 14-D", en Bernhard Hagemayer (ed.), España: balance 1988-1989, Madrid Konrad Adenauer Stiftung, 1989, pp. 109-128.
- Zufiaur, José M., "El sindicalismo en el siglo XXI". Leviatán núms. 29/30, otoño-invierno 1987, pp. 29-36.